

LOS DEMONIOS DE UN PASTOR



DR. HUGO NOGUEIRA

LOS DEMONIOS DE UN PASTOR

Dr. Hugo Nogueira Terrones

MVI EDICIONES

LOS DEMONIOS DE UN PASTOR

Dr. Hugo Nogueira Terrones

Publicado por MVI Ediciones

Primera edición Enero 2021

Querétaro, Querétaro. México

Diseño de portada: María Fernanda Méndez Vergara

Fotografía de portada cortesía de Pexels.com

Maquetación: Luis Miranda Córdova

Este libro o cualquier parte del mismo no podrá ser reproducido en ninguna manera, almacenado en un sistema de recuperación, o transmitido en cualquier forma o por cualquier medio – electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación, o de cualquier otra forma – sin autorización previa por escrito por el editor.

Copyright © 2021 by Dr. Hugo Nogueira Terrones

All rights reserved.

AGRADECIMIENTO

Agradezco, primeramente, al Espíritu Santo, quien me ha acompañado durante todo mi recorrido ministerial y creo que lo seguirá haciendo. Sin Él, esta obra no hubiera sido posible.

A mi esposa María Luisa y a mis hijos Hugo, Monique y Aarón, quienes me han acompañado y apoyado de manera incondicional a ejercer mi llamado.

A todos los hombres y mujeres que Dios ha puesto a mi lado para realizar la obra que Él me ha encomendado. Ellos han sido piezas claves en mi desarrollo ministerial.

DEDICATORIA

Dedico este libro, con mucho cariño y respeto, a todos esos hombres y mujeres que han tomado la decisión de aceptar su llamado para servir a Dios en un ministerio, para el cumplimiento de la gran comisión que el Señor les encomendó. Siervos de Dios que hoy valoro y los llevo diariamente en mis oraciones para que el Señor los use y sustente en cada paso de sus carreras ministeriales.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
LA DUDA DE MI LLAMADO.....	15
LA INMADUREZ MINISTERIAL	37
LA SOMBRA DE MI PASADO	47
LA MALA ADMINISTRACIÓN.....	63
MI AYUDA ERRONEA	75
¿PAPÁ O PASTOR?	87
LA FRUSTRACIÓN	99
LA FATIGA.....	145
LA COMADRE DEL DIABLO	163
CONCLUSIÓN	173

INTRODUCCIÓN

Durante mis casi 20 años de ministerio, he sabido que muchos ministros evangélicos se rinden, abandonan el ministerio o como dicen en mi pueblo, “tiran la toalla”, debido a diferentes causas. Les confieso, que cada vez que llega esa mala noticia a mis oídos, se duele mi corazón, porque amo y respeto a los ministros del evangelio. Ellos han dejado su comodidad para servirle al Señor.

Normalmente, los que fuimos llamados a cumplir la Gran Comisión, nos pasamos mucho tiempo de rodillas, pidiéndole a Dios que envíe más obreros a su mies, porque la mies es mucha y los obreros son pocos. Eso fue lo que Jesús les pidió a sus discípulos en Mateo 9:37-38, y eso es lo que hacemos.

En una ocasión, cuando supe que un pastor muy usado por Dios había renunciado al ministerio y la iglesia que pastoreaba se dispersó, ya no aguanté y me puse a llorar y a preguntarle al Espíritu Santo, ¿por qué permitía que eso sucediera, habiendo tanta necesidad de obreros para alcanzar y discipular a los perdidos? A esto, Él me respondió: “Si quieres comprenderlo, escribe lo que no se dice desde el púlpito”.

Comprendí que para entender el sentir de un ministro que renuncia, y poder ayudar a otros a que no lo hagan, debía analizar y escribir mis propias experiencias; sobre todo, aquellas complicadas y significativas con las que he luchado día a día durante el desarrollo de mi ministerio. Así fue como decidí obedecer al Espíritu Santo y empecé a escribir este libro.

Aclaro que este documento no tiene para nada la intención de traer juicio a los pensamientos y acciones de un pastor o ministro del evangelio. Sin embargo, tiene el propósito de concientizar a la iglesia, de la responsabilidad que tiene de cuidar a sus ministros, seres humanos comunes y corrientes, llamados y escogidos por Dios para cuidar a su rebaño. Seres humanos sujetos a pasiones semejantes a las de los demás y por consecuencia vulnerables, igual que los demás, a caer en la tentación.

Estarán de acuerdo conmigo, que debemos evitar a toda costa que se apague “la lámpara de Israel” (2ª Samuel 21:17), como está escrito, y el enemigo lo sabe bien: ...heriré al pastor y las ovejas serán dispersadas (Zacarías 13:7; Marcos 14:27). En todo caso, todo lo que escribí se trata de mí, de la experiencia acumulada durante estos casi 20 primeros años como pastor evangélico.

Es probable que este libro cause mucha controversia por los argumentos que no pocos manifestarán, buscando desacreditar las acciones de un ministro evangélico bajo el supuesto que, al ser llamado y escogido por Dios, debería ser casi perfecto y vivir en completa santidad. Esto, hasta cierto punto es cierto. No obstante, creo que debido a este supuesto, ese es el primer error en que cae la iglesia, dejando a un lado el hecho real de que sus ministros son tan vulnerables a las tentaciones como cualquier otro ser humano; es decir, también son de carne y hueso. Elías, un hombre que ha marcado espiritualmente la vida de muchos debido a su labor y acciones como profeta, era un hombre sujeto también a pasiones semejantes a las nuestras (Santiago

5:17). Aun con esto, fue poderosamente usado por Dios para manifestar su personalidad en él.

No niego, que pudiese haber sobre la faz de la tierra, ministros que han logrado guardarse del pecado, y quisiera algún día conocer a uno de ellos; para que me enseñe como logró hacer a un lado de manera total, su naturaleza pecaminosa heredada desde el principio de la Creación, por los primeros seres humanos que Dios puso sobre la Tierra.

No pretendo tampoco con este relato justificar las atrocidades que pudiesen haber cometido o estén cometiendo en la actualidad algunos ministros del evangelio, por falta de dominio propio y quizás también por falta de responsabilidad ante la tarea que Dios nos encomendó: cuidar a su rebaño.

Aun con todo, creo que no nos corresponde a nosotros hacer juicio, sino a Dios mismo. En Jeremías 23:1, está escrito: ¡Ay de los pastores que destruyen y dispersan las ovejas de mi rebaño! ... he aquí yo castigo la maldad de vuestras obras, dice Jehová. Por otro lado, en Juan 3:17, dice que ni aún Jesucristo vino a juzgarnos. Entonces, ¿quién soy yo para hacerlo?

Lo que relato a continuación, son las nueve situaciones problemáticas más significativas que he vivido durante mis primeros 20 años de ministerio, y que son con las que normalmente y de manera constante he luchado como pastor. A éstas, yo les denominé **“los demonios de un pastor”**, ya que en algunos casos han llegado a significar para mí, como ministro del evangelio, una verdadera guerra espiritual en mi vida, la que he tenido que pelear y vencer diariamente.

Es probable que haya pastores en el mundo, que también estén experimentando el enfrentamiento con algunos de estos “demonios”. Yo deseo que, en este libro, puedan encontrar algunas respuestas que han estado buscando para poder vencerlos, y evitar así, “tirar la toalla”, cosa que no es deseable para ellos ni para nadie.

Creo que este libro será de mucha bendición para todos aquellos pastores y ministros del evangelio que están pasando por alguna situación similar a las que yo viví. Aquí encontrarán la descripción de cada una de las situaciones problemáticas vividas, y cómo le hice para salir de ellas.

1

LA DUDA DE MI LLAMADO

*¿DIOS ME LLAMÓ? ¿ES EL TIEMPO
CORRECTO?*

Quiero empezar este libro platicándoles, en resumen, cómo es que decidí entrarle a la “locura” del pastorado. Creo que muchos se identificarán con mi caso.

MI TESTIMONIO, EL INICIO DE ESTA TREMENDA HISTORIA

Vengo de una familia muy lastimada por el alcoholismo y el adulterio de mi padre. Somos seis varones y tres hermanas. Desde muy pequeños todos empezamos a trabajar, en todo tipo de oficio que nos daba la oportunidad de ganar un poco de dinero para llevarlo a casa y poder comer. En mi caso, desde vendiendo tamales en las cantinas, lavaplatos, bolero, panadero y hasta músico, entre otros oficios que tuve la necesidad de aprender para sobrevivir.

Desde pequeño, mi mayor anhelo era llegar a ser científico para inventar algo que ayudara a las familias del mundo. Al contemplar mi diario vivir de miseria en mi casa, creía que todos los hogares vivían los mismos problemas que nosotros y quería desarrollar algo para ayudarles. Quizás era el sueño loco de un niño, pero ese era mi sueño, lo que yo quería alcanzar.

Así, trabajando para cubrir mis gastos escolares, logré mis estudios de primaria, secundaria y preparatoria. Para cuando entré a la universidad, trabajaba como integrante de un grupo musical con algunos de mis hermanos. No lo hacíamos mal, puesto que es herencia genética que mi padre nos dejó. Sin embargo, en ese ambiente varios de mis hermanos se

empezaron a hundir en los vicios, y uno de ellos, el director del grupo, en las drogas. Esto último provocó que el grupo se desintegrara y cada uno buscara trabajo por su parte. Me hice de un sonido disco móvil y fue lo que me mantuvo financieramente durante varios años, que incluso, me ayudó a pagar mi carrera universitaria.

Sin embargo, como lo dije antes, este ambiente donde me desenvolvía por mi trabajo me llevó, al igual que a mis hermanos, a caer en el alcoholismo y otras cosas que complacían mis deseos carnales y que cada día me alejaban más de Dios.

Durante mis estudios en la universidad conocí a la que hoy es mi esposa. Egresamos de nuestras carreras y competí para una beca del gobierno que me permitiría estudiar la Maestría en Ciencias. La beca me la dieron, y mientras yo estudiaba la Maestría, mi futura esposa trabajaba en el sector industrial. Después de seis años de noviazgo decidimos casarnos en el mes de febrero de 1994. Sin embargo, por cuestiones de trabajo y estudios, tuvimos que vivir distanciados por un buen tiempo. Yo en la ciudad de Veracruz estudiando, ella a tres horas en autobús de donde yo estaba, en un pueblo cerca de un ingenio azucarero, donde laboraba.

Mientras estudiaba la Maestría, en noviembre de 1994 nace nuestro primer hijo, Hugo. Todo iba aparentemente bien, a pesar de la distancia. Para febrero del '96 terminé la maestría y decidí competir contra otros 500 candidatos de todo el país por una beca para hacer un doctorado en Francia. Me gané la beca junto con otros 39 estudiantes y comencé un curso intensivo de

francés durante seis meses en la ciudad de México. Para ese tiempo, ya mi esposa esperaba a nuestro segundo hijo.

Terminando el curso de francés, yo debí salir del país junto con los demás becados el 5 de septiembre de ese mismo año, pero me informaron que había algunos problemas en el laboratorio en Francia donde me recibirían, por lo tanto, no me podía ir con los demás. Me quedé a esperar a que los problemas se solucionaran.

Un mes después, el 14 de octubre, nace mi niña Monique, con una enfermedad medicamente incurable llamada hidrocefalia. Su cabecita le crecía de manera irregular, no tenía movilidad en sus piernas y con un meningocele en la parte baja de la espalda. Nos trasladamos de mi pueblo, donde nació la niña, a un hospital de especialidades que está aproximadamente a dos horas de ruta; ahí la tuvimos internada casi veinte días. En uno de esos días, el neurocirujano me llamó para decirme que la situación de mi hija era muy grave y que me resignara porque ella moriría sin importar la opción médica que le aplicaran.

Recuerdo que me llamó a su oficina y me dio dos opciones: la primera, ponerle una válvula en la cabeza para que el agua que se acumula en el cerebro y que hacía crecer su cabeza, fuera drenada a través de un conducto que desembocaba en su abdomen. Sin embargo, dijo también que esa válvula le daría algún tiempo más de vida pero que tarde o temprano, después de múltiples operaciones, ella moriría, al igual que algunos niños que ya habían muerto de lo mismo en el corto tiempo que estuvimos en ese hospital.

Entonces le pregunté por la segunda opción, a lo que el especialista me dijo: **“si crees en Dios, entonces pídele, eso funciona”**.

El que ese consejo haya venido de un científico en la materia, me impactó. Te recuerdo que mi sueño era llegar a ser científico, puesto que de alguna manera la ciencia era para mí la forma de solucionarlo todo, era mi dios. Entonces cuando el “dios ciencia”, a través de su científico me dijo que no se podía, me causó una poderosa depresión y desesperanza, tanto que salí corriendo a uno de los baños del hospital y me encerré ahí.

Recuerdo que a pesar de que el baño estaba muy sucio y mal oliente, me tiré al suelo, literalmente a gritarle a ese Dios del que me habló el científico neurocirujano. Recuerdo haberle dicho: **“Dios si eres real, sana a mi hija y me pondré a tu voluntad para servirte toda mi vida”**.

De repente alguien toca a la puerta del baño y abrí. Una mujer vestida de blanco con una Biblia en su mano me dice: **“Hijo no llores, aquí está tu respuesta”**. Y me entregó la Biblia. ¿Quién era esa mujer? No lo sé, lo cierto es que nunca más la volví a ver.

Enseguida me acordé del exdirector musical del grupo donde yo trabajaba, Mario Nogueira, uno de mis hermanos mayores quien desde que Dios lo alcanzó, se convirtió al Evangelio y tomó la decisión radical de servirle en el ministerio evangelístico. Este hermano, cada que me veía, aprovechaba para decirme de manera enérgica que dejara el camino que llevaba, que me arrepintiera y buscara al Señor. Para entonces

él radicaba en Los Estados Unidos, por lo que salí del hospital, busqué un teléfono público y le llamé. Cuando le platiqué la situación de mi hija, hizo una oración de intercesión y terminando me dijo: **“Ya vete, tu hija ya sanó, dile al doctor que le haga de nuevo los análisis; y el neurocirujano te va a decir que ya está sana. Pero antes, busca una Biblia y haz lo que está escrito en Santiago 5:14-15”:**

“¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados.”

En el hospital dieron de alta a mi hija, con la fecha de la operación para ponerle la válvula como opción médica. La fecha era enero de 1997, pero por causa de las vacaciones del neurocirujano, se pospuso para principios de febrero.

Enseguida que dieron de alta a mi hija, mientras esperaba la fecha para su operación, me propuse a buscar una iglesia cristiana, para hacer lo que me indicaba la Biblia en ese pasaje que me dijo mi hermano.

Cuando entré a esa pequeña iglesia, vi escasos cincuenta miembros, todos gritando, con un ruido estruendoso que nunca había escuchado -no al menos en los recintos espirituales que yo había visitado-. Pero por supuesto que eso era en ese momento para mí lo menos importante. Yo llevaba a mi hija en los brazos e iba buscando al anciano de la iglesia, como está escrito en ese pasaje. Miré al pastor, un hombre de baja estatura y vestido de manera humilde. Me dirigí a él de manera

prepotente y le dije con tono aun altivo: “oye, dice la Biblia que, si tú oras por la niña, ella sanará. Ten, ora por ella”. Y se la puse en sus brazos.

Recuerdo la mirada del pastor, una mirada tan dulce y llena de amor, que nunca la he olvidado. Me miró y me dijo: “Todos los que estamos aquí vamos a orar por tu hija, pero tú también lo vas a hacer”. En ese momento se me oscureció todo y caí al suelo, no sé por cuánto tiempo. De por sí, desde que me dieron la mala noticia de que mi hija había nacido enferma de muerte, comencé a llorar por todos lados y a cada rato. Cuando caí, en ese momento me solté a llorar en el suelo como nunca lo había hecho.

Estaba en el suelo aún, ya más calmado, cuando de repente escuché una voz muy clara que me dijo: “Tu hija no está enferma, el enfermo eres tú y a ti te voy a sanar”.

Cuando escuché esa voz, me levanté rápido y asustado, no sé cuánto tiempo estuve en el suelo, pero fue suficiente para entender lo que realmente estaba sucediendo. Dios tenía un plan para mi vida y mi casa. Pero tenía que empezar por cambiarme a mí como cabeza del hogar. En mi escaso discernimiento espiritual, en ese momento, eso fue lo que pude comprender.

Salimos de esa pequeña iglesia con una paz que nunca había sentido antes. Lo sorprendente fue que, justo llegando a mi casa después de salir del culto, me llaman por teléfono de la Embajada de Francia. Me contactaron para notificarme que el problema del laboratorio donde tenía que llegar para hacer mi

tesis doctoral ya se había resuelto y que debía irme cuanto antes, porque ya me estaban esperando. Yo estaba casi listo, pero había un problema: **la fecha de mi vuelo era la misma que me habían dado para intervenir quirúrgicamente a mi niña.**

Tenía que tomar una decisión determinante de inmediato: **obedecer a la ciencia o a la fe.** Si la llevaba a operar, perdería el vuelo y seguramente ya no me permitirían irme con la niña así. Si me la llevo sin operarla y se muere allá, seguramente me regresarían con toda mi familia y perdería la beca.

Lo que hice fue primero preguntarle a mi esposa qué podríamos hacer. Ella me dijo: Vamos a creerle a Dios por la sanidad de nuestra hija, vámonos. Enseguida tomé el teléfono para platicarle a mi hermano Mario lo sucedido. Él me dijo: “Vete a Francia y busca allá a un neurocirujano. Le platicas todo y le pides que le haga de nuevo los análisis. El neurocirujano te dirá que la niña ya está sana”.

Nos fuimos a Francia. Yo me fui unas semanas antes para preparar la casa donde viviríamos, luego mi esposa se fue con los dos niños, Hugo, el mayor, y Monique, la recién nacida. Al llegar a Francia, me instalé en una ciudad llamada Clermont-Ferrant, situada en el macizo central de ese país, me instalé y empecé a orar a Dios para que me mostrara, no donde nos congregáramos, sino la iglesia donde mi familia y yo le serviríamos. Yo debía mantener mi palabra en el trato que hice con Dios: si Él sanaba a mi hija, yo me pondría a su voluntad para servirle toda mi vida.

“LA FE VENCIO A LA CIENCIA”

Una mañana después de haber orado y ayunado por unos días, emprendí la búsqueda y llegué a una pequeña iglesia donde una señora mayor de edad que estaba afuera me saludó muy amablemente y me dijo que ya me estaban esperando. Eso me sorprendió porque, por supuesto, era yo un total desconocido. Enseguida me llevó a presentarme con su pastor, quien también me recibió muy amablemente.

Me integré a la congregación y me di a la búsqueda del neurocirujano que atendería a mi hija. Para esto, en esa iglesia conocí a un joven africano muy carismático que había ido también a esta ciudad a estudiar un doctorado en economía, su nombre: Tousaint Hueninvo. Le platiqué mi situación y le pedí que me ayudara a buscar al especialista, a un neurocirujano. Me comentó que en la congregación había un médico que nos podría ayudar a encontrarlo.

Nos dirigimos a él y le comenté el caso, me pidió los análisis que se le habían realizado a la niña, los vio y me reafirmó que efectivamente el caso era muy grave. Me dijo también que la calidad de los análisis que le habían hecho en México era muy buena y que mostraban con claridad la gravedad del problema.

Le comenté que ya habíamos orado por la niña y que estábamos esperando un milagro de Dios, a lo que él nos respondió: “Si ya oraron, vamos a seguir haciéndolo, pero llévenme a la niña a mi consultorio para volverle a hacer los análisis si es necesario”. Le dije que le agradecía mucho su

gentileza pero que yo lo que necesitaba era encontrar a un neurocirujano.

Mirándome fijamente se metió la mano a la cartera para sacar una credencial, en la cual decía: Dr. Bernard Irthum, Director del Centro de Neurocirugía de la región centro de Francia. Fue tan sorprendente para mí que en una pequeña ciudad en medio de las montañas y en una pequeña iglesia evangélica encontrara, no tan solo un neurocirujano, sino al director de ellos. Me impactó tanto que me puse a llorar enfrente de todos, con una frase en mi cabeza: “Gracias Dios, ahora sé que estás en control de todo”.

Con esto llegué a la conclusión que Dios tenía un plan conmigo, y en automático dejé de orar por la sanidad de la niña, para entonces comenzar a preguntarle a Dios qué era lo que quería conmigo. Mi fe y mi confianza en Dios se fueron a un muy alto nivel y nuevamente estuve llorando un poco por todos lados, pero ya no de dolor, sino de un gozo que jamás había experimentado en mi vida.

Llevamos a la niña al consultorio del neurocirujano ubicado en el último piso de un edificio enorme y moderno. Su oficina era bastante amplia y recuerdo que llamó a todos sus especialistas para darles instrucciones sobre el caso de mi hija. A cada uno le indicó hacer ciertos análisis de acuerdo con su especialidad, así que, entre todos ellos repitieron los análisis realizados en México.

Mientras el neurocirujano estaba dándole instrucciones a sus especialistas, yo le hacía señas que no lo hiciera porque no

tendría con qué pagarlo debido a que ese tipo de estudios no estaban incluido en la cobertura del seguro médico que me había dado el gobierno de México. Él hizo caso omiso a mi petición. Cuando todos se fueron, se levantó de su silla y me abrazó para decirme: **“Hijo, ¿acaso no sabes que hay alguien que hace más de dos mil años pagó todo por ti?”**. Eso me derrumbó totalmente, me fui al suelo y otra vez empecé a llorar como un niño.

Al mes de la consulta, el doctor me estaba entregando los resultados en una hoja que aún conservo, en esta hoja dice a la letra: **“Totalmente sana de la hidrocefalia”**. Dios había sanado a mi hija de la hidrocefalia y la había librado de la muerte. En ese momento se desboronó dentro de mí, todo vestigio que quedaba del dios ciencia y exclamé: **“La fe venció a la ciencia”**

¿DIOS ME LLAMÓ?

A partir de ese día empecé a buscar de Dios como nunca, y la principal pregunta que le hacía era: ¿Cuál es tu plan para mí? Dime qué quieres que yo haga. Esa búsqueda me llevó a meterme cada día más con Dios en oración, a servir en la iglesia, a darle prioridad a las cosas de Dios antes que a las mías (Mt 6:33). En mi mente lógica solo había una verdad: **Dios me había llamado**.

Por todo lo que sucedió, creo que cualquiera se hubiera hecho la misma pregunta y probablemente llegarían a la misma respuesta: DIOS ME LLAMÓ. El problema es que no sabía

para qué, ni para cuándo. Yo estaba literalmente empezando mi tesis doctoral y faltaban tres años para terminarla. Mi ansiedad por tener la veracidad de la respuesta me llevó a decirle al pastor que, si era necesario, yo podía dejar los estudios y comenzar a prepararme para un ministerio y obedecer el llamado de Dios. El pastor me respondió sabiamente y me dijo: “Espera el tiempo de Dios”. Desde ese momento empezó el proceso de la espera, porque el tiempo de Dios, solo Él lo sabe.

Terminé mi doctorado en el año 2000 y regresamos a México en el mes de marzo, con una gran expectativa de empezar un ministerio. Para entonces yo ya estaba muy enamorado de Dios y de su obra.

Me integré al trabajo en la ciudad de Tuxtepec, Oaxaca, en una institución de educación superior que me repatrió para trabajar en ella. Una vez instalado en esta ciudad, me dispuse a buscar la iglesia donde fui bautizado antes de irme a Francia. En esta iglesia no me recibieron bajo la excusa de que ya venía “contaminado” con otras enseñanzas diferentes a las suyas.

INICIO DE NUESTRA FORMACIÓN MINISTERIAL

Entonces, mi esposa y yo empezamos a orar para que el Señor nos mostrara dónde le serviríamos. Fue cuando alguien nos presentó al que sería mi pastor hasta el día en que Dios lo llamó a su presencia. El pastor Isaac Díaz Nieto, un anciano con más de cincuenta años en la obra de Dios y que había levantado ya casi medio centenar de iglesias en diferentes partes del país.

Me recibió en la iglesia que pastoreaba y de inmediato me invitó a que diera mi testimonio en el culto dominical. Creo que quería ver nuestro desenvolvimiento para después proponerme un plan de formación para mí y para mi esposa, a lo que aceptamos sin pensarlo mucho. Nos integramos a la iglesia y servíamos con denuedo mientras recibíamos la formación ministerial.

NUESTRA PRIMERA OBRA MISIONERA

Con el permiso y la supervisión de nuestro pastor, para el año 2002, mi esposa y yo planeamos abrir nuestra primera misión en el pueblo donde nací, Los Naranjos, Veracruz. Mis padres me dejaron un terreno de 10 x 12 metros con una casita de madera y láminas de zinc donde antes vivíamos toda la familia. Estaba abandonada y sucia, pero la limpiamos y preparamos para abrir nuestra primera misión.

Durante dos años que estuvimos ahí, experimentamos muchas manifestaciones del poder de Dios y logramos una congregación con unas sesenta personas constantes. Pero había un problema, yo trabajaba en una ciudad a aproximadamente una hora de camino en auto y tenía que viajar dos o tres veces por semana para poder consolidar a las ovejas, y no me daba abasto. Fue el motivo por el cual le pedimos a nuestro pastor que mandara a otro misionero y que nos diera otro lugar más cercano a la ciudad donde habitábamos, para abrir una nueva misión.

NUESTRA SEGUNDA OBRA MISIONERA

Un nuevo misionero fue enviado al pueblo y nosotros empezamos una nueva obra en la ciudad de Tuxtepec, Oaxaca. Empezamos esta nueva obra en un terrenito bastante irregular de escasos sesenta metros cuadrados que nuestro pastor nos señaló para tal fin, ubicado en una de las colonias más complicadas y menos seguras de la ciudad. Alrededor del terreno había centros nocturnos y era una zona identificada por la gran cantidad de hechiceros que ahí habitaban.

Al año de haber iniciado con esta nueva misión, ya habíamos levantado el templo y teníamos alrededor de ochenta ovejas activas. Esto lo hacía, sin dejar de atender a mi familia y desarrollando mi trabajo como profesor investigador que, por cierto, me demandaba mucho tiempo.

Puedo decir que, en todo ese tiempo, vi la mano de Dios y del Espíritu Santo haciendo la obra con nosotros. Sin embargo, siempre con la pregunta en mi cabeza: ¿será que Dios me llamó o fue solo mi emoción que me hizo decidir hacer esto, y me estoy metiendo en problemas?

Aunado a todo el tiempo que usaba para hacer la obra de Dios, nunca cesaron las voces de personas a mi alrededor que preguntaban que para qué hacía eso, porqué mejor no me dedicaba a lo que por tantos años me preparé y que me estaba llevando al éxito secular. Debo decirles que con mis trabajos científicos viajaba a diferentes partes del mundo con los viáticos pagados, y mi salario era cada vez mejor.

A pesar de todo eso, dentro de mí había el deseo ardiente de dejar todo lo secular que había logrado y dedicarme a servirle a Dios. Lo único que me detenía eran esas benditas preguntas en mi cabeza: **¿Será que Dios me llamó? ¿Será que es el tiempo de Dios?** ¿No será que fue mi emoción? ¿si dejo todo y resulta un error?

A menudo le platicaba a mi pastor y a mis amigos pastores lo que yo sentía, pero nadie se atrevía a decirme que ya diera el paso que sabía que tenía que dar. Lo más que me decían era: “Ora a Dios y espera su respuesta”. A todo esto, entendí que era una decisión muy personal que debía tomar sin ninguna influencia provocada por las palabras de alguien más, sino solo bajo la dirección precisa del Espíritu Santo. Entonces, seguía buscando la respuesta en constante oración.

DOS PROBLEMAS POR RESOLVER

Antes de tomar la decisión de dedicarme de tiempo completo a su obra, yo tenía dos problemas de gran importancia a resolver: Primero, la forma en cómo iba a sustentar a mi familia cuando dejara de recibir mi salario sistemático, y segundo, hacer que mi esposa se involucrara voluntariamente en el ministerio, es decir, que ella aceptara también el llamado de Dios.

¿De qué nos vamos a mantener?

Entonces, para resolver el primer problema, la pregunta que tenía que contestar era, Si dejo el trabajo ¿de qué nos vamos a mantener? Les comento que el salario que yo tenía me permitía vivir financieramente sin preocupaciones. Estuve muy

consciente de que, al dejar mi trabajo secular, con ello también dejaba un cheque quincenal que recibía por mi labor. La verdad no quería cargarle la responsabilidad total a Dios de proveerme todo sin haber planeado algo para resolver yo mismo ese punto. Siempre he dicho que Dios hace las cosas con nosotros, no por nosotros. Entonces, empecé a hacer lo que siempre me ha gustado hacer, orar y planear. Es decir, planearlo con Él. Un día después de la oración, dije algo que no se si vino del Espíritu Santo o de mi mente: **“¡Ya sé!, cuando las aportaciones de la iglesia sean suficientes para sustentar a la familia del pastor, entonces dejo mi trabajo”**.

Le puse más ganas al trabajo ministerial para que la iglesia creciera más y, por ende, las aportaciones aumentaran. Con lo anterior, finalmente el problema financiero había sido resuelto. Es cierto que no contaba con un sustento económico como el que mi trabajo me daba, pero la iglesia me aportaba lo básico y con eso era suficiente por el momento.

Pero ese no era el problema más delicado, lo que consideré como más complicado, era tener la aprobación de mi esposa, de dedicarnos de tiempo completo al ministerio. De hecho, ella no estaba convencida aun de un llamado de Dios al ministerio. En varias ocasiones la escuché decirme que el ministerio era para mí, no para ella, y varias cosas más que las escribiré en el capítulo dedicado a la esposa de un pastor: “Mi ayuda errónea”. Cosas que seguramente esclarecerán algunos “detalles” que suceden en el seno del matrimonio pastoral y que perjudican de gran manera el desarrollo ministerial.

Desde que percibí que mi esposa no quería involucrarse en el ministerio, comencé a orar a Dios y pedirle que le hablara a su corazón como lo había hecho conmigo. Un día le dije al Señor: “La señal más contundente de que es tiempo de dejar el trabajo secular para dedicarme de tiempo completo a tu obra será cuando mi esposa me lo pida”.

Un día bajando del aposento, ella me abrazó y me dijo: “Mi amor, ¿no será ya tiempo de dejarlo todo y dedicarnos a cuidar de la iglesia que el Señor nos dio a cuidar?” Yo sentí como si Dios mismo me estuviera dando una respuesta que esperé por mucho tiempo, justo en el momento en que la buscaba con más intensidad. En ese entonces, la iglesia había crecido considerablemente y el tiempo se me estaba repartiendo en tres cosas importantes para mí: la familia, el trabajo y la iglesia. Las tres, muy consumidoras de tiempo. Gracias a Dios acababa de recibir **“la señal divina”** para decidir: mi esposa me lo había pedido.

“EL BANDERAZO DE SALIDA”

Todo estaba listo para el gran paso, solo faltaba una sola cosa: La confirmación de parte de Dios, como dicen algunos, “el banderazo de salida”.

Quiero explicar esta parte que creo es muy importante para las personas que buscan este tipo de respuestas en Dios.

La Biblia nos muestra repetidas veces que Dios habla de diferentes maneras y una de las formas es a través de “señales”

(Juan 3:2). Desde que entendí esto, dejé de esperar a que Dios me hablara únicamente con voz audible, aunque lo ha hecho. Lo que sí hice fue comenzar a estar atento para discernir las señales que Dios usa para hablarme o confirmarme algo.

Entonces, hice como Gedeón, que a pesar de que Dios ya le había hablado y mostrado las primeras señales que le había pedido (Jueces 6:17, 37), le volvió a pedir otra señal (Jueces 6:39). Yo pedí a Dios me mostrara su aprobación de tal forma que nadie vituperara algo en contra de Él por mi causa, ya que lo que estaba a punto de hacer, se trataba de una verdadera locura delante de los ojos de los hombres. Imagínense que se me ocurre dejar el trabajo en el 2009, año en que hubo una de las mayores recesiones económicas a nivel mundial. Todo el mundo buscando trabajo o uno mejor, y yo queriendo dejar uno muy bueno, con la más alta clave laboral y excelente paga, en una institución de educación superior.

Le pedí a mi esposa que me acompañara a dejar mi renuncia y a checar por última vez, después de ocho años de estar trabajando en esa institución y de mucho esfuerzo para alcanzar el puesto que tenía en ese momento. Supe que no iba a ser emocionalmente fácil ese momento para mí. Así que me acompañó, y cuando estaba checando por última vez, se me acercó una compañera de trabajo, una doctora que había hecho sus estudios en España, y me dice: “Doctor, supe que ya se va usted y nos va a dejar, pero ya sé que se va por algo mejor que esto”. A ella yo ya la había evangelizado anteriormente y creo que se corrió la voz de que yo iba a dejar la institución.

Cuando se acercó a nosotros le dije: “Me voy, pero antes quiero orar por ti para que Dios te conceda el hijo que no has podido tener”. Ella y su esposo ya tenían ocho años de estar buscando por todos los medios tener hijos no lo habían logrado. Estábamos a un lado del reloj checador y había gente pasando de un lado para el otro; nosotros orando por la doctora, ella llorando, siendo ministrada por el Espíritu Santo. Mi esposa impuso sus manos en su vientre, declaramos matriz fértil y que Dios le daría descendencia. Terminamos de orar y nos despedimos. Obvio, yo con un nudo en la garganta y con aquel sentimiento de dejar algo que me costó mucho tiempo y trabajo alcanzar, y que amaba mucho. Mis lágrimas se dejaron ver, pero mi esposa estaba allí conmigo para consolarme; justo para eso la llevé.

Aproximadamente a los tres meses de haber orado por la doctora, me la encontré con su esposo en un centro comercial de la ciudad. Recuerdo que cuando me vio corrió a abrazarme y me dijo muy emocionada: “Doctor ¿qué cree? estoy embarazada”. No aguanté la emoción tan grande que sentí y dije: ¡Gloria a Dios! Al regresar a casa le conté a mi esposa y le agradecemos a Dios por habernos dado lo que nosotros consideramos que era Su confirmación o **“el banderazo de salida”**. A los nueve meses la doctora nos llamó por teléfono para pedirnos que fuéramos a orar por sus hijos. Fueron gemelos.

Resumiendo, este capítulo, puedo decir que para entender mi llamado a un ministerio y posteriormente decidir dedicarme de tiempo completo a él, debí aprender a **hacer planes**,

esperar en Dios y discernir las señales que usa para comunicarnos Su confirmación.

Hoy, a casi diez años de mi decisión, Dios nos ha provisto y no hemos padecido en ningún momento de necesidad financiera, al menos no para lo básico. Hemos pasado por problemas con la iglesia, enfermedades, entre otras situaciones complicadas con la capacidad de hacer dudar de su llamado a cualquier ministro, pero, siempre en esos momentos difíciles y de confusión, le he pedido al Señor confirme nuevamente mi llamado y lo ha hecho. ¡Gracias Dios!

2

LA INMADUREZ MINISTERIAL

¿Y A MI QUIEN ME CUIDA?

En estos casi veinte años como pastor, he aprendido que la carrera ministerial tiene sus etapas de desarrollo como en el caso de un ser humano. Podría decirse: **infancia, adolescencia, juventud y adultez**. En cada una de estas, se viven experiencias diferentes que van cambiando de acuerdo con el incremento de tu madurez y desarrollo.

Con el tiempo, vas aprendiendo a resolver las preguntas que están presentes desde tu comienzo y creo que estarán ahí, hasta tu final: ¿Cómo hacerlo? ¿Qué? ¿Cuándo hacerlo? ¿Dónde hacerlo? ¿Con quién hacerlo? y ¿Por qué hacerlo? El no tener las respuestas correctas a cada una de estas preguntas, te lleva a cometer errores cuya factura se paga a veces cara, sobre todo en tiempo y esfuerzo mal gastado o invertido. Es decir, consumes tiempo y esfuerzo sin avanzar.

De lo anterior pude discernir una de las causas por la que muchos ministros no avanzan, no porque no trabajen o se esfuercen, sino debido a la cantidad de errores que cometen. Esta conclusión me enseñó a planear de la mejor manera posible cada proyecto o cada acción a desarrollar para hacer avanzar el ministerio. Sin embargo, una de las cosas más valiosas que pude experimentar y aprender fue el hecho de que no podemos hacer el ministerio solos, siempre necesitaremos de alguien que nos guíe y cuide. Alguien con una perspectiva y experiencia mayor a la nuestra.

MINISTROS INMADUROS

En este punto, he observado que existen muchos “ministros huérfanos”, sin una guía que los lleve de la mano y que los ayude a resolver los múltiples y diferentes problemas que se suscitan tanto en el ministerio como en sus vidas personales y familiares. Este punto es discutible, pero quiero adentrarme en los detalles, solo quisiera expresar mi opinión acerca de ello.

Creo firmemente que los pastores pudieran dar mejores frutos si los responsables de pastorearlos se dedicaran más a eso, a cuidarlos. He escuchado a pastores que, como yo, nos pasamos de rodillas clamando a Dios, pidiendo lo que el Señor Jesús nos instruyó pedir, que envíe más obreros a la mies. Sin embargo, hay muchos de estos obreros que el dueño de la mies ha enviado, pero nadie los cuida, los capacita y los forma.

En mi caso personal, en un principio y por un largo periodo de tiempo, quizás por las cosas que pasé y las decisiones que tuve que tomar, me sentí solo y con una gran cantidad de preguntas en mi cabeza: cómo, cuándo, dónde, porqué, y pareciera que no había nadie a mi alrededor para ayudarme a encontrar dichas respuestas.

Como les contaba en el primer capítulo de este libro, regresando de Francia, ya traíamos la “locura” de querer ser pastores y de inmediato buscamos la iglesia donde fuimos bautizados. La buscamos con la expectativa de reencontrarnos con el pastor que nos vio nacer de nuevo, para que se nos abrieran las puertas y poder ser formados. Lamentablemente, el pastor ya no estaba, lo habían cambiado y la iglesia no nos

recibió, bajo el argumento de que veníamos “contaminados con una doctrina” diferente a la de ellos. Entonces, nos dispusimos a buscar una nueva cobertura, donde nos aceptaran sin importar de dónde viniéramos. Acordamos mi esposa y yo un tiempo de ayuno y oración para que el Señor nos revelara lo que siempre le habíamos pedido: dónde servirle.

Recuerdo que en el centro de estudios donde trabajaba, conocí a un varón que se atrevió a invitarme a la iglesia donde él se congregaba, y me insistió. Finalmente, un domingo asistimos a su iglesia y nos presentó a su pastor, el pastor Isaac Díaz Nieto, de quien les hablé en el capítulo anterior, un anciano de aproximadamente sesenta años, muy activo y carismático. Sin esperar mucho, el pastor me dijo: “hoy subirás al estrado y darás testimonio de lo que Dios hizo contigo”. Fue un momento de muchos nervios y de “no sé qué” porque para ser sincero, no supe ni lo que hablé, lo único que vi es que todo mundo estaba llorando cuando terminé de hablar. Fue sensacional, sentí la presencia misma del Espíritu Santo en ese lugar y le dije a mi esposa: “aquí es”. Mi esposa lo sintió igual.

Al final del culto, el pastor nos llamó y nos dijo: “necesito que vengan a unos cursos que les voy a dar para prepararlos”. Cosa que me alegró mucho porque finalmente habíamos encontrado una puerta hacia lo que deseábamos hacer, ser formados para desarrollar un ministerio.

Dos años estuvimos siendo instruidos por mi pastor. Terminando este periodo, en el año 2004, el pastor nos envió a abrir nuestra primera misión. Les conté que la abrimos en mi pueblo, “Los Naranjos, Veracruz, como a una hora de la ciudad

donde vivíamos. En ese lugar fue donde nací y en lo que fue nuestra casa familiar, donde mis hermanos y yo vivimos y crecimos. Construida de madera y con techo de lámina. Cuando la tomamos para acondicionarla, estaba abandonada y en muy mal estado. Entonces la remodelamos y acondicionamos para que ahí fuera el templo.

EL PRIMER CULTO, UN ASISTENTE, UN MILAGRO

Recuerdo que, para nuestro primer culto, repartimos muchos folletos en todo el pueblo, un pueblo de aproximadamente cinco mil habitantes. Para entonces, Hugo, mi hijo el mayor de siete años, ya medio tocaba el teclado. Mi niña Moni de cinco años cantaba y yo tocaba la batería. Estábamos “armados” para nuestro primer gran culto al Señor.

Ese día del primer culto, solo llegó una persona: “el gato”, un muchacho conocido por todo el pueblo, ya que siempre andaba por las calles deambulando y padecía de ataques epilépticos que le daban muy seguido. Sin importar que solo había un invitado, tuvimos un lindo tiempo de alabanzas y di el mensaje que con tanto esmero había preparado.

Al final del mensaje, hice el llamado al Altar para que esa multitud (solo el gato), recibiera a Jesús como Señor y salvador. El gato pasó al frente y para sorpresa de nosotros, justo en ese momento le da una crisis de epilepsia. Me armé de valor y le dije: “te liberaré en el nombre de Jesucristo”. La verdad, ni supe lo que dije después, solo recuerdo que hice un tremendo escándalo y me le aventé encima reprendiendo todo. Sinceramente, no sabía nada de lo que se debía hacer en estos

casos. En la iglesia donde estuve congregándome durante mis primeros años en Francia, muy poco se daban este tipo de casos. Para mi asombro, el chico fue liberado y una de sus manos que estaba torcida a nivel de la muñeca, se le enderezó, y la epilepsia se fue para siempre. La sanidad del gato fue una noticia grande en el pueblo. A los ocho días en el siguiente culto, el templo estaba lleno de gente que vino a experimentar el poder del Dios que había sanado al gato.

¿Y A MI QUIEN ME CUIDA?

La pequeña misión empezó a crecer y con ella el millón de preguntas: cómo, cuándo, dónde, con quién y porqué. Fue en ese momento donde empecé a buscar más de la ayuda de mi pastor quien, por supuesto, era un hombre muy experimentado. De no ser por sus múltiples ocupaciones, podría en ese momento darme todas las respuestas que necesitaba para avanzar. Sus múltiples ocupaciones en la iglesia y su ministerio impedían que me pudiera dedicar un tiempo exclusivo y tratar todos los problemas ministeriales, familiares y personales que en ese momento ya me estaban empezando a brotar.

El no contar con la asesoría necesaria de mi pastor me trajo una pregunta a la mente: ***“¿y a mí quién me cuida?”*** Eso me hizo empezar a buscar en otras fuentes de información e inclusive en otros mentores, por lo que sentí que cada día se me complicaba más el encontrar las respuestas correctas a mis preguntas. Entendí que para que alguien te pueda dar una respuesta “ideal” a tus preguntas, debe tener el enfoque y la

visión ministerial que tú tienes. Es decir, debe ser alguien que esté conectado a ti, que te entienda, que tengan la misma perspectiva respecto a lo que estás haciendo.

Lo anterior me llevó a buscar a mi pastor de nuevo y de alguna manera “arrancarle de su tiempo”. Lo que pude entender, al menos de él, es que siempre estuvo dispuesto a ayudarme, pero esperaba que yo me acercara y le manifestara mi necesidad.

Todos necesitamos alguien quien nos cuide y guíe

He conocido a muchos pastores y ministros caminando solos, por una u otra razón, y eso no es bueno. **Todos necesitamos tener a alguien a nuestro lado para que nos forme y a quien rendirle cuentas para ser reajustados cada vez que sea necesario.** Alguien con una mayor perspectiva y experiencia que nosotros en el ámbito ministerial. Pero sobre todo alguien con la misma expectativa y visión de lo que estamos haciendo. Es decir, alguien que te entienda.

Con la ayuda de Dios y de mi pastor, mi ministerio tomó un buen ritmo de crecimiento constante, a tal grado que llegó un momento en que la iglesia que pastoreaba alcanzó mayor asistencia que la de mi pastor. Mi crecimiento en la iglesia y el “empuje” que mostraba a causa de mi pasión por servir al Señor, llevó a mi pastor a decirme un día: “es tiempo de que busques a alguien que tenga tu visión y alcance, yo no creo poder seguirte capacitando”. Mi respuesta fue contundente: “yo no quiero otro pastor, usted será siempre mi pastor”. A lo que él me respondió: “como quieras, pero yo no puedo seguirte capacitando, busca dónde”. Él siguió siendo mi pastor hasta el

último día de su vida, pero su propuesta me llevó a buscar capacitarme en otro lado.

Mi pastor falleció a los sesenta y cinco años debido a un tumor canceroso que se le desarrolló a raíz de un accidente, un auto imprudente lo arrolló y le lastimó sus vértebras. Él ya descansa al lado de nuestro Señor y le estaré siempre agradecido por su cariño, sus atenciones y sus enseñanzas.

FORMACIÓN: IMPARTICIÓN DE LA GENÉTICA DE TU PASTOR

En lo que concierne al desarrollo de un ministro, entendí que debe haber una preparación en dos ejes: uno es la capacitación y el otro la formación.

La capacitación tiene que ver con la enseñanza teórica-académica que el ministro debe recibir. Por ejemplo, estudiar en el instituto bíblico, recibir seminarios, academias, conferencias.

La formación del ministro tiene que ver con la impartición de la “genética ministerial” y lo que hay en el corazón del padre espiritual a su discípulo. Por esta razón, Pablo, en 1 Corintios 4:15 expresa que, aunque tengamos mil ayos, padre espiritual solo hay uno. Dice también en el versículo 17, que Timoteo, su hijo espiritual, conocía y desarrollaba en todo tiempo y lugar, su mismo proceder. Su comentario en este pasaje hace referencia a una impartición de un padre espiritual o pastor, a su hijo espiritual o discípulo.

Entonces, para tu formación, te recomiendo que busques a tu padre espiritual, ya sea tu líder o tu pastor, quien va a formar tu corazón, tu carácter y todo cuanto sea necesario formar en ti, a través de la impartición de lo que Dios le ha dado a él para ti. Pero no esperes a que venga a ti, eso lo hace una oveja. Tu como su discípulo, ve a él y te aseguro que hará todo lo necesario para tu formación, no solo ministerial sino también en las áreas que sean necesarias.

Para tu capacitación, estudia todo cuanto necesites estudiar y que tenga que ver con la visión que quieres alcanzar, para que estés cada día mejor preparado. De acuerdo con la parábola de los talentos, de la que hablaré más en detalle en un capítulo posterior.

Está escrito que cada uno recibe según su capacidad (Mt 24:15). Así que, me queda muy claro que debo de seguirme capacitando. Con esto, un ministro podría alcanzar la madurez espiritual y el conocimiento que necesita para desarrollarse bien en cada etapa de su ministerio. Por Otro lado, aprendí que muchas de las situaciones que consideramos negativas o dolorosas, nos aportan experiencia y nos ayudan también a madurar.

3

LA SOMBRA DE MI PASADO

¡MI PASADO ME PERSIGUE!

TENTACIONES DE LA CARNE Y FALTA DE DOMINIO PROPIO

Este podría ser el capítulo más delicado para escribir, debido a que quiero hablar de una de las cosas con las que batalla todo ministro y por obvias razones no hablan de ello. **Me refiero a las tentaciones de la carne y la falta de dominio propio.**

Cuando digo que podría ser uno de los más delicados es porque voy a escribir sobre algunas cosas que me sucedieron, con las que he luchado, sigo luchando y creo que seguiré luchando hasta el último día de mi vida. ¿Y por qué creo que así será?, porque también soy humano, solo por eso.

Aclaro que estaré hablando solo de mí, aunque calculo que, si todos los pastores son también humanos, podrían estar luchando con lo mismo, unos más, otros menos, unos en unas áreas, otros en otras. Pero finalmente creo que es algo con lo que cualquier ser humano lucha y nosotros también como tales. Eso creo.

No sé si realmente exista sobre la faz de la Tierra algún pastor o ministro que no haya luchado con al menos sus pensamientos inicuos, que resulten contrarios a lo que la Palabra de Dios nos enseña. Realmente no creo, al menos no sobre este planeta. En todo caso, yo no soy uno de estos, yo soy terrestre, soy de carne y hueso, soy normal.

Como te conté en el primer capítulo de este libro, vengo de una familia que vivió extrema pobreza por causa del alcoholismo de mi padre, un hombre muy trabajador, pero que lamentablemente todo el recurso que recibía de su trabajo se lo

gastaba en sus placeres carnales. Uno de estos vicios era el adulterio. El andar con varias mujeres y derrochar el poco dinero que ganaba en la práctica sexual ilícita, fue para él un estilo de vida que insistió en heredarla a sus hijos varones. De mi padre aprendí que una mujer era un estuche sexual en el que nosotros los hombres deberíamos deleitarnos. Esa enseñanza me llevó a absorber mucha pornografía desde mi adolescencia y a practicar el sexo ilícito durante gran parte de mi juventud.

Aunado a esto, mis padres -muy trabajadores, pero con muy bajo grado de estudios académicos-, no pudieron enseñarme buenos valores ni tampoco pudieron ser un buen referente moral para nosotros. A los nueve hijos, seis varones y tres mujeres nos enseñaron a ganarnos la vida trabajando duro, y solo a unos pocos pudieron darles estudios. Los demás, entre ellos yo, nos pagamos los estudios ganando un poco de dinero en diversos oficios.

LOS PLEITOS EN CASA

Este estilo de vida familiar se tornaba constantemente en pleitos, gritos, humillaciones e incluso constantes agresiones físicas entre mis padres, de mis padres hacia nosotros y entre nosotros mismos. Por esta razón, a mi casa le di el nombre de “hogar infernal”. Así, hasta que salí de la casa en el momento de empezar mi carrera profesional, siempre sin el apoyo económico de mis padres. Una frase que recuerdo de mi papá es: “hijos, el que quiera estudiar, tiene que trabajar, conmigo no cuentan”. Eso fue muy claro y eso fue lo que hicimos casi todos.

Cuando salí del pueblo para estudiar mi carrera profesional, era integrante de un grupo musical que mi papá había dejado a

uno de mis hermanos mayores, Mario, quien era adicto a las drogas y quien posteriormente se convirtió al evangelio. De este hablé en el primer capítulo, donde narro mi testimonio de conversión, cuando mi hija nació enferma y decidí buscar la ayuda de Dios.

LOS VICIOS

Posteriormente, por causa de los constantes pleitos en este grupo musical, decidí salirme e iniciar un negocio propio dentro del mismo ámbito; un sonido disco, del que me mantuve casi doce años y con el cual me pagué la carrera. Era buen negocio, sin embargo, ese contexto me llevó a ahondar más en lo oscuro, en lo ilícito, en el pecado. Ese ambiente me llevó por mucho tiempo a convivir con alcohólicos, drogadictos y prostitutas, cuyos detalles no narraré en este documento porque no es su propósito.

Este fue mi pasado antes de entregarle mi vida a Jesús, pasado que me marcó y que por mucho tiempo me persiguió, aun después de mi conversión, que me llevó a enfrentar terribles luchas entre mi carne y mi espíritu.

LOS VESTIGIOS DE MI PASADO

Cuando decidí ser ministro del evangelio, sinceramente, aún quedaban vestigios del pasado en mi mente, lo que creo es normal para alguien que viene de tal estilo de vida. Esos vestigios me llevaron a declararle la guerra a las tentaciones sexuales, que me empujaban de repente a revivir los momentos placenteros de mi pasado. Esta guerra fue determinante para hacer a un lado lo que me estaba estorbando para servirle a Dios

con toda libertad. Entendí claramente que, si el Hijo me libertare, sería yo verdaderamente libre (Jn 8:34). Sin embargo, no fue nada fácil.

Para cuando ya estaba pastoreando, aun venían a mi mente esos vestigios de mi pasado, pensamientos carnales que me pedían placer carnal ilícito, parecía que el diablo lo sabía, puesto que me ponía delante de mí, cosas o personas que me despertaban fuertemente la tentación de pecar nuevamente. Normal o no, eran unas luchas terribles las que tuve que enfrentar y vencer.

A continuación, quiero platicarles de algunas malas experiencias y cómo logré vencerlas, por si acaso alguno esté pasando por algo similar y quiera librarse de este “demonio”.

Cuando le entregué mi vida a Jesús ya estaba estudiando el posgrado en el puerto de Veracruz. Para entonces aún tenía el negocio de la disco móvil, cuyo negocio tiene que ver con un ambiente espiritualmente oscuro y ampliamente pecaminoso. Sin embargo, entendí por medio de la Palabra que ya debía dejar ese ambiente atrás y enfocarme en la búsqueda de Dios. Fue cuando decidí dejarle el sonido disco a mi hermano Luis, un año menor que yo y quien por mucho tiempo había trabajado conmigo en este negocio.

EL DESEO CARNAL

Recuerdo que cuando dejé por completo ese ambiente, mi carne me pedía constantemente regresar a él. Incluso, cuando pasaba frente a un baile o fiesta donde había un sonido disco, la tentación que sentía por entrar era muy intensa. Sinceramente

quería revivir esos momentos que fueron para mí un estilo de vida por muchos años. Al analizar el libro de Santiago, me di cuenta de que el pecado entra en la vida del hombre, por causa de su concupiscencia que lo seduce y aprisiona. Es decir que mi carne quería hacerlo, me lo pedía.

En una ocasión mi hermano estaba amenizando una fiesta en un lugar a una hora del pueblo donde habitaba, me llamó por teléfono para pedirme que le llevara un aparato que tenía en su casa, creo que se le había descompuesto el que tenía con él. En ese momento, bajo la excusa de llevarle el aparato que me pidió, vi una magnífica oportunidad para ir y revivir esos momentos carnalmente placenteros que había dejado en el pasado, pero que mi carne estaba reclamando.

Algo curioso sucedió, algo que poco después, leyendo las escrituras, descubrí acerca de cómo el Señor te deja ser tentado, pero también te pone la salida para que tu decidas si caer o no en dicha tentación. Es precisamente lo que está escrito en 1 Corintios 10:13, dice que el Señor no permitirá que seamos tentados más allá de lo que no podamos soportar, incluso, que junto con la tentación nos dará la salida, para que podamos soportar dicha tentación.

Sucedió entonces que cuando mi hermano vio que no estaba muy seguro de querer ir, -puesto que él sabía que ya había decidido apartarme totalmente de ese ambiente debido a mi conversión-, me dijo que, si no podía o no quería ir, él entendía y que no me preocupara, que él vería cómo resolver el problema. En ese momento sabía que Dios me estaba dando la salida para no ir y no reencontrarme con mi pasado. Pero resulta

que tenía muchas ganas de ir y quería aprovechar esa oportunidad.

Tomé un auto viejito que tenía y me dispuse a llevar el equipo que necesitaba mi hermano. Por el camino, a escasos treinta minutos de haber salido, justo frente a mí, sucedió un accidente muy fuerte, una carambola de autos que resultó en varios muertos y muchos heridos que yacían ante a mis ojos. Pero lo más impactante a mi mente fue que delante de mi auto había una camioneta destrozada y, alrededor de ella, una gran cantidad de aparatos de sonido regados por doquier. Eso me asustó mucho. En ese momento escuché una voz real que me dijo: ***“Hugo, esto era para ti, regrésate y no regreses nunca más a este ambiente de tinieblas”***. En ese momento me puse a llorar como un niño, agarrado fuertemente del volante del auto y no sé por cuanto tiempo estuve así en el lugar hasta el momento en que se acercó un policía y me dijo que me moviera de ahí porque corría mucho peligro. Entre los carros accidentados había uno que portaba gas, se escuchaba como algunos tanques se habían averiado y el gas escapaba de ellos.

Regresé a mi casa aun en shock, lloré mucho, le pedí perdón a Dios por haber tomado la mala decisión de ir a ese lugar aun cuando Él me había puesto la salida para no caer en esa tentación. Prometí al Señor nunca más regresar a ese terreno de oscuridad. Hasta el día de hoy jamás lo he vuelto a pisar, al menos no por voluntad propia.

Después de eso me sentí culpable de haber metido a mi hermano en ese ambiente, puesto que yo le dejé el sonido disco a él. En verdad, estuve orando seis largos años para que Dios

lo sacará también de ahí, y bendigo al Señor porque finalmente mi hermano se convirtió al evangelio y hoy le sirve junto con toda su casa.

La tentación sexual

Otras de las ocasiones donde tuve un alto riesgo en que mi pasado me alcanzara y cayera en tentación, fue cuando una mujer de la iglesia insistía en que la atendiera personalmente en mi oficina. Ella sabía que, en nuestra iglesia, mi esposa atiende a las damas y yo me encargo de los caballeros. Sin embargo, insistió mucho y siempre se lo negué. A pesar de mi negativa, ella llegó una mañana y se metió directo a la oficina sin prevenir a las personas que trabajan conmigo en un espacio contiguo.

Normalmente, cuando una persona requería hablar conmigo, debería anticiparse con uno de mis asistentes de la oficina adjunta. Esto lo hacíamos por seguridad. Normalmente mi esposa siempre se encontraba conmigo en la oficina, pero en esta ocasión aún no había llegado, se había quedado en casa para preparar a los niños antes de irse a la escuela.

Una de las personas que trabajaban conmigo en la oficina, al ver que la mujer entró directamente sin avisar, reaccionó y fue a interceptarla antes de que me dirigiera la palabra. Cuando vi esta acción, le dije a mi asistente que la dejara un momento para ver qué era lo que le urgía hablar conmigo. En ese entonces, debido a que el local que ocupábamos era prestado, no pudimos hacerle muchas reestructuraciones, por lo que mi oficina estaba totalmente cerrada y nadie podía mirar de afuera hacia adentro. Por esta razón, mis asistentes tenían la instrucción que, en caso de estar yo solo con una mujer y ellos percibieran que se tardara

más de cinco minutos, pasado ese tiempo, entraran a mi oficina para interrumpir la charla.

En esa ocasión, cuando esta mujer entró y yo le dije a mi asistente que la dejara, ella enseguida cerró la puerta y se bajó la blusa y su sostén. Al momento que me mostraba sus pechos me preguntó por qué la despreciaba si eso que ella me estaba ofreciendo mi mujer no lo tenía. En ese momento, sinceramente no supe cómo reaccionar, me quedé literalmente asustado y sin palabras. La dejé que hablara, el problema era que mientras hablaba se me acercaba con toda intención. Para serles sincero, mis hormonas se alteraron y como dicen por ahí: “me temblaron las patitas”. No era para menos, se trataba de una mujer joven físicamente hermosa y con un cuerpo bien formado, que creo que, en la mente de cualquier hombre normal, causaría una fuerte atracción sexual.

En ese momento sentí que mi pasado me quiso alcanzar de nuevo, pero el Señor una vez más me dio la salida. La mujer dijo: “te doy chance de que escojas: tomarme ahorita, solo quiero quince minutos dijo, o llamar a tu asistente para que te venga a rescatar”.

Una de las formas que tenía en ese momento para llamar a mi asistente era un timbre. Decidí tocarlo y enseguida ella se acomodó su ropa y se sentó en la silla frente a mi escritorio, mirándome con odio. Uno de mis asistentes entró y le dije que acompañara a la mujer a la salida, que ya se iba. A la mujer le dije antes de irse, que por favor ya no insistiera, que ya no quería verla en la iglesia nunca.

Al llegar mi esposa más tarde, le conté lo sucedido, ella tomó el teléfono y le dijo todo a la mamá de esta joven, una hermana muy activa en la iglesia. La mamá me pidió perdón por lo ocurrido y decidió llevarse a la hija a su ciudad natal con sus familiares, al norte del país.

Después de esto y cuando me recuperé del impacto psicológico que me causó el hecho, me puse a reflexionar sobre lo que hubiera pasado si por falta de dominio propio hubiera cedido al deseo de esa mujer. En ese momento pensé sobre la cantidad de ministros que quizás han enfrentado este tipo de tentaciones y no pudieron decir que no. Hoy quizás se están lamentando, y seguramente yo sería uno de ellos si hubiese caído en la tentación.

Un “demonio” con faldas

Uno de los casos más difíciles que me ocurrió en este contexto fue cuando -en una de las muy pocas veces en que mi esposa y yo estábamos disgustados- llegamos a tener problemas de intimidad, cosas que les contaré con más detalle en el capítulo correspondiente a la esposa del ministro.

Bueno, en ese justo tiempo, una mujer llegó a la iglesia y tal parece que llevaba la comisión de hacerme caer en tentación. Desde los primeros días que se empezó a congregarse, al final del culto se me acercaba justo cuando mi esposa se alejaba. Al principio no notaba nada fuera de lo normal, sino hasta que le abrí confianza. Aprovechando esa confianza, la mujer se acercaba a mí, pero ahora para abrazarme. Cuando me empezaba a abrazar noté claramente sus malas intenciones de atraerme y seducirme. Sentía claramente como sus pechos los

recostaba a mi cuerpo y me hablaba al oído. Por un momento empecé a corresponderle y tal parece que ella estaba a punto de lograr su propósito. Pero Dios es fiel y una vez más, me dio la salida.

Una de las hermanas del grupo de intercesión se me acercó y me dijo que ella veía algo raro y muy mal intencionado en esa mujer, que tuviera mucho cuidado. Gracias a eso, reflexioné e inmediatamente me dirigí a mi esposa para hablar con ella sobre lo que estaba pasando. Hablamos y llegamos al acuerdo de dejar nuestro problema atrás y empezar a hacer las cosas que fueran necesarias para retomar nuestra vida normal como esposos y pastores. Entonces, mi esposa habló con esta señora, quien siempre negó sus malas intenciones hacia mí, pero terminó yéndose de la iglesia.

Otro “demonio” más joven

En otra ocasión, una joven de otra congregación me empezó a enviar fotos de ella desnuda, a lo que le pregunté qué porqué lo hacía. Ella me respondió que a su corta edad ya había tenido varios amantes, pero ninguno que fuera pastor y quería probar que sentía tener un amante pastor. En ese momento vino a mí, un temor espantoso de caer en el juego de esta chica. Enseguida reflexioné y decidí reenviarle las fotos y textos de la joven a mi esposa. Mi mujer lo vio y me dijo que hablaría con la mamá de esta joven. Lo hizo y evidentemente, la chica terminó odiándome y me bloqueó de sus redes sociales.

AQUÍ MIS RECOMENDACIONES

Puedo decir con franqueza que todos estos casos me pudieron llevar a caer en tentación, pero le doy gracias a Dios que siempre me dio la salida. Derivado de cada uno de ellos, quiero escribirles lo que decidí hacer, y dejárselos como recomendaciones para evitar la caída de un ministro y el desastre posterior que esto podría ocasionar.

- Seguir orando siempre y ayunando para mantenerme espiritualmente fortalecido y consolidado cada día más en el dominio propio. Es decir, el dominio sobre los deseos pecaminosos de la carne.

- Fortalecer la comunicación y comunión con mi esposa en todas las áreas posibles, y más aún en el área de la intimidad.

- Evitar siempre atender a una mujer estando yo solo. Siempre procurando que esté de preferencia mi esposa u otra persona de confianza, pero jamás yo solo con ella.

- Establecer el grupo de “mis viejitas”. Este grupo fue constituido por las mujeres más ancianas del grupo de intercesión de la iglesia. “Mis viejitas” tenían la tarea de estar siempre al tanto de nosotros los pastores y de nuestra familia. Ellas deberían saber dónde ando, que ando haciendo y siempre estar orando por mí y por mi casa. Si de repente percibían que andaba haciendo cosas no convenientes para mí como pastor y esposo, a ellas les di la autorización de llamarme la atención si lo consideran necesario, e incluso, de revisar mi celular. Este grupo de hermanas, en las reuniones de culto u otras, debían

estar al pendiente de mí, en caso de que mi esposa no estuviera a mi lado y alguna mujer se me acercara; ellas “me hacían el quite”, es decir, la atendían.

Entonces, aconsejo a todo ministro, seguir estas sencillas recomendaciones para evitar una caída. Recuerden que, si un ministro cae, podrían caer con él todos los que están bajo su cuidado espiritual. Este tipo de casos, lamentablemente, ya lo hemos visto en algunos ministerios.

Recomiendo también, que les permitan a las personas de más confianza, empezando por sus pastores, su esposa, sus hijos naturales y espirituales, que los mantengan “en la mira”. Esto, no con la intención de juzgarlos por lo que estén haciendo como ministros, sino con la intención de ayudar a que las tentaciones no los rebasen.

Lo anterior, se recomienda bajo el supuesto que cuando el dominio propio del ministro no esté aún bien desarrollado, podría tomar actitudes como las de un adolescente, a quien se le han enseñado las reglas de la casa y las aplica cuando hay alguien de autoridad al lado suyo. Sin embargo, cuando está solo, comúnmente las rompe. Lo anterior, aunado a la rendición de cuentas que estén dispuestos a darle a estas mismas personas de confianza, ayudaran al ministro a decirle no a las tentaciones de la carne.

Esto es algo que yo decidí hacer y me dio muy buenos resultados, aunque para hacerlo, tuve que armarme de humildad y aceptar el hecho de que haya a mi alrededor muchos ojos mirándome de manera intencional. Quién sabe si solo me miran

para eso y no para estar criticando y juzgando lo que me ven hacer, pero bueno, siempre hay un riesgo, y trae buenos resultados.

No niego que podría haber en alguna parte del mundo ministros que no necesitan que alguien los esté “supervisando” para reducir al máximo el que caigan en tentación, mis respetos para ellos. Pero, este tipo de estrategias se las recomiendo, en lo que van desarrollando su dominio propio, con la ayuda de Dios.

4

LA MALA ADMINISTRACIÓN

*“ANTES DE SER UN BUEN
PASTOR, PROCURA SER UN BUEN
ADMINISTRADOR”*

He aquí uno de los principales problemas a los que tuve que hacerle frente, y creo que todos los ministros en un momento dado se enfrentan, la supuesta falta de recursos.

En mi experiencia personal, aprendí que este “demonio” se presenta, no necesariamente porque no tengan los recursos, porque Dios se provee, sino porque quizás no los administran bien. Ese fue mi caso, y de estos, con los que más tuve problemas fue con el dinero, el tiempo y las personas.

ADMINISTRADOR ANTES QUE PASTOR

Un día, platicando con un pastor amigo mío, me dijo: ***“antes de ser un buen pastor, procura ser un buen administrador”***. Lo entendí perfectamente y me preocupé porque lo administrativo no es lo mío, sin embargo, al ver que todo alrededor de un ministerio se trata de administrar recursos, tuve que aprender a hacerlo.

En tanto la iglesia iba creciendo en número de personas, los recursos financieros y materiales también aumentaban. Aun con esto, parecía que ningún recurso alcanzaba para la realización de los proyectos propuestos para el crecimiento de la iglesia.

RECURSOS FINANCIEROS, MAL ADMINISTRADOS

La mala administración de las finanzas me trajo problemas serios de endeudamiento y escases de algunas cosas básicas necesarias para la operatividad y el desarrollo de la iglesia.

Debido a la enseñanza dada a la iglesia, siempre se mantuvo dispuesta a dar, pues aprendió que esa es la llave de la bendición financiera.

Al ver esta actitud siempre generosa de la iglesia, me angustiaba por el hecho de no ser capaz de aprovechar al máximo sus dádivas, puesto que no estaban siendo bien administradas. Lo que más temor me provocaba, era el saber que se trataba del dinero que venía de la fe de los hijos de Dios, debido a que este recurso lo he considerado siempre como algo sagrado.

Para resolver este problema, le pedí perdón a Dios por si acaso este hecho estaba deshonrándolo, y le pedí que me diera la solución al problema. Mientras oraba, el Señor me hizo ver a través de su Palabra, en la parábola de los talentos, que debía capacitarme en esta área para que Dios me añadiera más, porque Dios da a cada uno de acuerdo con su capacidad (Mt 25:15).

Entendí que tenía dos opciones: la primera, que tomara un curso de administración, o, la segunda, que contratara a alguien que supiera hacerlo. En cualquiera de los casos tenía que lograr administrar bien los recursos que Dios ponía en mis manos, porque eso es lo que nos demanda en Su Palabra

1 Corintios 4:2. Ahora bien, se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel.

Intenté tomar un curso de administración que me sirvió para entender algunas de las bases en esta disciplina y empezar a darle forma a la operación de los recursos.

Sin embargo, la iglesia seguía creciendo y mis conocimientos en administración empezaron a ser insuficientes. Seguí orando para que Dios me diera dirección y lo que entendí en su Palabra es que somos un cuerpo, y que el cuerpo tiene muchos miembros con diferentes talentos y dones, todos, para hacer que este se desarrolle, es decir, la iglesia.

Romanos 12:4-8. *Porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros. De manera que, teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada, si el de profecía, úsese conforme a la medida de la fe; o si de servicio, en servir; o el que enseña, en la enseñanza; el que exhorta, en la exhortación; el que reparte, con liberalidad; el que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría.*

Entendí también que debía buscar entre los miembros de la iglesia a alguien que tuviera conocimientos en administración o en un área afín. En la iglesia había una joven con carrera y experiencia en contabilidad. Entonces decidí soltarle la administración de los recursos materiales y financieros. A partir de entonces, ella junto con mi esposa, se ocuparon de esta área y lo hicieron bien.

En resumen, lo que aprendí en cuanto a la administración de los recursos financieros y materiales, es que debemos ser buenos administradores y provocar así, que Dios nos dé más debido a nuestra capacidad de hacer las cosas. Para esto, debí entender que no soy solo yo conformando el cuerpo de Cristo, sino que hay muchos miembros, entre ellos, algunos que

podrían saber más que yo en áreas específicas. Debí aprender a delegar ciertas áreas de la iglesia.

Con esta persona al frente de la administración, aprendimos a usar todo tipo de herramientas administrativas de ayuda para la operatividad de la iglesia, desde la parte contable, bases de datos, manuales de proceso, de operación, requisiciones, etc. Aunque la iglesia era aún pequeña, los empezamos a usar, y con el tiempo los fuimos perfeccionando a la par con el crecimiento de la iglesia.

El resultado de implicarnos en la correcta administración de los recursos provocó que Dios nos añadiera más cada día. Gracias a esto, logramos construir el templo, así como también cubrir las diferentes necesidades de crecimiento y desarrollo de la iglesia.

MALA ADMINISTRACIÓN DEL TIEMPO

Otro de los recursos que considero de los más valiosos que se tiene, es el tiempo, y quiero contarles los problemas que tuve con éste y cómo me las arreglé para poder administrarlo bien. Para ser sincero, nunca me alcanzaba el tiempo, y mientras menos tiempo tenía, más estresado andaba. Eso no era bueno.

En el capítulo uno, narré como empezó mi ministerio y como se fue desarrollando a tal grado de desear tomar la decisión de dejarlo todo y dedicarme de tiempo completo al pastorado. Mientras esto no sucedía, y debido al rápido crecimiento de la iglesia, mis tiempos se saturaban cada vez más. Recuerdo que cuando leía o predicaba algo sobre Eclesiastés 3:1-8, me frustraba porque según este pasaje de la

biblia debería haber tiempo para todo, y, la verdad, parecía que no tenía tiempo para nada.

El supuesto problema por el que atravesaba en ese momento era que mi tiempo lo repartía en tres áreas: mi familia, mi trabajo y el ministerio. Las tres áreas eran muy importantes para mí y me exigían algo de tiempo. Por un lado, mis publicaciones científicas empezaban a provocar mi participación en muchos congresos organizados en diferentes partes del mundo.

Por otro lado, el rápido crecimiento de la iglesia exigía dedicarme aún más a su consolidación y, sobre todo, a la aplicación puntual de mis enseñanzas sobre el cuidado de la familia, enseñanzas por supuesto que yo como el pastor, debía aplicarlas primero en mi casa. Con todo lo anterior y aunado a que nunca fui un buen administrador del reloj, provocaba que ningún tiempo fuera suficiente para el cumplimiento de las diferentes tareas. Esta situación me provocaba mucho estrés y ansiedad constantes, cosas que me agotaban y limitaban mi capacidad de resolver y avanzar en mis tareas diarias.

En una ocasión, leyendo las escrituras en algunos versículos que hablan sobre el uso del tiempo durante las jornadas de trabajo (Mateo 20:1-15, Juan 9:4, Éxodo 20:9), hice el siguiente análisis:

Las jornadas de trabajo de Jesús eran de doce horas diarias, y de seis días a la semana. Si trabajas ocho horas diarias y cinco días a la semana puedes dedicar las otras cuatro horas del día a servir a Dios, así como el día que te queda libre. Una persona que trabaja cinco días a la semana y ocho horas diarias podría

llegar a trabajar hasta treinta y dos horas más a la semana, si siguiera este principio. Este análisis me llevó a administrar cada vez mejor mi tiempo y mis actividades diarias. No fue fácil, pero poco a poco fui aprendiendo y puedo decir que pude avanzar en esta área, pero aún me faltaba.

Desde que me propuse y empecé a administrar bien mi tiempo descubrí que, al hacerlo de esta manera, hubiese podido continuar en mi trabajo como investigador en la institución de estudios superiores, aunque para entonces, como dije anteriormente, puse mi renuncia para dedicarme de tiempo completo al ministerio. Esto es cierto, aunque la verdad, dejé mi trabajo porque yo deseaba hacerlo para desarrollar la obra de Dios con entrega total y poder avanzar más rápido.

EL RECURSO HUMANO MAL ADMINISTRADO

Otra de las cosas que debí aprender a administrar y coordinar fue al recurso humano con quien en ese momento contaba. Cosas que nadie me enseñó y que, por falta de capacitación en esta área, era un recurso o potencial que estaba desaprovechando.

Cabe mencionar que cuando me daba cuenta de que las cosas no iban como yo quería, me desesperaba, el estrés y la ansiedad me visitaban. Para contrarrestar esta situación, aprendí a desarrollar un arma poderosa y que ha sido desde entonces para mí, muy efectiva, la oración y la meditación. Esta disciplina la aprendí a desarrollarla desde el principio de mi ministerio, buscando siempre respuestas y soluciones a los problemas que se me presentaban. Aun lo sigo haciendo y se trata de un tiempo de aposento. Lo distribuyo en un espacio de oración, otro lapso

para leer la biblia y uno más para escuchar o leer algunos temas que hablen del problema que necesito resolver en ese momento. Después, una vez que tengo y analizo toda la información obtenida, me tomo un tiempo para meditar y escribir las diferentes opciones de solución encontradas.

En una de estas ocasiones de aposento, leyendo y meditando la biblia en 1 de Corintios 12 del versículo 12 al 31 y en Romanos 12 del 1 al 8, encontré una de las respuestas buscadas en cuanto a la administración del recurso humano en la iglesia. Estos pasajes como lo describí arriba definen a la iglesia como un cuerpo, donde cada miembro presenta y dispone sus dones y talentos para hacer avanzar la obra juntos. Esta parte debí asimilarla y aceptarla. Les confieso que no fue fácil debido a que yo era de las personas que preferían hacerlo todo antes que delegar a alguien hacer algo. No confiaba en las personas que me rodeaban aun cuando buscaban también contribuir al avance de la iglesia.

Gracias a esos pasajes de la biblia y a la fuerte necesidad de que alguien más me ayudara en las tareas, entendí que debía delegar responsabilidades y sobre todo confiar en la gente a mi alrededor. Les confieso que muy pocas veces me gustaba la forma en como hacían las cosas que encargaba a los demás, y siempre andaba insatisfecho. A tal grado que algunas cosas ya hechas por alguien más, yo las volvía a hacer. Esto, por supuesto, me ponía mal y con la frente arrugada, provocando que las personas a mi alrededor en la iglesia me preguntaran porqué andaba enojado todo el tiempo.

En este sentido, las cosas no iban bien y debí buscar una solución. Lo que me ayudó a encontrarla fue, por un lado, reconocer que yo no estaba bien, que debía aprender a confiar más en la gente que conformaba el cuerpo de Cristo. Por otro lado, les cuento que siempre me gustó leer libros de superación personal, pero más aquellos cuyos consejos están fundamentados en la Palabra de Dios. Entre estos, encontré y leí uno que lleva por título: *“Desarrolle los líderes que están alrededor de usted”*, de John Maxwell. En este libro encontré lo poderoso y provechoso que es el desarrollar la capacidad de formar a las personas que están alrededor de ti en ciertos contextos, en este caso, en la iglesia. Si bien la tarea fundamental de un pastor es la de liderar, siendo esta una de las más absorbentes, es precisamente lo que nos enseña este libro: desarrollar a las personas que están a tu alrededor para que ellas también lideren. Eso fue lo que hice y me dio muy buenos resultados.

Finalmente pude entender, a través del análisis de la Palabra de Dios y de otros libros que enseñan sobre este tema, que, el principal objetivo de formar a otros es precisamente el portar confianza y delegarles responsabilidades en la obra del Señor.

En el área ministerial de la iglesia, debido a la carga de trabajo que existe, una de las cosas que el Señor Jesús les pidió a sus discípulos fue que rogaran a Dios para que envíe más obreros a ayudar en el trabajo de la iglesia (Mt 9:37-38). Estoy seguro de que alrededor del mundo hay muchos ministros pidiéndole a Dios por esto. Sin embargo, también entiendo que cuando Dios nos concede el enviarnos más obreros, nosotros debemos tomar la responsabilidad de formarlos y después implicarlos en el trabajo ministerial. En todo caso, es uno de los imperativos

que el Señor Jesús nos deja en su Palabra: *Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones...*, (Mt 28:19).

Dios te envía a los que necesitas

Por otro lado, en los trabajos no ministeriales que se requieren en la iglesia, puedo decirles que casi siempre que necesité a alguien para avanzar a una nueva etapa de crecimiento, llegan las personas con los talentos que justo en ese momento requerimos. Por ejemplo, cuando íbamos a comprar el terreno para construir el templo, necesitábamos a alguien que nos ayudara con el estudio de suelo y la medición de las áreas para posteriormente construir. En ese momento llega a la iglesia y se convierte un topógrafo. Esta persona nos ayudó a hacer dichos trabajos. También recuerdo que en la ocasión que necesitábamos los planos del templo para empezar a construir, llega a la iglesia y se convierte un arquitecto.

En este sentido, creo que estas personas con determinados talentos nos las manda el Señor para cubrir necesidades también específicas para el desarrollo de la iglesia. A nosotros nos corresponde pastorearlas e implicarlas en los trabajos que se necesiten, particularmente donde ellas se puedan desenvolver de acuerdo con sus talentos. A fin de cuentas, ellos también son parte del cuerpo de Cristo y cada uno debe desarrollar en la iglesia una función específica de acuerdo al don que Dios le dio.

LA SOLUCIÓN

Entonces, la solución a la supuesta falta de algunos recursos como el tiempo y dinero, -necesarios en la iglesia para desarrollar la obra que Dios nos encomendó-, fue el aprender a administrar bien lo que he tenido disponible de ambos recursos. Por otro lado, aprendí que Dios siempre nos manda obreros para que nos ayuden a hacer su obra, a nosotros nos corresponde formarlos y después implicarlos en las diferentes tareas del ministerio, de acuerdo con los dones y talentos que cada uno ha recibido de Dios.

5

MI AYUDA ERRONEA

*“EL LLAMADO NO ES PARA MÍ,
ES PARA TI”*

Las siguientes líneas las voy a dedicar para hablar de las diferentes situaciones problemáticas más significativas o “demonios”, con los que batallé mucho con mi esposa como compañera en el ministerio.

Sabemos que existen muchos libros que hablan de la relación que debería llevar un ministro con su esposa, inclusive yo mismo escribí uno. Pero, creo que como dicen por ahí, “cada uno cuenta la historia de acuerdo con cómo le va en la feria”. Dicho de otra manera, creo que cada matrimonio es diferente, sin embargo, en el ministerio pasan problemas matrimoniales a veces bastantes comunes, casi como nos lo dice la Escritura en 1 de Pedro 5:9, que debemos resistir, ya que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo.

Entonces, de estas situaciones problemáticas en mi matrimonio quiero hablar abiertamente, esperando que sirvan de referencia a muchos ministros que pudiesen estar pasando por las mismas que yo pasé con mi amada esposa, como compañera en el ministerio.

EL LLAMADO ES TUYO, NO MIO

Como lo narré en uno de los capítulos anteriores, al referirme a la forma en cómo se dio mi conversión, nuestra hija nació con una enfermedad genética mortal, y cuando la ciencia dijo “no puedo sanarla”, Dios la sanó. Cuando esto ocurrió, me provocó un impacto psicológico y emocional muy fuerte, debido a que antes de conocer a Dios la ciencia ocupaba ese lugar, ese

dios ciencia que me dijo que no podía sanar a mi hija. Fue cuando busqué al Dios vivo y verdadero y pude experimentar lo sobrenatural en la vida de mi hija.

En ese momento mi mente lógica me llevó a creer que, si Dios había hecho eso conmigo, es porque Él me quería para algo. Además, cuando yo me dirigí a Él para pedirle que sanara a mi hija hice un trato, prometiéndole que, si sanaba a mi hija, yo le serviría toda mi vida. Dios sanó a mi hija y yo estaba puesto para cumplir mi trato. Pero había un “detalle”, no era el mismo sentir de mi esposa y ahí empezaron los problemas.

Era tanta mi seguridad de que todo había ocurrido por un propósito divino para mí, que inclusive estaba dispuesto a dejarlo todo para servirle a Dios de tiempo completo, claro, en el tiempo correcto. Esta convicción me hizo empezar una búsqueda desenfrenada de Dios y me dispuse a servirle en la iglesia donde nos congregábamos.

En ese momento, mi atención ya no estaba tan enfocada en la situación de mi niña, sino en lo que debía hacer para cumplir mi compromiso con Dios. Pero, como no era el mismo sentir de mi esposa, en muchas de las acciones y decisiones que empezaba a tomar, ella no me respaldaba.

Al principio no le di mucha importancia a su actitud, pero, a través de las enseñanzas y consejos de mi pastor, aprendí que, en nuestra vida espiritual, era necesario crecer juntos, y más aún cuando se tiene un llamado de Dios para servirle, situación que me empezó a pesar debido a que mi esposa no tenía el mismo interés que yo en la búsqueda de Dios; mucho menos en un

posible llamado a un ministerio. Cada que quería implicarla un poco más en el ministerio, ella me decía: **“el llamado es tuyo, no mío”**. Así pasaron los primeros años de nuestra conversión, tres años en Francia, y después al regresar a México.

A continuación, describiré algunos de los diferentes problemas que enfrenté durante este tiempo, por causa de la falta de convicción y compromiso de mi esposa hacia el acuerdo que yo había hecho con Dios de servirle.

“DILE A TU ESPOSA QUE ORE”

Estando aun en Francia, cuando la salud de nuestra hija mejoró radicalmente por obra de Dios, el interés por la oración de mi esposa menguó. Ya tenía la respuesta de su petición a Dios de sanar a la niña, por lo tanto, su interés por buscarlo ya no era el mismo. Mientras yo, cada día me metía más con Dios y su Palabra. Era un deseo inmenso de conocerlo y prepararme para servirle. No faltaba a ningún culto, inclusive, de repente me escapaba del trabajo para estar en la iglesia, mientras que a mi esposa ni siquiera le nacía el interés de asistir.

Asistíamos juntos, sí, los domingos, quizás como una costumbre para ella. Pero entre semana, solo cuando le insistía. En una ocasión, de madrugada tuve una visión muy clara, un personaje vestido de negro se apareció frente a mí y me amenazaba diciéndome que me iba a destruir, intuí que se trataba del diablo. Portaba una espada grande y filosa en su mano y se me acercaba poco a poco, sin dejar de decirme que me destruiría. Al principio, me llené de valor confiando en la protección de Dios sobre mí, pero este personaje no se detenía. Cuando me empezó a dar miedo, miré para atrás y vi un

personaje alto, fuerte y vestido de blanco, con los brazos cruzados y con mucha paz en su rostro. Cuando vi que el diablo levantó la espada para matarme, miré al personaje que estaba detrás de mí y le pregunté desesperado: ¿a qué hora me vas a defender?, a lo que él me contestó, mirando y señalando a mi esposa quien estaba acostada junto a mí: “dile a tu esposa que ore”. En ese momento, miré hacia enfrente y el diablo ya no estaba. Enseguida desperté a mi esposa para contarle lo sucedido y, sorprendentemente, desde ese día se implicó un poco más en la oración, pero aun sin aceptar un posible llamado de servir a Dios a mi lado.

¿ES MI AYUDA IDÓNEA O ERRÓNEA?

De regreso en México, yo estaba ya completamente convencido del llamado de Dios a un ministerio. Nos dispusimos a ser formados por quien fue nuestro pastor hasta el día de su partida con el Señor, y después de dos años de formación, le pedí nos enviara a abrir una primera misión al pueblo donde nació. Mi esposa estuvo de acuerdo, pero aún no convencida de su llamado.

En dos años la misión creció y durante ese tiempo me encontré con uno de los problemas más delicados en el pastoreo de una iglesia: atender a las mujeres de la congregación. Las cosas se empezaron a complicar aún más puesto que mi esposa no quería pastorear y mucho menos a las mujeres. Era un tema de constantes discusiones y reclamos de mi parte con ella, asunto que perduró por mucho tiempo.

Dos años después de haber estado en la misión en el pueblo le pedí a mi pastor que enviara a otro misionero y que a

nosotros nos ubicara en la ciudad, ya que por causa del trabajo que yo desarrollaba para entonces, y por la distancia a la que estaba la misión de la ciudad donde vivíamos, no podríamos darle seguimiento a la localidad.

Nuestro pastor me instruyó a que abriéramos una nueva misión en un barrio de la ciudad donde vivíamos. La pasión fue la misma y el crecimiento de esta misión fue también rápida. Sin embargo, mi amada esposa seguía en las mismas y yo tenía aun de frente el mismo problema: el de tener que pastorear a las mujeres debido a que ella no quería aun hacerlo.

Al ver que mi esposa no cedía a la petición de ayudarme con las mujeres, tuve que pedirle a una de las líderes, casada y con hijos, que lo hiciera en lugar de mi esposa, cosa que a mi esposa le provocó celos e ira, y por supuesto que fue otro tema de tremenda discusión. Esta situación engorrosa nos llevó a tener problemas de intimidad, a tal grado que mi esposa decidió desatenderme sexualmente, sin ni siquiera pensar que me ponía en alto riesgo de caer en tentación. Por un lado, su negativa de atender a las mujeres de la iglesia me obligó a atenderlas yo, y, por otro lado, el incumplimiento del deber conyugal como lo instruye la Palabra de Dios. Esta situación me llevó a una sola pregunta: **¿mi esposa es mi ayuda idónea o errónea?**

Con esta actitud de rechazo al ministerio por parte de mi esposa, sentí que logró hacer más lento mi avance y crecimiento. Literalmente me sentía como alguien que desea caminar, pero no puede porque alguien lo está jalando con una reata en el cuello. Cosa que me mantenía emocionalmente mal. Lejos de sentir que ella me animaba, sentía que ella me detenía.

Afortunadamente, una de las cosas que aprendí bien fue a buscar a Dios en la intimidad y, desde que sentí que debí empezar a hacerlo, he dedicado un día a la semana a aposentarme para hablar con Él. Desde entonces lo hago, a no ser que tenga algo fuera de mi control, o que tenga que viajar.

Ya muy cansado de la actitud de mi esposa hacia el ministerio, le empecé a pedir a Dios que le pusiera un corazón compasivo y de amor hacia su iglesia. Después de muchos días de estar orando por ella, un día, al salir del aposento, ella me dijo que tenía un proyecto para realizar con las mujeres de la iglesia. Me lo explicó, la felicité y me comprometí a ayudarle. Ese día pude percibir que el Espíritu Santo había tocado su corazón, respondiendo así a mis oraciones. Desde entonces, empezó a atender a las mujeres de la iglesia, quizás no como yo hubiese querido, pero ahí estaba mi amada en acción.

Una de las cosas que ayudó también a que mi esposa se involucrara más en el ministerio, fue el haber consultado a nuestro pastor para pedirle su asesoría. Cuando le platicamos la situación, él nos recomendó que mi amada se empezara a involucrar en las áreas donde ella se sintiera bien y pudiera ser más efectiva, y que yo me encargara del resto.

Problemas en la relación conyugal

Ahora, me faltaba resolver era el problema de la intimidad conyugal, ya que era una parte que me ponía en alto riesgo y me mantenía emocionalmente muy mal. Para esto, oré mucho a Dios pidiéndole que me ayudara porque sentía que podría soportar todas las demás situaciones que se dieron, pero en esta sí me sentía incapaz de resolverla. Me atreví a exponerle el

problema a mi pastor y a otros pastores amigos, estos me dieron algunos consejos de acuerdo con sus experiencias vividas, sin embargo, nada resultaba.

Para empeorar las cosas, en una ocasión percibí que un varón de la iglesia junto a su esposa nos visitaba mucho en nuestro hogar y casi siempre nos llevaba algo de comida para compartir. Sinceramente nunca pude percibir las malas intenciones de este varón hacia mi esposa, sino hasta que ella me enseñó un mensaje que el tipo le había enviado donde le confesaba que le atraía mucho como persona, como mujer, y que según se lo decía con mucho respeto... Uff. La verdad no supe cómo reaccionar. Me quedé callado, me fui a orar a mi cuarto y después salí a pedirle a mi esposa que bloqueara todo tipo de comunicación con él. Me dispuse a buscarlo y le dije que sus sentimientos hacia ella eran incorrectos y que por favor ya no regresara a la iglesia. El tipo me pidió perdón y, por supuesto, lo consideré como algo normal, no grave hasta ese momento, y no hubo ningún resentimiento en mi corazón hacia él. Esta persona jamás regresó a la iglesia.

Lo más grave es que esta situación estaba creando un resentimiento muy fuerte en mi corazón en contra de mi esposa. Un día, después de la oración en mi aposento, me armé de valor y le pedí que discutiéramos el punto. Yo hablé, ella solo escuchó. De entre las cosas que le dije fue que había nacido en mí ese resentimiento contra ella y que eso podría agravarse. También le dije que estaba siendo tentado por una joven que me provocaba. “Se había metido a mi oficina a pedirme quince minutos para intimar con ella”, subrayé. Esto último la puso en alerta, le hizo recordar lo que está escrito en 1 Corintios 7:3, y

entendió que tenía la responsabilidad de atenderme sexualmente. Parece que las cosas iban mejorando en esta área.

Me dediqué un buen tiempo a leer libros sobre la relación sexual en el matrimonio, desde una perspectiva bíblica, buscando mejorar cada vez más esta área en mi matrimonio. En una ocasión, cuando estábamos en la intimidad, le hice entender que una de las cosas que había leído y percibido durante este tiempo de estudio, era que la vida de un ministro es muy estresante, similar a la de un gerente de una empresa u otra persona que requiere de mucho tiempo y esfuerzo para hacer su trabajo. Le dije también que el lugar ideal que estas personas tienen para desahogar su tensión emocional es en la intimidad con su amada esposa. Ella lo entendió muy bien y todo mejoró en nuestra intimidad.

Desde entonces, decidimos dedicarnos al menos un día a la semana para cubrir esta necesidad de cariño mutuo. Un día a la semana nos “escapamos” a un hotel para dedicarnos un tiempo especial solo a nosotros. En este tiempo no hablamos de iglesia ni de trabajo. Si era necesario, hablábamos solo un poco sobre nuestros hijos. El resto del tiempo, nos divertimos juntos. Les confieso que no fue fácil, pero gracias a Dios y a mi iniciativa de buscar resolver este problema con mi amada, a partir de entonces las cosas mejoraron radicalmente en el área de nuestra intimidad.

¿y de que vamos a vivir?

Cuando mi esposa empezó a meterse más en el ministerio, yo trabajaba en la institución de educación superior y la iglesia empezaba a crecer fuerte y firme. Creció de tal forma que

empecé a sentir la necesidad de dejar el trabajo y dedicarme de tiempo completo al ministerio. Obvio, yo ya había estado un buen tiempo orando por esto y solo quería un pretexto para dejarlo todo y dedicar mi vida a servirle a Dios. Entonces se lo propuse a mi esposa, quien por supuesto, me respondió con un rotundo “no, ¡que ni se te ocurra!”

Una de las frases que me repetía a cada momento era: “¿y de qué vamos a vivir?”. No me desesperé ni le reprochaba nada, entendí que era normal que ella se preocupara por la forma en como nos íbamos a sustentar en caso de dejar de percibir el salario que me daba el gobierno por mi trabajo en la institución. No desistí, seguí orando y meditando en cómo resolver la parte financiera de mi hogar. Tenía claro que Dios me proveería, pero era mi responsabilidad tener un plan para resolver esa parte.

Por la Palabra de Dios, siempre he creído que el Señor hace su parte, pero yo debo hacer la mía. Yo hago lo natural, Él se encarga de lo sobrenatural. Entonces me planteé un par de indicadores que me dirían cuándo sería el momento de dejar el trabajo y dedicarme al ministerio de tiempo completo.

El primer indicador era que los ingresos en la iglesia fueran suficientes para sustentar las necesidades básicas de la familia pastoral. Para esto, la iglesia debía crecer en número de discípulos, para crecer en finanzas. Por lo tanto, me impliqué más en el trabajo de la iglesia para lograr su crecimiento en ambos sentidos, hasta que empecé a mirar que las entradas de dinero eran suficientes para el sustento básico.

El segundo indicador era que mi esposa me lo pidiera. Para esto, comencé a orar para que Dios pusiera ese sentir en ella. Recuerdo que en una ocasión cuando salí del aposento, ella me abrazó y me dijo: “mi amor, creo que ya es hora de que dejemos todo y le sirvamos a Dios de tiempo completo”, a lo que yo respondí: “pues acompáñame a llevar mi renuncia”. Al siguiente día me acompañó a la institución y entregamos mi renuncia al trabajo. No quiero decir con esto que los problemas antes mencionados se resolvieron de golpe y porrazo, sino que fueron menguando conforme íbamos readaptándonos al nuevo ritmo de trabajo, pero ahora ambos estábamos involucrados.

En resumen, las dos acciones principales que tuve que hacer para hacer menguar los problemas con mi esposa y llevarla de una ayuda errónea a una idónea, fueron: la oración y la buena comunicación con mi esposa.

6

¿PAPÁ O PASTOR?

*“TUS HIJOS SON EL INDICADOR
PRINCIPAL DE TU ÉXITO O TU
FRACASO EN TU MINISTERIO”*

De acuerdo con lo que he escuchado de muchos ministros, este “demonio,” es uno de los más complicados y con el que más lucha la mayoría de los pastores que tiene hijos durante el desarrollo de sus ministerios. En 1 Timoteo 3:3, le escribe Pablo a Timoteo que para el que quiere un ministerio, debe gobernar bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad. Esto es algo que no es nada fácil, pero primordial en la vida del ministro. Yo, en particular, durante mi recorrido ministerial, pude experimentar que es una tarea bastante delicada y muy complicada de realizar de manera eficaz.

He escuchado muchas conferencias y he leído varios libros de cómo debería ser la relación padres e hijos. Incluso, yo mismo lo he enseñado. Pero, quiero serles sincero; con la experiencia que he tenido concerniente a este tema, he aprendido a ver las diferencias entre la perspectiva y la realidad, es decir, lo que debería ser contra lo que realmente es. Discernir estas diferencias lo considero muy importante, más aun, cuando se trata de un hogar, donde el papá es también el pastor de la iglesia a la que pertenece la familia.

Pude observar también algunos ministros, no muchos, que lograron tener éxito en esta área, donde a sus hijos se les veía implicados y felices en el ministerio ayudando a sus papás. Esto es el sueño de todos los pastores con hijos, por lo que reconozco y felicito de manera especial a todos aquellos que lo han logrado.

De la misma manera, como en los capítulos anteriores, no quiero profundizar en el tema, ya que, por un lado, es muy basto, y, por otro, existe amplia información concerniente al

tema, publicada por personas con mucho conocimiento al respecto. Así que me voy a enfocar únicamente en platicarles las diferentes experiencias complicadas que he tenido siendo padre y pastor al mismo tiempo, y lo que he hecho para superarlas, con la ayuda de Dios.

MIS TRES HERMOSOS HIJOS

Como lo dije antes, me casé, y con mi esposa tuvimos tres hermosos hijos. Dos varones y una niña. Al mayor, un varón, le pusimos mi nombre, Hugo. La segunda fue la niña y le pusimos Monique. El tercero fue otro varón y le pusimos Aarón.

Cuando comenzamos el ministerio en el año 2002, el menor aún no había nacido. Empezamos con los dos mayores. A Hugo, desde pequeño, a sus escasos cuatro años, ya lo empezaba a formar en la música. Para cuando empezamos a pastorear la primera misión en el 2002, ya sabía tocar el teclado. A mi niña Monique siempre le gustó cantar y Dios le regaló una voz hermosa. Entonces, desde los primeros cultos que hicimos, Hugo ya de seis años, tocaba el teclado, Moni cantaba, mi esposa la hacía de ujier, y yo, quien había heredado la música de mi padre, tocaba la batería. ¡Listos, estábamos casi completos!

¡MI HIJO MAYOR FUERA DE CONTROL!

Recuerdo que había gente que llegaba a los servicios solo para ver a los niños tocar. Todo parecía que iba bien con ellos involucrados en el ministerio. Así, durante varios años todo iba

bien, hasta que Hugo llegó a la adolescencia y entró al bachillerato. De repente sus ojos empezaban a abrirse a una realidad totalmente desconocida para él. No estaba mal, sin embargo, cada día le atraía más ese ambiente desconocido y obviamente alejado de toda recomendación bíblica para un adolescente.

Por lo regular comíamos juntos, y de repente, el niño me preguntaba que por qué no lo dejaba ser como los otros chicos de su escuela. Nos comentaba que a ellos, sus papás los dejaban salir solos con sus amigos a la plaza comercial y a algunos a fiestas de diversos tipos. A lo que le respondíamos que a su debido tiempo y en su debida forma, le iríamos permitiendo un poco más de libertad, que esperara.

Empezaron a rondar en nuestras cabezas preguntas cuyas respuestas eran muy complicadas para nosotros como padres y pastores del adolescente. Preguntas sobre qué debíamos hacer y qué no, qué le debíamos permitir y qué no, para evitar que el niño se contaminara del ambiente al que nosotros llamamos mundano.

Por un lado, no queríamos lastimar su corazón al privarlo de acciones que él veía hacer a sus compañeros de la escuela y que le parecían buenas adoptar, puesto que se divertían juntos. Pero, por otro lado, no queríamos que se empezara a desarrollar en un ambiente hostilmente pecaminoso, aunque normal para los que no conocen las escrituras.

Decidimos no darle mucha libertad para convivir con sus compañeros de la escuela. Pero sí lo motivábamos para que

conviviera más con los chicos de la iglesia. El problema se hacía mayor porque observábamos que cada vez le gustaba menos convivir con estos últimos. Observamos también que empezaba a encerrarse, a sociabilizar menos y apartarse de los demás, aun cuando seguía implicado en el ministerio de alabanza y en el grupo de adolescentes de la iglesia.

Para cuando entró a la carrera todo parecía ir aun bien, sus calificaciones eran prometedoras, las mejores de su grupo. Cuando hablamos de su futuro, le prometí apoyarlo para que se fuera a estudiar al extranjero. La idea le había gustado y le puso mucho empeño en el primer año de su carrera.

Saliendo de este primer año, me pidió que lo dejáramos irse a estudiar a una ciudad a tres horas de la nuestra. Bajo la justificación que ahí estaba la carrera que él soñaba estudiar. MI esposa y yo lo meditamos y a platicamos mucho, debido a que observamos que nuestro hijo comenzaba a portar actitudes un tanto ajenas a un chico bien cimentado en la Palabra de Dios. Vimos que empezaba a leer libros y a portar en su celular, juegos con un trasfondo extraño para nosotros. Inclusive, un día le encontramos un pequeño paquete de droga en su mochila. Esta fue la parte más preocupante para nosotros.

Hasta el momento, nunca lo habíamos visto ni drogado ni alcoholizado. Por lo que nos preguntamos el motivo de la droga que portaba. Él se justificó, nos dijo que un amigo le había dado ese pequeño recipiente y que ni siquiera sabía que era. A duras penas le creímos e hicimos trato con él: si se portaba bien en lo que restaba del año, le permitiríamos ir a estudiar a otra ciudad la carrera que él anhelaba. Por un lado, no queríamos soltarlo,

pero por otro, queríamos alejarlo de las malas influencias que lo estaban desviando del camino de Dios.

El tiempo de lidiar con los diferentes cambios de actitud de nuestro hijo mayor nos tenía bajo presión extrema. Él aún era el líder de la alabanza, pero sus actitudes eran cada vez más cambiantes y tangibles ante nosotros y ante la iglesia.

En este punto quiero aclarar que, desde el principio de mi ministerio fui determinante en la protección de mi familia por encima de todo, excepto de Dios. Siempre le dije a la iglesia que antes de ser pastor era papá, y que protegería a mi esposa y a mis hijos ante cualquiera que quisiera perjudicarlos. Les decía que, por ellos, era capaz de quitarme la “sotana de pastor” para convertirme en el papá protector; claro, siempre que fuere justificable.

Esta parte la iglesia siempre lo entendió muy bien. Siempre les dije que mis hijos eran normales como cualquier otro, y que era probable que en su momento cometieran errores como todos. Les dije también que cuando esto sucediera, yo sería quien se ocuparía de ellos como su padre y que la iglesia no tenía por qué tomar parte en el asunto, a menos que yo se lo pidiera.

La iglesia estaba consciente de que esa sería mi posición respecto a mi familia, y que, si alguien no estaba conforme con ello, las puertas de la iglesia estaban abiertas para que decidieran aceptarme así, o buscar a otro pastor.

Sin embargo, una parte que me preocupaba y me confrontaba, era el tener la obligación de enseñar a la iglesia de

cómo educar a sus hijos, cuando los míos no estaban siendo bien formados. **¿Qué podía enseñarle a la iglesia sobre los hijos, si ni siquiera tenía en orden a los míos?** No sé si otros pastores se han hecho esta pregunta, pero yo sí, y por un buen tiempo. Nunca he sido partícipe de enseñar algo de lo que no tengo mucho conocimiento ni experiencia.

¡Y AHORA MI HIJA!

Mientras estaba teniendo problemas con mi hijo por sus constantes cambios de actitud, mi hija de dieciséis años se había enamorado de un chico drogadicto que llegó a la congregación. Siendo que mi hija era la cantante del grupo de alabanza y estaba implicada en el liderazgo de los jóvenes, representaba para mí un problema muy significativo.

El tema del noviazgo con mis hijos lo habíamos platicado mucho, previniendo precisamente casos como el que estaba pasando mi hija. Con ellos habíamos quedado que no tendrían novio sino hasta que demostraran cierta madurez en esa área. La madurez se manifestaría en el entendimiento que tuvieran sobre lo que era bueno y malo para ellos en una relación amorosa.

Lo que estaba sucediendo con mi hija era todo lo contrario a una perspectiva de alguien entendible en esa área. Se había enamorado de un chico que, aparte de tener problemas con las drogas, parecía que ni siquiera le interesaba corregirse. Sentí como si fuere un enviado de satanás para alejar del camino de Dios a mi hija. Fue un tiempo terrible y a la vista de todos.

Estaba en un dilema, ya no sabía cómo actuar ante mis hijos y ante la iglesia, si como padre o pastor. En todo caso, ni siquiera me atrevía a enseñar a la congregación sobre el tema de los hijos.

Tres acciones para la solución

Buscando la solución a esta situación complicada, mi esposa y yo determinamos tres acciones:

Primera: nos pusimos a ayunar y orar exclusivamente por ellos. Le pedimos a Dios nos diera la sabiduría (Santiago 1:5), para poder resolver la situación de nuestros hijos. Al mismo tiempo, empezamos a leer y a escuchar temas a ese respecto. Siempre hemos creído que Dios nos habla de una manera u otra, y lo puede hacer a través de las Escrituras, pero también a través de la enseñanza de alguien con mayor experiencia y conocimiento del tema. Durante este tiempo, aprendimos varias cosas interesantes que debíamos hacer con nuestros hijos. Normalmente eran acciones aplicables a la etapa por la que estaban pasando. Casi la mayoría de las recomendaciones las poníamos en práctica. En este sentido, nos ayudó mucho el relacionarnos cada vez más y mejor con ellos. Por ejemplo, al menos una vez por semana nos “escapábamos” juntos a un hotel dentro o fuera de la ciudad, para estar con ellos conviviendo y poderles impartir lo que había en nuestros corazones para su bienestar.

Segunda: buscamos ayuda con los líderes de jóvenes, quienes para entonces estaban instruyéndolos. Como pastor, aprendí que hay cosas que los líderes o pastores sabemos más que muchos padres sobre lo que hay en el corazón de sus hijos.

La razón es que muchas veces los hijos buscan a alguien de confianza quien los entienda, con quien no se sientan juzgados, o en el caso peor, alguien que esté de acuerdo con ellos, aunque no estén haciendo lo correcto. Hablamos con los líderes de los jóvenes, un matrimonio muy empático con los chicos a quienes le tenían confianza. Le planteamos la situación que estábamos pasando y se comprometieron a darles seguimiento de manera personal a cada uno de ellos, para tratar de reorientarlos. Fue de mucha ayuda la colaboración de este matrimonio. A través de ellos, pudimos conocer cosas que mis hijos tenían guardados en sus corazones y que nosotros no sabíamos. Con esta información, nos planteamos las formas de sanar esos resentimientos que había en ellos contra nosotros.

Tercera: paralela a las anteriores, empezamos a acercarnos lo más que pudiéramos a ellos para demostrarles nuestro amor y cariño. Aclaro que a mi esposa y mi se nos hacía un poco difícil dar algo que nosotros no recibimos. Como les dije al principio, ambos venimos de familias cuyos padres fueron víctimas de alcoholismo y adulterio, cuyas mamás tuvieron muy poca o nula formación académica. Nuestros padres eran de pueblos pequeños donde tampoco se tenía al cariño como un lenguaje para comunicarnos el amor. Al contrario, me atrevo a decir que a diario solo escuchábamos insultos y humillaciones de parte de nuestros papás. Lamentablemente, ambos venimos de ese entorno familiar. Sin embargo, estábamos determinados a hacer lo que sea para sacar del error a nuestros hijos. Una vez que nos pudimos ganar su confianza a través de reforzar el cariño hacia ellos, empezamos de nuevo a replantearles la

situación que estaban viviendo y proponerles otras opciones. Logramos hacer algunos acuerdos con los dos.

Finalmente, a mi hijo el mayor lo enviamos a otra ciudad un poco más distante donde había una universidad que ofrecía la carrera que él quería. Acordamos llevarlo a esta ciudad y ponerlo bajo el cuidado de un matrimonio de pastores amigos nuestros, a quienes les pedimos que estuvieran al pendiente de él para lo que requiriera durante su estancia. También le pedimos lo involucraran en el servicio de la iglesia y que le dieran seguimiento espiritual. Con la ayuda de estos amigos pastores pudimos avanzar en el problema y salir adelante con nuestro hijo mayor. Al presente, ya terminó su carrera y se encuentra laborando en una empresa, desarrollando lo que aprendió en su formación profesional.

En cuanto a mi hija, ella descubrió que el chico la engañaba con otra jovencita, cosa que lastimó su corazón y decidió alejarse de él. Al joven finalmente lo tuvieron que internar en un centro de rehabilitación en una ciudad distante de la nuestra. Actualmente mi hija terminó su carrera, contrajo matrimonio con un chico que ama a Dios y ambos están implicados en el ministerio.

MI HIJO MENOR

Mi hijo menor, Aaron, mientras escribo este libro tiene 16 años, justo la edad cuando manifiestan el mayor desequilibrio emocional y distanciamiento, tanto de los padres como de las cosas de Dios, como sucedió con mis otros dos hijos. Sin embargo, ya con la experiencia que tuvimos con los otros dos,

hemos tenido un cuidado más especial con este. Ahora somos capaces de entender sus inquietudes y sus necesidades como adolescente y eso nos ayuda a dirigirlo de una manera más sabia y comprensible.

No digo que ya la tenemos ganada, pero al menos, creo que ya podemos discernir sus intenciones e inquietudes como adolescente y prever cualquier situación errante en la que pudiese él implicarse, para poder ayudarlo a salir adelante en caso necesario. Por el momento todo va bien con Aarón, gracias a Dios. Está implicado en el grupo de alabanza de la iglesia y en el liderazgo de los adolescentes.

Sin duda, de acuerdo con mi experiencia, creo que la relación de un pastor con sus hijos es una de las cosas más importantes que el ministro debe atender. Y quiero terminar este capítulo con una frase que me dijo mi pastor, con mucho dolor en su corazón, en el momento en que estaba sepultando a uno de sus hijos, quien se había apartado del camino de Dios:

“Hugo, por grande que sea tu ministerio, jamás descuides a tus hijos, ellos serán el indicador principal de tu éxito o tu fracaso, eres papá antes que pastor”.

7

LA FRUSTRACIÓN

¡ERAN CIEN OVEJAS!

Uno de los “demonios” más terribles y con el que más tiempo batallé durante estos casi veinte años de ministerio, es la frustración. Estoy seguro de que hay muchos ministros alrededor del mundo que han pasado o están pasando por mucho de lo que yo pasé por causa de la frustración. En este capítulo narraré con lo que tuve que lidiar, pero también la forma en cómo Dios me dio la salida para liberarme de este “demonio”.

En capítulos anteriores les comenté como se fueron dando las cosas durante los primeros años del ministerio. De estos veinte años de ministerio, casi un 60% del tiempo estuve muy frustrado, inclusive, a punto de “tirar la toalla” en varias ocasiones. A decir verdad, este “demonio” es uno de los que más ministros ha hecho renunciar a su llamado, por eso lo considero como uno de los más peligrosos y difíciles de vencer. Sin embargo, con la ayuda de Dios es posible y aquí te diré cómo hacerlo.

Durante los dos primeros años que estuve con mi esposa y mis hijos pastoreando nuestra primera misión en mi pueblo natal, Los Naranjos, Veracruz, todo iba bien. En esta misión que recién fundamos, vimos el respaldo de Dios y pudimos experimentar un crecimiento rápido. A los dos años tuvimos que pedirle a nuestro pastor que nos cambiara a la ciudad donde radicábamos, ubicada a casi una hora en auto. Debido a esta distancia y al crecimiento rápido de la iglesia, se nos hacía ya muy difícil consolidarla. Para entonces, ya tenía el tiempo dividido en tres áreas importantes: mi familia, mi trabajo y la iglesia. Por esta razón fue que le pedimos a nuestro pastor que nos trajera a la ciudad a encargarnos o abrir otra iglesia y que

enviara a otro misionero con más libertad de tiempo a pastorear en nuestro lugar.

Finalmente, se envió a otro misionero al pueblo, quien, por cierto, no tenía la misma pasión y visión y por lo consiguiente, en poco tiempo deshizo todo lo que habíamos logrado. Nosotros dejamos definitivamente esta obra. Una vez instalado el nuevo misionero, mi esposa y yo nuevamente nos pusimos en ayuno buscando la dirección de Dios, pidiéndole que nos mostrara dónde le serviríamos.

COMENZANDO DE NUEVO Y DE CERO

Recuerdo cuando nuestro pastor me llamó para pasar por nosotros a nuestro domicilio para llevarnos a ver el lugar donde plantaríamos una nueva iglesia. Resulta que nos llevó a una de las colonias que en ese tiempo era una de las más peligrosas de la ciudad. Nos mostró el terreno donde quería que empezáramos a trabajar. Un terreno con un área de escasos cuarenta metros cuadrados, totalmente asimétrico, sin una figura definida y sin ninguna construcción. A cada uno de los lados había una barda propiedad de los vecinos del terreno y enfrente colindaba con un boulevard recién construido. Justo en la parte de atrás del terreno se encontraba la “zona de tolerancia”, repleta de centros nocturnos y cantinas caracterizados por una intensa actividad de prostitución y drogadicción. Esta colonia era bien conocida en la ciudad precisamente por estas características mencionadas, pero

también por la gran cantidad de hechiceros que ahí habitaban y practicaban la brujería y el satanismo.

Sinceramente, no me dio miedo, pero les cuento que desde que me propuse a buscar a Dios y a entender su voluntad, he creído firmemente que, si le pido una señal de confirmación para lo que pretendo hacer, Él me la muestra. Está escrito en su Palabra que Dios se muestra también con señales. Entonces, casi siempre antes de tomar una decisión correspondiente al ministerio, le pido al Espíritu Santo que me muestre una señal para saber si está de acuerdo con lo que pretendo hacer. En esta ocasión eso fue lo que hice y Dios respondió con una poderosa señal que a continuación les contaré.

Antes de empezar con la primera reunión de culto en esta nueva misión, mi esposa y yo nos metimos en ayuno y oración por cuarenta días. Con este tiempo de intimidad con Dios, buscábamos la confirmación y el respaldo del Espíritu Santo en esta nueva etapa de nuestro ministerio. Terminando este tiempo de aposento, comenzamos a hacer algunos trabajos para empezar a acondicionar el lugar.

Entre barda y barda, colocamos algunas láminas viejas que nos regalaron, hicimos unas cuantas bancas rústicas con madera de pino, aplanamos la tierra para emparejar el terreno, el cual no tenía piso, y al frente del terreno armamos un portón de lámina y madera de pino. Conseguimos un equipo de audio e instrumentos de uso, entre ellos, una batería, un teclado, una consola pequeña, cables, un par de bocinas y un micrófono. Con ello estábamos casi listos para arrancar con el primer culto en nuestra nueva misión.

EL PRIMERO CULTO

Muy emocionados y a la expectativa, publicamos este primer gran culto, repartiendo volantes en toda la colonia. El domingo del primer culto solo llegaron cuatro mujeres grandes de edad; pude percibir que no se llevaban bien entre ellas, tal vez no se conocían o estaban enemistadas, no lo sé. Después supe que tres de ellas eran personas que habían expulsado de otras iglesias por haber provocado algunos problemas. Iniciamos el culto con estas cuatro ancianas, las cuatro conocían bien los cantos. Mi hijo mayor tocó el teclado, mi hija cantaba y yo con la batería. Sinceramente no recuerdo qué prediqué, lo que sí es seguro es que en este primer sermón no hablé de la sanidad. Mientras se desarrollaba el culto, yo esperaba la señal del Señor, quería mi confirmación.

Una poderosa señal

Al terminar este primer culto, llegó una joven mujer con una niña. La niña llorando inconsolablemente. Traía visiblemente una especie de tumor en el ombligo que le causaba mucho dolor. La joven mujer que era su madre nos pidió que oráramos por la sanidad de su hija, y lo hicimos. Para sorpresa de todos los que ahí estábamos, el tumor desapareció delante de nuestros ojos. Al mirar este maravilloso milagro, lo único que exclamé fue: ***“esta es la señal, aquí es”*** ... Y le di gracias a Dios.

Mi esposa y yo estábamos convencidos que ahí era donde Dios nos había plantado, bajo la dirección de nuestro pastor para continuar haciendo su obra, para lo que fuimos llamados. Entonces empezamos a trabajar durísimo en el evangelismo: cultos de sanidad y milagros, conferencias para matrimonios,

para hombres, para mujeres, para jóvenes, etc. Con estas actividades en un año logramos tener un promedio de ochenta congregantes.

EDIFICANDO EL TEMPLO

Continuamos los trabajos con el mismo ritmo y a los dos años alcanzamos a congregar a un promedio de cien personas. Para entonces, ya habíamos logrado edificar una parte importante del templo. Pero, debido a que no cabían las personas en este local, tuvimos que iniciar un segundo culto los domingos. Con estas primeras cien ovejas pudimos terminar de construir y acondicionar con lo básico, la planta baja del templo. Obviamente que esto se logró con la cooperación de todos los congregantes, o al menos con la siembra de la mayoría.

Con esto aprendí algo que no se dice, pero debemos tener bien presente los ministros: ***si hay ovejas, hay “lana”, y si hay lana, se puede construir.*** Esto lo menciono porque en una ocasión, asistí a un congreso de pastores y escuché a varios de ellos orar a Dios que les diera los recursos necesarios para construir sus templos. Recuerdo que cuando me dieron la oportunidad de tomar el micrófono, les pude decir que, si querían construir sus templos, que le metieran ganas al sumar ovejas, que, si ellos eran capaces de ganarse muchas ovejas para el Señor, entonces, el Señor les proveería a través de estas, el recurso para construir sus templos. Creo que a varios no les cayó muy bien mi comentario, pero bueno, “*se tenía que decir y se dijo*”.

EL PASTOR DE LAS CIEN OVEJAS

A los dos años de haber iniciado, teníamos un promedio de cien ovejas y estábamos felices con los resultados. Dios se seguía manifestando, por lo que nos sentíamos respaldados por Él y bien seguros de estar haciendo lo correcto. Seguimos trabajando con el mismo ritmo, esperando sumar más almas a la congregación. Sin embargo, llegamos al año tres y seguíamos con cien ovejas, quizás no las mismas, pero seguían siendo alrededor de cien. Al cuarto año, las mismas cien ovejas en promedio, casi me sentía el protagonista de la muy conocida y cantada canción: ***“eran cien ovejas”***.

El demonio de la frustración me visitó

Estos resultados me comenzaron a inquietar y empecé a preguntarme si estaba haciendo lo correcto o no. Comencé a jalarme los cabellos, a darme golpes de pecho y a frustrarme. Ya no estaba seguro de lo que estaba haciendo, y como te lo dije en un capítulo anterior, la duda sobre mi llamado me empezó a rondar la cabeza.

Esa duda podía esquivarla, gracias a que aprendí y tomé como práctica el recordar las cosas sobrenaturales que Dios había hecho conmigo y con los míos. Es decir, cada vez que la duda me visitaba, empezaba a recordar todas las cosas que Dios había hecho conmigo desde el día que me encontró. Al hacerlo, me venía a la mente la forma sobrenatural con la cual Dios me había llamado a servirle. De esta manera me fortalecía espiritualmente y no permitía que la duda me dominara. Pero **la frustración se instaló en mi mente y comencé a luchar contra ella.**

Una de las cosas que le decía al Señor durante mi aposento era que yo no quería ser un pastor de cien ovejas, que no me había esforzado y sacrificado tanto para tener solo cien ovejas. Con esto, quiero aclarar que no me refería a un número de personas en sí, respeto mucho y admiro el trabajo que hacen muchos pastores con sus pocas o muchas ovejas. Aprendí a través de mi formación ingenieril que, la eficacia del trabajo no tiene que ver con la cantidad, sino con la calidad y la entrega con la que se hace dicho trabajo. **Lo que me frustraba era el mirar la gran cantidad de almas que había afuera del templo y las pocas que tenía adentro...**

Llegó el momento en que ya no podía más con mi frustración, a tal grado que tuve ganas de dejarlo todo y regresar a mi trabajo secular, con el cual, estaba teniendo un muy buen desarrollo tanto en lo científico como en lo económico. Recuerdo que subí al aposento, y digo subí, porque el lugar donde entro en intimidad con el Espíritu Santo es una habitación en la planta alta de mi casa. Lo primero que hice fue caer de rodillas a llorar y “reclamarle” a Dios el para qué me había llamado al ministerio si sabía que no tenía la capacidad para dar buenos frutos. Le dije que yo estaba bien en mi trabajo y con mi familia, que mejor me regresaría a hacer lo que estaba haciendo en el ámbito secular.

Le dije también, que quizás podría dar mejores resultados ayudando a mi pastor y cumpliendo con todos los imperativos bíblicos para ser un buen cristiano. Inclusive, le hice una gran lista de personas que conocía en ese momento y que no estaban, según yo, haciendo gran cosa, ni en lo secular ni en la iglesia. Le pregunté por qué mejor no los llamó a ellos al ministerio en

lugar de a mí, que quizás serían más efectivos que yo, o al menos, tendrían más tiempo para hacerlo. En fin, la verdad ya no recuerdo tantas cosas que le dije al Señor, de las cuales después me arrepentí, pero, ya habían salido de donde estaban acumulándose. Me sentía totalmente frustrado y con muchas ganas de no continuar. Cuatro años de arduo trabajo y con muy poco fruto respecto a la cantidad de gente perdida en la ciudad.

Uno de los “reclamos” más horrendos y equívocos que le hacía al Señor era, por qué a “X” o “Y” pastor le había permitido tanto éxito en el ministerio y a mí no, siendo que el mismo Espíritu que estaba con ellos era el mismo que estaba conmigo. Como ven, tenía la muy mala costumbre de compararme con otros ministros. No me daba cuenta de que esta mala costumbre de compararme con otros potencializaba aún más mi frustración. Definitivamente, estaba cometiendo un terrible error. Esto, amados ministros, nunca lo hagan, no se lo recomiendo a nadie.

ABOLIENDO LA FRUSTRACIÓN

De repente sucedieron dos cosas extraordinarias que me hicieron entender y abolir totalmente mi frustración. Mientras oraba, vi frente a mí, en visión, la imagen de una familia que asistía a la iglesia, y escuché una voz que me dijo: *“¿recuerdas a esta familia cuando llegó a la iglesia?, ¿recuerdas cómo llegó?, ¿alcanzaron la salvación?, ¿no están ahora bien y todos sirviéndome en la iglesia?, ¿crees que para mí esto es poco? Para ti, quizás la salvación de un alma o de una familia resulta insignificante, pero para mí no, para mí significa mucho.*

Además, no te das cuenta de que detrás de la conversión de una persona o una familia yo puedo hacer que muchos vengan a la salvación a través de ellos”.

Después de eso, el Señor me llevó a analizar la parábola de los talentos. Empecé a leer y me detuve donde está escrito muy claramente, que Dios le dio a cada uno conforme a su capacidad (Mt 24:15).

A través de este pasaje el Señor me hizo entender tres cosas importantes:

1. Como está expresado, Dios le da a cada uno según su capacidad, es decir, que, en mi caso, si solo tenía cien ovejas es porque tenía la capacidad de cuidar solamente a cien ovejas. Dicho de otra manera, que, si quería tener más ovejas, entonces debía capacitarme más.

Debido a mi capacidad, el Señor me había dado uno o dos talentos, por lo tanto, no tenía por qué preocuparme de obtener el fruto que debía traer aquel a quien le dio cinco talentos. Es decir, que, si me dio dos talentos, entonces debía enfocarme en obtener el fruto correspondiente a los dos talentos que Dios me dio.

2. Lo único que debería evitar hacer, es lo que hizo aquel siervo a quien le confiaron un talento y lejos de ocuparse de traer el fruto correspondiente a lo que le dieron, fue y lo enterró. No se ocupó de dar frutos y fue considerado con un siervo inútil.

A partir de ese día la frustración fue menguando poco a poco y entendí perfectamente que, si quería dar más frutos, debía comenzar a capacitarme. Por esta razón, empecé a buscar las formas y opciones para mi capacitación y la de mi esposa

Investigué sobre las diferentes opciones, desde diplomados, licenciaturas en teología o similares, cursos sobre el manejo de la iglesia y sus diferentes áreas. A la par de nuestra capacitación, procuré también la formación de las personas que estaban a cargo de las diferentes áreas de la iglesia que, aunque pequeña, ya contaba con un hermoso organigrama. Por ejemplo, el departamento de niños, el de alabanza, el de varones, el de damas, el de jóvenes, el departamento administrativo, etc. Para ser sincero, era emocionante tener toda una estructura, aunque no la supiera dirigir como se debería. Aunque admito, nos faltaba la capacitación, pero eso es lo que justamente empecé a buscar para todos los implicados en la pequeña iglesia.

Investigué también las diferentes estrategias o métodos que usaban para su crecimiento y desarrollo, algunas iglesias numerosas en congregantes. Hice el análisis de cuál de esos métodos podría adaptarse mejor a la iglesia que yo pastoreaba y a su entorno, así como también del costo que representaría tomarlo.

Finalmente, considerando mi capacidad financiera, me impliqué en mi capacitación, la de mi esposa y en la de la gente que me ayudaba en la iglesia. De esta manera vi como la iglesia empezó a crecer.

Finalmente, pude dejar el protagonismo de la canción de las cien ovejas y la frustración se esfumó de mi mente. Quiero aclarar que no fue el crecimiento en el número de ovejas lo que me hizo abolir la frustración, sino el entender que, para que Dios me dé más, yo necesito capacitarme más, porque Dios le da a cada uno conforme a su capacidad.

LA CAPACIDAD ES MULTIFACTORIAL

Ahora bien, quiero que analicemos lo siguiente que considero bien importante para acabar de raíz con la malvada frustración, que ha logrado asesinar a muchos ministros.

Me hice una pregunta crucial que me llevó a profundizar en la conceptualización de la palabra “capacidad”. La pregunta fue: ¿con la capacitación teórica que he estado recibiendo o que voy a recibir, es suficiente?, ¿no será que la capacidad de un ministro tenga que ver también con otros factores a considerar? Esta pregunta me llevó a concluir que **la capacidad de un ministro es multifactorial**.

FACTORES QUE DEFINEN LA “CAPACIDAD MINISTERIAL”

A continuación, quiero explicarles cómo pude percibir el concepto “capacidad ministerial”, después de mi análisis de los diferentes factores que lo definen en un ministerio pastoral. Antes, quiero aclarar que tengo un gran respeto por toda perspectiva doctrinal, aun cuando no estoy de acuerdo con algunas en algunos de sus puntos, y no quiero ni voy a

profundizar en este asunto de las diferencias doctrinales, porque no es el propósito de este libro. Me enfocaré en mi experiencia vivida, con fundamento en la formación doctrinal que recibí. Tampoco con esto, quiero imponer una nueva doctrina o dogma, es solo un análisis con base en mi experiencia como pastor.

Primer factor: somos dos, no uno

Comúnmente, cuando se establece un ministerio pastoral, en la mayoría de los casos, se trata de un matrimonio, el pastor y la pastora o la esposa del pastor, en algunos casos. Esto significa que la capacidad del ministerio en cuestión no solo dependerá de la capacidad del pastor o de quien esté al frente de la congregación, sino de la capacidad que presente su esposa también, debido a que el ministerio pastoral, en este caso, lo representan los dos. Este criterio no aplica en el caso de pastores solteros.

Anteriormente, en el capítulo que dediqué a la esposa del pastor, les platiqué de cómo me sentía cuando yo le estaba poniendo muchas ganas al ministerio, pero mi esposa no. Me sentía como “burro apercollado”, se oye feo, pero es el término que me viene a la mente de cómo me sentía. Un burrito apercollado es aquel que quiere avanzar, pero lo tienen atado al pescuezo, jalándolo para evitar que avance. Exactamente así me sentía cuando percibía que mi esposa no tenía ni la menor intención de involucrarse para desarrollar la parte que le correspondía hacer en la iglesia. Esta situación, incluso, provocaba serios conflictos entre ambos, cosa que lejos de ayudar a avanzar era todo lo contrario. Aun con todo, como

dice una vieja canción: “*en las pruebas y en las luchas, la iglesia seguía caminando*”

En ese tiempo, cuando observaba a mi amada, siempre me venía un pensamiento a la cabeza: *¿cuánto no avanzaríamos si tan solo mi esposa me ayudara?* Para serles franco, fue un tiempo muy pesado para mí y no veía para cuándo mi esposa se activara. Esta situación me llevó a concluir que el avance que se pudiera tener en el ministerio no solo dependía de mi implicación, sino también del suyo.

Es probable que algunos pastores se identifiquen con esto. Bueno, al menos creo que no soy el único que ha pasado por esta circunstancia o algo similar. Incluso, conozco pastores amigos que me han manifestado el deseo de que su esposa se aplique más en el ministerio, que los ayude más, y tal pareciera que la tienen ahí solo para pelear.

En el capítulo “mi ayuda errónea”, narro como fue que finalmente mi esposa decidió involucrarse y comenzar a hacer su parte en el ministerio. Cuando esto sucedió, pude constatar que efectivamente, haciendo ella su parte, los resultados empezaron a ser mucho mejores en la obra.

La suma de la media de la capacidad de ambos

Entonces, a través de mi experiencia, pude entender claramente que la capacidad del ministerio que Dios me dio, no es el resultado de mi capacidad, sino que es la media de la suma de la capacidad de ambos: la mía y la de mi esposa.

Te lo diré en forma matemática: si en una escala de 0 a 10 yo tengo una capacidad ministerial de 6 y mi esposa tiene una capacidad ministerial de 8, se suman ambos y se dividen entre 2. Quedaría de la siguiente manera:

Capacidad ministerial del pastor: 6

Capacidad ministerial de la pastora: 8

Entonces ambas se suman: $6 + 8 = 14$

Y el resultado de la suma se divide entre 2: $14/2 = 7$

La capacidad ministerial del matrimonio sería 7.

Entonces podemos decir que entre más se vayan capacitando ambos, la capacidad ministerial debería ir aumentando.

Segundo factor: la formación integral

Este factor es muy importante analizarlo y ser muy consciente de su realidad. Aclaro que no pretendo en ningún momento minimizar ni discriminar a nadie. Como les dije anteriormente, soy muy respetuoso y valoro siempre el trabajo que desarrolla cada hombre y mujer de Dios, independientemente de sus frutos, es para Dios que lo hacen.

Analicemos a continuación algunos elementos de este factor que influyen en la capacidad de un ministro. Aclaro que no hago el análisis exhaustivo de cada uno de ellos, debido a que no es el objetivo de este libro. Pero sí justifico cada uno de ellos, del

porque los tomé en consideración de acuerdo con mi experiencia.

El IQ – Coeficiente intelectual del ministro

En cuanto a este elemento, debemos ser conscientes de que no todos tenemos el mismo coeficiente intelectual, y aunque tampoco es suficiente para determinar la capacidad del ministro, sí le ayuda a la buena captación, retención y aplicación de las enseñanzas y experiencias recibidas durante su vida y formación.

Por varios años, fui profesor de universidad y me tocó observar que de entre mis alumnos había chicos que tenían un cerebro muy perspicaz, las cosas que les explicaba las entendían muy rápido y sus calificaciones eran comúnmente por encima de los demás. En cambio, también tenía alumnos que les costaba mucho entender la clase y, por lo tanto, sus calificaciones eran bajas respecto a las del resto del grupo.

Al analizar este elemento pude entender que no debería comparar mis resultados con los de alguien que podría tener un IQ más alto que el mío, al menos que lo haga solo para tener una referencia a alcanzar. De hecho, aun cuando pude salir de mi trance de frustración, sigo buscando “referencias comparativas”, pero no con la intención de poner en juicio mis frutos, sino para evaluar mis resultados y lo que debo hacer para seguir avanzando. Lo diré de una manera más capciosa: “*si el comerciante de enfrente vende más que tú, cópiale su estrategia*”. Claro, siempre que sea honesto en lo que hace.

El perfil académico del ministro

Se podría suponer que este elemento no influye en la capacidad del ministro, yo creo que sí. Aclaro de nuevo, no tengo para nada la intención de menospreciar a los que no pudieron, por alguna razón, tener o terminar sus estudios seculares, mis respetos para ellos. Solo escribo esto para también considerar este elemento, desde mi punto de vista, como influyente en la capacidad ministerial.

Por un lado, puedo decir que, si algo aprendí en todos mis años de estudios seculares, fue a desarrollar un criterio sólido a la hora de tomar decisiones, en cualquier circunstancia que se presente y en cualquier ámbito, incluido el ministerial. Por otro lado, también aprendí a formular soluciones con la aplicación de técnicas, metodologías y/o estrategias bien planteadas para avanzar en el desarrollo de lo que se está buscando proyectar.

Con lo anterior, tampoco pretendo decir que el estudio secular sea un elemento determinante en la capacidad de un ministro. Tengo amigos con ministerios muy prósperos quienes secularmente solo estudiaron el nivel básico. Por ejemplo, en una ocasión platicaba con un pastor en una de las ciudades más desarrolladas de México. Este pastor es muy reconocido en esta ciudad y parte de la nación, debido al éxito que ha tenido en los diferentes ministerios que ha desarrollado y actualmente dirige. Le platiqué lo que yo hacía para formar a los jóvenes que quieren fincar un ministerio. Le dije que, entre los requisitos que les pongo es el haber hecho sus estudios seculares o estarlos haciendo, hasta, si es posible, terminar una carrera secular. Esto, paralelo a los estudios que deben tomar para su formación

ministerial y teológico. Entonces él me preguntó si era realmente necesario que ellos estudiaran una carrera secular y de qué les servía a ellos en el ministerio, algo que él no había necesitado hacer. A lo que le respondí que todo lo aprendido en la carrera secular podría aplicarse en el ministerio también.

Por ejemplo, en una ocasión un amigo pastor cuya iglesia es numerosa me dijo: “*antes de ser un buen pastor, conviértete en un buen administrador*”. Entonces, para alguien que tiene carrera administrativa en lo secular, ya tendría la primera parte cubierta. Si alguien estudió para docente en lo secular, se aplicaría sin problemas en el área de la enseñanza en el ministerio, etc.

En mi caso personal, yo tengo formación ingenieril. En mi formación secular aprendí a formular proyectos de desarrollo aplicables en cualquier ámbito, y llevarlos hasta el cumplimiento de sus propósitos. Estos conocimientos los aplico siempre en los proyectos de la iglesia que pastoreo y me ha dado muy buenos resultados. Entonces, puedo decir que, por mi experiencia personal, el tener una formación secular podría también contribuir en el desarrollo de la capacidad de un ministro.

Por otro lado, está escrito en la Palabra de Dios que todo da fruto según su género (Genesis 1:11). En este caso, la aplicación que le puedo dar a este versículo es que el ministro se podría reproducir de acuerdo con su perfil. Es decir, si el ministro es profesionista podría alcanzar a muchos profesionistas para ser salvos. Este razonamiento tiene que ver con la perspectiva con la que se mueve el ministro. Su perspectiva como profesionista, le permitirá pensar y expresarse como tal al momento de

hablarle del evangelio a otro profesionalista. Para esclarecerlo, a continuación, les platicaré una experiencia que tuve en ese sentido.

Una empresaria en nuestra iglesia aceptó a Cristo como Señor y Salvador y se metió fuertemente a apoyar en las tareas de la congregación. Ella, constantemente me pedía que visitara a su marido y que lo trajera a la iglesia. Esto representó un buen desafío para mí. Por un lado, ellos estaban económicamente muy bien y eso me hacía recordar lo que dijo Jesús respecto a los ricos: es más fácil para un camello entrar por el ojo de una aguja a que un rico sea salvo (Mateo 19:24). Por otro lado, el varón tenía carrera en comercio internacional y era un loco aficionado al fútbol. Yo, sinceramente, de comercio internacional y de fútbol sabía lo que sabía de la luna, casi nada. Entonces, para poder hablar con él y compartirle del evangelio, tuve que ponerme a estudiar dos áreas, todo lo referente al fútbol, desde su historia, hasta los sucesos más recientes y todo lo referente a la vida de un empresario.

Cuando fui a visitarlo, justo estaba viendo un partido de fútbol y en ese momento pude entablar conversación con él de manera agradable debido a que hablamos de lo que a él le gustaba. Me tomó confianza, me abrió su corazón, pude conocer el lado complicado de lo que estaba viviendo y le pude presentar a Jesucristo como la respuesta que él necesitaba. No fue ni fácil ni rápido, pero hoy, ambos le sirven al Señor. ¿ven a lo que me refiero?, si yo hubiese tenido un perfil empresarial y/o futbolístico, me hubiese sido mucho más fácil acceder a su corazón.

En todo caso, en la iglesia, llegamos a tener un 60% de personas con carrera profesional en diferentes ramos. De acuerdo con lo que dice la escritura, creo que se debió a que mi esposa y yo también lo somos. Insisto, el hecho de ser profesionistas nosotros, nos ayuda a entender la perspectiva de ellos, nos facilita el hablarles, acceder a sus corazones y compartirles el evangelio.

En otra ocasión llegó a la iglesia una señora muy necesitada de Dios. Ella laboraba en el gobierno como diputada federal y la había invitado una de mis líderes cuyo oficio es el comercio. Cuando la diputada aceptó a Cristo como su Señor y Salvador, mi primera recomendación a la líder que la invitó fue que la asignara a otra de nuestras líderes que está también inmersa en la política de la ciudad. Le expliqué que, debido a su perfil, ella le podría dar un mejor seguimiento. La líder que la invitó no quiso asignársela a la otra líder, me pidió que le tuviera confianza, que ella tenía la capacidad para consolidarla. A los tres meses ya no volvimos a ver a la diputada, simplemente no le pudo dar seguimiento quien la invitó, ¿por qué? porque todo se reproduce según su género. Por consiguiente, bajo este principio, a cada persona nueva que llega a la iglesia, le asignamos un líder de acuerdo con su perfil. De esa manera, la consolidación del nuevo convertido se hace de manera más efectiva.

Los hábitos arraigados de familia

En este elemento es bien importante mencionar lo aprendido en casa por el ministro y quiero explicarlo de la siguiente manera:

Me he topado con ministros que son muy ordenados, muy limpios y testarudamente dedicados a realizar las tareas que sean necesarias. Es decir, por sus acciones, puedo decir que son personas que repudian la “chambonería”, y creo firmemente que esta perspectiva la aprendieron en casa. Para los que no están familiarizados con la palabra chambonería, esta significa, en el argot mexicano, hacer las cosas al “*abí se va*”, es decir, hacer las cosas sin ganas y sin importarles el resultado de lo que hacen.

Quiero abrirles mi corazón y contarles que esta fue una de las cosas que más me costó dejar atrás. Como te conté, vengo de una familia pobre, aunado a los vicios de mi padre y a la escasa formación académica de mi madre. Puedo decir que no tuve muy buenos patrones como ejemplos a seguir, al menos, no de ellos. Ambos eran muy trabajadores, pero, las cosas las hacían siempre a su manera y no siempre con el mayor esfuerzo. Como que la vida era para ellos un “*sobrevive, y no te preocupes por más*”.

Supongo que esta perspectiva de ellos provocaba que las cosas no se hicieran de la mejor manera posible. Me acuerdo de que observaba la casa de unos vecinos, siempre limpia y ordenada, mientras en mi casa había comúnmente cosas tiradas o mal puestas por todos lados. Los perros y gatos, literalmente sentados bajo la mesa a la hora de comer. Los patos y las gallinas llenaban el patio de la casa con sus excrementos, telarañas por doquier, y de repente ratones y cucarachas salían a saludarnos mientras veíamos la tele juntos. Parece chiste, pero ese fue el ambiente donde crecí. Aunado a un constante ambiente bélico entre los nueve hermanos que éramos y entre mis padres. Ya se imaginan lo que pude haber aprendido durante todos esos años.

Aun cuando estuve estudiando la carrera, algo que describía mi cuarto de estudiante era el desorden total.

Estos hábitos arraigados los tomé de mi casa desde niño, una herencia de familia de la que no fue nada fácil deshacerme. Lamentablemente mi esposa venía de un ambiente no tan distinto al mío. Crecimos en diferentes pueblos, pero con familias cuya “cultura educativa”, era similar.

Fue en Francia, durante mis estudios de doctorado cuando empezamos a esforzarnos por adoptar el orden y las buenas disciplinas en nuestra casa y entorno. El salir al extranjero me permitió observar el *modus vivendi* de personas que nacieron y viven en un país desarrollado y en un nivel educativo alto. Me atrajo mucho su forma de vivir y hacer. Empecé a copiarlas y aplicarlas en mi vida y en mi casa.

Para ser sincero, no ha sido fácil cambiar en mi cabeza todo lo impregnado durante mi niñez y adolescencia a lado de mis padres y mis hermanos, pero poco a poco he ido mejorando en ese aspecto. Por eso consideré enlistar a este elemento como influyente en la capacidad del ministro porque para ser franco, al no tener desarrollada la cultura del orden y la disciplina, causa muchos problemas en el ministerio y, por ende, influye en tu capacidad de desarrollo ministerial. Por esta razón creo que alguien que fue formado durante su niñez y adolescencia bajo el fundamento del orden y la disciplina, podría desarrollar una mayor capacidad ministerial que alguien que no tuvo esta misma formación, como yo.

Los estudios teológicos

Para este elemento creo que no hay mucho que argumentar. Un día escuché decir a un pastor quien tiene una de las iglesias más grandes en el mundo: *“alguien que no tiene estudios teológicos tendrá el gusto de tener una iglesia, quizás, cuando mucho, de hasta cien miembros”*. Esta frase la escuché justo cuando estaba pasando mis peores momentos de frustración, entonces puedo decir que llegó a tiempo. Evidentemente que, lo que enseguida busqué, fue dónde y de qué forma podía hacer mis estudios teológicos.

Me llevó tiempo, dinero y esfuerzo, pero, pude ver la diferencia en el manejo de la Palabra de Dios y la formación de la iglesia que pastoreaba. A parte de la licenciatura en teología, tomé otros cursos de formación ministerial, seminarios, diplomados, etc. Hasta donde mi capacidad financiera y mi tiempo me lo permitían. Aprendí con esto, que nunca es tarde para seguir aprendiendo y formándose.

Existen otros elementos que podría enlistar, pero estos fueron los que más contribuyeron en este factor de influencia en mi capacidad ministerial.

Es imperativo considerar que, como ya se los expliqué antes, en el caso de un matrimonio, la capacidad ministerial es la media de la suma de la capacidad de ambos, por lo tanto, los diferentes elementos enlistados aquí, aplican para ambos.

Tercer factor: capacidad financiera del ministro

Durante estos años de ministerio aprendí que la obra se sustenta con recursos, y estos, hay que procurarlos. Es cierto

que Dios se provee para Su obra y se los digo por experiencia, pero, el ministro debe provocar que Dios se provea, a través de su fe y su labor.

Ya les conté que he escuchado a no pocos consiervos orar a Dios para que les provea el recurso necesario para la construcción del templo que en ese momento necesitan, y creo que eso es bueno. Sin embargo, regularmente busco la oportunidad para decirles que la clave está en traer a los perdidos a la salvación y al conocimiento de la Palabra de Dios. Ellos, por agradecimiento o por amor a Dios, contribuirán para construir el templo que necesitan.

En las diferentes ocasiones que hemos visto la mano de Dios proveyéndonos las finanzas para edificar su templo, primero, hemos demostrado a Dios nuestras intenciones de construir. Es decir, con nuestros hechos le demostramos nuestra fe y Él la recompensa, proveyéndonos para la causa que le estamos pidiendo. Algo parecido a lo que pasó con Abraham, Dios le pidió hacer un Altar y presentar a su hijo en holocausto. Abraham obedeció y llevó lo que tenía. Aparte de llevar a su hijo, llevó la leña y subió a la montaña dispuesto a complacer a Dios. En el momento de hacer el holocausto, Abraham presentó a su único hijo como ofrenda, pero Dios impidió que lo sacrificara, proveyéndole un carnero (Génesis 22: 1-13).

Dios se provee

Cuando estábamos empezando a construir el primer auditorio para ochocientas personas, con la iglesia habíamos comprado el terreno y empezamos a edificar los cimientos.

Compramos también una parte del material, pero aun nos hacían falta cuarenta toneladas de cemento. Como de costumbre, me subí al aposento a hablar con Dios el asunto.

Recuerdo que le dije: “Señor, queremos construir tu Templo donde juntos te adoraremos. Ya tenemos la varilla, la grava, inclusive ya contratamos a los albañiles para hacer los cimientos. Solo que nos hacen falta cuarenta toneladas de cemento, así que, te toca a ti porque nosotros ya gastamos todo lo que teníamos. Enseguida, el Espíritu Santo me llevó a ese pasaje de lo que sucedió con Abraham, cuando Dios le pidió edificar un altar para hacer un holocausto. Leí y analicé cuando su hijo Isaac le hizo la observación de que ya traían la leña para el holocausto, pero no el cordero. Fue cuando Abraham le contestó: ***DIOS SE PROVERÁ***. Cuando leí esta frase, me cimbró en lo más profundo de mi alma y sentí claramente cómo el Señor me estaba diciendo: ***“procúrame mi templo, yo me proveeré para el Altar”***.

Ese día, mientras los albañiles esperaban el material, yo esperaba la provisión sobrenatural. Alrededor de las doce del día, una persona conocida en el ámbito político me llamó por teléfono para decirme que tenía un poco de cemento que me quería dar y que, si me interesaba, fuera a buscarlo a una ferretera, que ahí me esperaría para entregármelo. Fui a buscarlo y mientras iba en el camino, sinceramente pensé que serían a lo mucho, unas cinco o diez toneladas de cemento. En ese momento pensé: *“ya inició la provisión”*. Y glorifiqué a Dios por eso. Cuando llegué a donde estaba él, vi como sacó de una mochila un gran paquete de dinero con el que pagó la factura del material. Me entregó la factura y en ella estaba escrito:

cuarenta toneladas de cemento. Disimuladamente me limpié unas cuantas lágrimas que me salieron en ese momento. Estaba mirando la provisión sobrenatural y dije: “Dios se proveyó”. Y volví a glorificarlo.

A partir de entonces, vi como el auditorio se continuó construyendo rápidamente. Por un lado, la iglesia aportaba lo que tenía y por otro, Dios se proveía de diferentes fuentes, sin necesidad de pedir a nadie, solo a Dios.

Entender esta frase que mencionó Abraham no me fue difícil. Puede ser también que la revelación me la haya dado el Espíritu Santo. No es: “*Dios proveerá*”, sino, “*DIOS SE PROVERÁ*”, porque el templo que estábamos construyendo representaba un Altar para Él, donde nosotros presentaríamos nuestras ofrendas, nuestro holocausto para Él. Y así, a partir de entonces, todo lo que hemos construido para Él, Dios se lo ha provisto. ¡Aleluya!

Otra de las cosas que personalmente me martillaban la cabeza, era el ver que otras iglesias podían desarrollar proyectos para su crecimiento y yo no podía debido a la falta de recursos que se requerían para hacer dichos proyectos. Bendito Dios que me habló a través de la parábola de los talentos y me hizo entender que todo lo haría de acuerdo con mi capacidad.

Entonces entendí que la iglesia requiere finanzas para su operatividad y para el desarrollo de sus proyectos, pero que dichos proyectos se van a ir desarrollando conforme a la capacidad financiera de la congregación. En este sentido, llegué a la conclusión de que no deberíamos comparar la capacidad de

proyección de una iglesia cuyas finanzas son bajas, con aquellas que tienen un flujo alto de recursos debido a la cantidad de congregantes dadores. Entonces, tomé la decisión de ir trabajando con proyectos factibles de acuerdo con la capacidad financiera de la iglesia en el momento de la ejecución de dichos proyectos. Esto me trajo paz.

Aprendí también que no se trata de tener mucho para hacer mucho, se trata de hacer mucho con lo poco que Dios pone en tus manos. Para eso, de acuerdo con mi experiencia, se requiere fe, ofrenda y una buena administración de ellas. **La iglesia pone su parte, Dios pone la suya.**

Cuarto factor: densidad de población

Este factor también lo considero importante como uno de los influyentes en la capacidad del ministerio, o al menos, en la cantidad de congregantes que podríamos traer a la iglesia. Suena lógico, ¿no? Sin embargo, era una de las cosas que me provocaban frustración y que no lograba comprender. Les dije que siempre me comparaba con pastores que tienen iglesias con una gran cantidad de congregantes. Entonces, al ver la iglesia que yo pastoreaba y compararla con esas, obvio que era inevitable desanimarse.

En una ocasión escuché a un pastor decir que una de sus metas era alcanzar el 10% de la población de su ciudad, es decir, el diezmo. Su iglesia estaba en una ciudad de casi un millón de habitantes, lo que significa que su meta era alcanzar y traer a la iglesia a cien mil almas. En ese momento en su membresía tenía unas veinte mil personas congregándose, o sea que le faltaban

ochenta mil. Esto me hizo reflexionar y entender que este pastor podría alcanzar su meta de cien mil almas porque la iglesia estaba situada en una ciudad de un millón de habitantes. Entonces pensé y me dije: jamás podré alcanzar ni siquiera los veinte mil que tiene este pastor, debido a que yo estoy en una ciudad de cien mil habitantes. Supuse que, si yo quería alcanzar el diezmo de la población, apenas y serían diez mil.

A partir de ahí comencé a tener otra perspectiva sobre el tamaño de una iglesia, que supuestamente era una de las cosas que me frustraban, y, finalmente en lo que se refiere al número de congregantes, saqué mi propia deducción, concluyendo que ***“el tamaño de una iglesia no se mide por su cantidad en sí, sino por el porcentaje de personas que ha alcanzado en la comunidad donde se sitúa”.***

Por lo tanto, un pastor que ha podido alcanzar doscientas personas en un pueblo de diez mil habitantes tiene un mayor porcentaje de almas ganadas, que aquel que ha alcanzado diez mil en una ciudad de un millón de habitantes. Es decir que, el pastor del pueblo ha tenido un alcance del 2% de la localidad donde se sitúa la iglesia que dirige, mientras que el pastor de la ciudad apenas ha alcanzado el 1% de almas de su ciudad. Es normal que si avientas una red para pescar en altamar, podrías agarrar muchos más peces, que si avientas la misma red en un arroyo... Claro, bajo la condición también de saber usar la red, que tiene que ver con la capacitación del ministro.

Después de este análisis que Dios me permitió hacer, correspondiente a este factor que consideré de influencia sobre la capacidad ministerial, nunca más me volví a comparar con

otro ministro cuya ciudad tiene un número de habitantes mayor que la ciudad donde yo habito. A partir de ahí, solo me enfoco a traer a la salvación al mayor número de almas posible de mi ciudad y de la región donde se ubica la iglesia que pastoreo.

Quinto factor: el temperamento del ministro

Este factor es muy interesante y lo consideraré también como influyente en la capacidad del ministro. De repente, no estamos dando los frutos que deseamos, quizás porque no nos encontramos bien ubicados, desarrollando una tarea en la obra de Dios, que quizás no corresponde a nuestro temperamento. Suena complicado, pero lo explicaré a continuación.

Personalmente, algo con lo que luché gran parte de mi vida ha sido con mi temperamento. Este me ocasionó muchos problemas en cada etapa de mi vida y también durante los primeros años del ministerio. No llegué a entenderlo y tomar control de él sino hasta que recibí un seminario sobre ello. En este seminario aprendí que el temperamento es algo con lo que nacemos y con lo que vamos a morir. Me describieron los cuatro temperamentos que existen: el colérico, el sanguíneo, el flemático y el melancólico. Aprendí que, cada uno de nosotros portamos un poco de todos ellos, pero que hay uno de entre los cuatro que sobresale más y es el que nos caracteriza.

No voy a detallar mucho sobre las características de estos porque no es el fin de este libro. Pero sí voy a hablar del que me provocó problemas, o sea, del que más me caracteriza: el colérico. Quiero anticipar que no estoy diciendo que los temperamentos son malos, no, sino que te provocan problemas

cuando no tienes el control de ellos. Yo no tenía ni el mínimo control sobre mi temperamento. Normalmente el temperamento colérico caracteriza a una persona intrépida, visionaria, activo, objetivo y práctico, pero por el lado almático, tiene poco interés por la gente. Es esta parte almática del colérico que no me ayudó mucho al principio del ministerio.

Sabemos que, el buen trabajo de un pastor está fundamentado en la buena relación que debe tener con sus ovejas. Esto lo podemos apreciar en Juan 15:13 cuando el Señor Jesús les describió el concepto del mayor amor. Por supuesto que era el amor con el que se relacionaba Jesús con ellos. Ese no era mi caso. Antes de entender esto de los temperamentos mi actitud era, como dicen por ahí, “de pocos amigos”, debido a que no me relacionaba mucho con la gente. Muy corto para hablar y malo para sociabilizarme con los demás.

Recuerdo que uno de mis discípulos tenía una gran facilidad para sociabilizar y relacionarse con la gente. A todos les agradaba su forma de ser, de hablar, su conducta en general. Cuando lo observaba, yo decía: “Si yo fuera como él, seguro que tuviera mucho mayor éxito como pastor”. Esta y otras preguntas que me hacía me llevaban a pensar que quizás me había equivocado de ministerio u oficio. “Tal vez mi lugar debería ser otro en la iglesia”, me decía. Y así estuve con estos pensamientos hasta que tuve la oportunidad de tomar el diplomado sobre los temperamentos y la personalidad.

Después de esta enseñanza empecé a relacionar cada tipo de temperamento con los ministerios que se enlistan en la biblia. En Efesios 4:11 se mencionan los cinco ministerios principales

que el Señor constituyó para la edificación del cuerpo de Cristo: apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros. Entonces me atreví a hacer una especie de análisis correlacional, es decir, tratar de relacionar a cada temperamento con cada ministerio, de acuerdo con la tarea que debería realizar cada uno de ellos.

Análisis correlacional Ministerio/Temperamento

Para la realización de la correlación entre los ministerios y los temperamentos me hice una pregunta a resolver: ¿Para desarrollar lo mejor posible su labor, qué temperamento sería el adecuado para cada uno de los ministerios?

En este análisis correlacional, escribí primero de manera resumida las características de los cuatro temperamentos y de los cinco ministerios. Después, a mi criterio, por la tarea que le corresponde desarrollar a cada ministerio, menciono a qué temperamento correspondería.

Los temperamentos:

Sanguíneo: Es una persona cálida, receptiva y alegre, le encanta hacer amigos logrando este objetivo sin mayor esfuerzo. Tiende a usar más el corazón que la cabeza, hablando muchas veces antes de pensarlo, lo que le hace ser muy sincera. Contrarresta estas debilidades delante de los demás con su buen humor y simpatía. Es muy buen conversador, contador de historias y le encantan las relaciones sociales.

Colérico: Esta persona es más bien activa, práctica y despierta, tiende a ser alguien autosuficiente e independiente. La parte emocional es la menos desarrollada de su

temperamento. Le gusta mucho plantearse proyectos y llevarlos a cabo con todo el esfuerzo que sea necesario. Es una persona muy trabajadora y perseverante. Su mayor cualidad es su liderazgo y seguridad.

Flemático: Este es un temperamento calmo, sereno, lento, tranquilo y equilibrado. En contadas ocasiones se deja llevar por la ira, tampoco desborda su alegría. Es un poco tímido, pero eso no quiere decir que no tenga que aportar, esconde capacidades y habilidades muy valiosas. Al flemático no le faltan amistades ya que disfruta de ellas y posee un raro sentido del humor.

Melancólico: El melancólico es un verdadero perfeccionista, con tendencia al auto sacrificio y emocionalmente hipersensible. El melancólico anhela ser querido por las personas mostrándoles lo que es capaz de hacer. Es un analítico nato, lo que lo convierte en alguien muy realista a la hora de planificar y enseñar a otros.

Los ministerios y sus temperamentos

El Apóstol es el hombre que ha sido enviado a predicar el evangelio y como fruto de su labor funda nuevas congregaciones, a la vez que forja nuevos pastores que cuidarán de ellas. Otra de las labores del apóstol es proyectar y ejecutar planes para hacer que el reino de Dios se extienda territorialmente, lo que le exige una gran capacidad de liderazgo. De acuerdo con la descripción y a las tareas de un apóstol, creo que el temperamento que mejor se correlaciona con este es el **colérico**.

El Evangelista es el que anuncia las buenas nuevas de salvación. Su mensaje, por ser para las personas no creyentes, carece de complicaciones y se limita a presentar el plan de salvación de Cristo. Para este ministerio, la mayor necesidad es sociabilizar para comunicar con facilidad la Palabra de Dios para los no creyentes. Con el carisma que reflejan los sanguíneos, no se les dificulta conectarse con la gente para impartirles el mensaje. Por lo tanto, creo que el temperamento que más se correlaciona con este, es el **sanguíneo**.

El Pastor es el responsable ante Dios por la salud espiritual de la congregación que le ha sido encomendada. Un verdadero pastor se preocupa por sus miembros, no persigue el dinero ni la fama, predica a Cristo de buena gana, es líder, tiene buen testimonio y cuida de su familia.

Durante estos casi veinte años he tratado de desarrollar el trabajo de un pastor en la iglesia, si lo he hecho bien o no, no lo sé, lo que sí sé es que para esta labor se necesita de mucha paciencia. Por esta razón, considero que el temperamento que mejor se correlaciona con este ministerio es el del **flemático**.

El Maestro, como su nombre lo indica, es el ministerio que capacita no solamente para comprender las verdades escriturales, sino también para darlas a entender. Creo que todos somos conscientes de que, si algo se debe dar de la manera más correcta posible para edificar una iglesia sólida y fuerte, es la enseñanza de la Palabra de Dios. En este sentido, los más indicados para esta labor son las personas detallistas.

Por las características de este ministerio, el temperamento que mejor se correlaciona con él es el **Melancólico**.

El Profeta es el que posee dones de revelación verdaderos a través de los cuales Dios muestra distintos hechos. Las evidencias del ministerio profético es que son bíblicas tanto en sus revelaciones como en sus enseñanzas doctrinales, y cuando anuncian hechos futuros, éstos se cumplen detalladamente y sin falta, pues es Dios que ha hablado a través de él. Para este ministerio, no hay un temperamento que le corresponda como en el caso de los anteriores. Sin embargo, de acuerdo con mi criterio, podría ser el colérico, el flemático, el melancólico o una combinación de al menos dos de ellos.

Con este análisis de correlación entre ministerios y temperamentos, pude finalmente identificar cual podría ser el mío, o al menos, saber cuáles son las labores que mejor pudiese desarrollar por causa de mi temperamento.

Como se los dije anteriormente, el temperamento que más me caracteriza es el colérico, por lo tanto, creo que la labor que más podría desarrollar en la obra de Dios es la del apóstol. Concerniente a esto, les comento que, después de haber logrado un crecimiento estable y constante de la iglesia matriz, me dediqué a formar ministros y a levantar nuevas iglesias.

Me ha tocado ver a ministros que viven frustrados debido a que la iglesia que pastorean no crece, por más que trabajan. Por ejemplo, un pastor amigo mío, lo vi siempre trabajar mucho y con un amor entrañable por la gente. Sin embargo, lejos de ver

crecer a la iglesia, la veía menguar. Claramente que eso lo tenía frustrado y desanimado.

Observándolo y haciendo el análisis de correlación con él, pude ver que su temperamento no le ha ayudado en el pastorado. Pero también observé que, cuando este pastor tomaba el micrófono para dar una Palabra de parte de Dios, soltaba unas profecías sorprendentemente certeras. Las veces que platicué con él le pregunté que cómo le hace para “atinarle” ... Es más que claro que su ministerio debería ser otro. Pero bueno, siempre le ofrecí mi apoyo, pero nunca se dejó ayudar.

Aclaro que este análisis lo hice desde una perspectiva personal, no tanto espiritual. Sabemos que Dios puede hacer hablar a un burro (Números 22:28), así que podríamos decir que Dios puede escoger a alguien con cualquier temperamento y darle el ministerio que Él desee.

Entonces, con base a este análisis, puedo deducir que, el hecho de que un ministro identifique su temperamento pudiera también encontrar el ministerio donde mejor pueda desarrollarse y ensanchar su capacidad.

Sexto factor: las tres “c” – convicción, compromiso y carácter

Al analizar en la biblia el ministerio del apóstol Pablo y de otros apóstoles de Jesucristo, vemos como tuvieron fuertes batallas tanto espirituales como humanas. Algunas expresiones como “*antes bien, nos recomendamos en todo como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias; en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos*” (2 Co 6:4-

5), nos muestra lo humanamente doloroso que podría resultar desarrollar un ministerio.

No sé para otros, pero en mi caso el ministerio no ha sido fácil. He vivido desde vituperios, traiciones y hasta amenazas de muerte. **La razón es una muy noble: traer las almas al conocimiento de la Verdad y a la salvación.**

A mis estudiantes que han deseado desarrollar un ministerio, me ha gustado siempre aplicarles la enseñanza de la “Parábola del sembrador” (Mt 13:3-8). En el sentido de que, cuando ya supuestamente están listos para desarrollar su tarea ministerial, arrancan con todo, emocionados, contentos, llenos de pasión. Pero, de repente, viene Satanás, las tribulaciones, las persecuciones, las tentaciones, los afanes de este siglo, el engaño de las riquezas, etc. y entonces dejan tirado todo. El razonamiento es sencillo, no representaban ser buena tierra para un ministerio.

Por esta razón, siempre les he recalcado mucho que, para alcanzar el éxito, deben estar completamente convencidos de que realmente quieren hacerlo. El apóstol Pablo expresó que estaba completamente seguro de que ni la muerte lo podría separar del amor de Dios... (Romanos 8:38,39). Les hago entender que, el estar convencidos de emprender un ministerio, debería llevarlos al compromiso sólido de desarrollarlo sin importar las dificultades que se les presenten. Entonces, el compromiso empeñado en el trabajo ministerial los hace avanzar aun a contracorriente y les forma el carácter.

Este último, es el elemento que caracteriza a la mayoría de los hombres y mujeres que han tenido éxito en lo que se han propuesto, sean creyentes o no. En mi caso, creo que es el factor que me ha llevado a enfrentar todos los obstáculos que se han presentado y a seguir adelante durante estos casi veinte años de ministerio.

Comprometidos aun en medio de la tribulación

Cuando mi hija, a sus escasos seis años, se enfermó de artritis reumatoide, fue muy desesperante porque mi esposa y yo observábamos como esa enfermedad la hacía sufrir mucho. La niña se quejaba de dolores en sus coyunturas y sus huesos. Supimos que se trataba de una enfermedad auto degenerativa y nos espantamos mucho. Sin embargo, como siempre, pusimos nuestra fe en Dios y comenzamos a orar por ella.

Después de cuarenta días de ayuno y oración, nada sucedió, la salud de mi niña empeoraba. Aun con todo, seguimos apostándole a la fe. Supimos que habría una cruzada de sanidad y milagros en Guatemala, donde estaría predicando y orando por los enfermos un hombre a quien Dios ha usado mucho en sanidad. No dudamos en alistarnos, subir maletas al auto y emprender el viaje de dieciocho horas a la ciudad de Guatemala. Íbamos con la fe puesta en Dios, de que regresaríamos con la niña sana. Lamentablemente, así como nos fuimos, así regresamos, no pasó nada.

Antes de continuar con el desenlace de este testimonio, quiero decirles que creo en los milagros, creo en la sanidad. Mi esposa y yo, como ya se los había comentado, desde el principio

de nuestro ministerio, hemos visto muchos milagros y sanidades en la iglesia que pastoreamos. Una de las razones por las que hemos creído en lo sobrenatural es por la forma en como Dios nos llamó. Como se los comenté en el primer capítulo de este libro, Dios libró a mi hija de la muerte, después de que medicamento ya había sido desahuciada por causa de la hidrocefalia con la que nació.

Desde que iniciamos el ministerio no titubeamos en orar por los enfermos y esperar la sanidad en ellos. Esto nos ha hecho ver muchas sanidades de todo tipo y cada que lo hacemos, lo primero que le encomendamos a las personas por las que se oró, es ir con su médico a chequearse. Si el milagro ocurrió, el médico se los dirá, y este diagnóstico médico es el que se presenta como testimonio de que Dios obró milagrosamente. Lo hemos hecho de esta manera porque fue la forma en como nosotros vivimos el poder de Dios, con la sanidad de nuestra hija.

Como les decía, regresamos de la cruzada de milagros y la niña igual. Decidimos entonces buscar un especialista en el caso. Este, le dio una receta con una gran lista de medicamentos. Se los empezamos a dar, pero lejos de mejorar, empeoraba. Ahora, por causa del efecto de los medicamentos a su estómago, la niña ya ni siquiera podía comer. Se puso muy delgada, sus huesos se empezaron a ver en su cuerpecito. La verdad es que, una vez más, la ciencia no nos pudo resolver, solo empeoró las cosas.

Mientras todo esto acontecía, no nos deteníamos. Seguíamos pastoreando la iglesia, haciendo servicios de milagros, viendo a mucha gente sanar mientras que la salud de mi hija empeoraba.

En medio de la tribulación, Dios responde

Muchos miembros de la iglesia y amigos ministros vinieron a nuestra casa a orar por la niña, pero nada extraordinario sucedió. Entonces, una noche, cuando todos se habían ido ya, mi esposa y yo nos quedamos con la niña en la sala. La niña estaba postrada en un sofá en la sala de nuestra casa, y ya se veía en muy mal estado de salud. No se podía mover porque cada movimiento que hacía era un dolor terrible en sus coyunturas. No había podido comer ni dormir bien en casi quince días. Lo único que le dábamos eran líquidos, casi todo lo demás lo vomitaba. Nos pusimos a orar por ella, mi esposa se cansó y se fue a dormir. Eran como las 2am, me quedé solo y comencé a hablar con Dios. Mis palabras fueron estas: *“Papito, no entiendo lo que está sucediendo, pero confío en que tú tienes el control y que todo es para un propósito tuyo. Tú me diste a mi niña, y si te la quieres llevar, te la entrego. Lo acepto, pero, quiero hacer una última cosa que me falta hacer”*.

Recordé lo que está escrito en 1 Pedro 1: del 6-7, donde el Señor nos expresa que, si es necesario, pasaremos por diversas pruebas para que nuestra fe, más valiosa que el oro, sea probada. Dice también que, en medio de esa prueba, el Señor se manifestará, pero, lo que Él espera, es encontrarnos en alabanza. Entonces encendí un reproductor que teníamos en la sala de mi casa, puse la canción donde dice que David danzaba en la presencia del Señor. Le subí todo el volumen, pidiéndole

al Señor que tapara los oídos de los vecinos puesto que vivíamos en un complejo habitacional donde las casas están pegadas unas a otras y todo se escucha.

Comencé a danzar y levantar mis manos en alabanza al Señor. No paré hasta que me cansé y me quedé dormido en el piso de la sala, al lado del sofá donde estaba mi niña. Cuando eran las siete de la mañana, desperté y no escuché ningún ruido. Sinceramente pensé que ya mi hija había muerto, que el Señor se la había llevado. Pero cuando me levanté, miré hacia donde estaba ella, la vi sentada en el sofá y me dijo: “papi tengo hambre, dame de comer”. Ese día, mi hija comió como hacía mucho tiempo no lo hacía. **El Espíritu Santo la había sanado.**

Sigues porque estas convencido

No sé cuál hubiese sido la actitud y la decisión de alguien más en medio de esta situación difícil y dolorosa. Yo decidí continuar con mi llamado, porque desde el principio he estado completamente convencido de que Dios me llamó con un propósito: Desarrollar un ministerio para hacer cumplir la gran comisión. Esta decisión me llevó a hacer un compromiso muy fuerte con Él, y gracias a ello, mi carácter se ha ido formando a través de los diferentes desafíos que se me han presentado. Una frase que escribí y uso de repente para motivar a mis amigos ministros, a continuar adelante pase lo que pase, es: “*a rajarse a su rancho*”.

Por esta razón, consideré a la convicción, al compromiso y al carácter como factores fundamentales para definir la capacidad de un ministro.

Octavo factor: el motivo

Uno de los factores más importantes que define la capacidad del ministro es sin duda el motivo por el cual está haciendo el ministerio.

La gran mayoría de las personas llegamos como demandantes a la iglesia, buscando una respuesta de parte de Dios debido a una necesidad. Cuando se tiene la respuesta esperada, algunos se apartan de su camino, otros continúan de manera pasiva, pero hay otros que se involucran cada vez más para hacer cumplir los sueños que hay en el corazón de Dios. Algunos, incluso, son capaces de dejar todo lo que hacían, dejar la ruta que llevaban y sus planes para dedicarse a servir a Dios de tiempo completo.

El tiempo Kairós

En una ocasión escuché a un pastor en uno de sus mensajes decir: *“el hombre vive según sus planes en el tiempo cronos, pero cuando se le atraviesa Dios con sus planes, deja el tiempo cronos y comienza el tiempo Kairós, su llamado al ministerio. Dicho de otra manera: ¡se metió en problemas! ¿Cuál fue el motivo que me llevó a aceptar y caminar en el tiempo Kairos? A continuación, Trataré de explicárselos.*

Tres razones para servirle

He percibido que existen al menos tres motivos por los que decidimos servir a Dios en su iglesia. Puede ser porque le estamos agradecidos debido a lo que ha hecho por nosotros; puede ser también porque seguimos esperando algo de Él, o puede ser un motivo mayor aun: **hemos llegado a conocerlo y amarlo.**

De estos tres elementos, el amor es el único que podría provocar tu entrega y tu esfuerzo para desarrollar un ministerio cada día mejor, incluso, por encima de tus intereses personales. Se los digo porque eso fue precisamente lo que me llevó a renunciar a mi trabajo, para dedicarme al ministerio de tiempo completo. Fue por amor a Él y a su obra. Este es el motivo por el que me he esforzado para hacer avanzar su obra, buscando el cumplimiento de la gran comisión. Por amor a Él es que estoy convencido de que nací para servirle hasta el último día de mi vida y no hay nada que pueda separarme de Su amor.

Al inicio, cuando Dios me alcanzó a través de la sanidad de mi hija, me interesé mucho en conocer más de su obra, aunque no de conocerlo más a Él. Por supuesto que también estaba interesado en conocer a ese Dios bueno que había sanado a mi hija y con quien yo tenía un acuerdo que cumplir: servirle toda mi vida. Por esta razón decidí empezar a buscar la forma de cómo prepararme. Comencé a leer la biblia de manera constante, a servir en la iglesia donde nos congregábamos, no faltaba a ningún servicio. Yo quería cumplir mi compromiso y por supuesto que, por encima de ese compromiso, estaba mi agradecimiento a Dios por la sanidad de mi niña.

Enamorado de Dios

En ese buscar, me di cuenta de que cada día se hacía más grande la necesidad en mi espíritu de buscar, no solo aprender de Dios en la Biblia, en los cultos, etc., sino a buscarlo a Él. Llegó un momento en que ya había hecho a un lado el seguir buscando sus bendiciones y me empecé a enfocar en saber qué era lo que esperaba de mí. Lo empecé a buscar de manera más constante en la intimidad. Empecé a sentir un deseo inmenso de complacerlo, de hacer todo lo que fuera necesario para agradar su corazón. Exactamente todo lo que hace alguien por otra persona de la que está enamorado.

Aun iba a la mitad de mi tesis doctoral cuando le dije a mi pastor que quería dejarlo todo y dedicarme a la obra de Dios, a lo que el pastor sabiamente me respondió: “espera el tiempo de Dios”. Mientras yo sentía que para mí ya era el tiempo de Dios, para mi pastor no. Sinceramente, su respuesta me hizo enojarme con él.

Me di cuenta de que estaba enamorado de Dios, que lo único que deseaba era dedicar mi vida completa a Él. De cuándo y cómo sucedió, no lo sé, solo sé que sucedió. A partir de ahí, aun cuando continuaba con mis proyectos seculares, ya estaba completamente enfocado a desarrollar una carrera ministerial, a costa de lo que fuera. Por primera vez logré entender lo que está escrito en el salmo 42:1 *“Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh, Dios, el alma mía”*.

Es por esto por lo que puedo decir que, durante estos casi veinte años de ministerio, el motivo que me ha movido a hacer

lo que he hecho, lo que sigo, y probablemente seguiré haciendo para Dios, es mi amor por Él. En este sentido, recomiendo a los ministros preguntarse el motivo por el cual están haciendo el ministerio. Si es por amor a Dios, entonces deberían estar vivificando en sus corazones las palabras del apóstol Pablo en Romanos 8:38-39.

Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.

Si el motivo por lo que hace el ministerio es el amor, puedo decir que no tendrá excusas ni limitaciones para esforzarse y buscar fructificar lo mejor posible. Si el motivo es otro, no estoy muy seguro de que sus frutos serán mejores.

Podría haber más factores que pudiesen ser también influyentes en la capacidad del ministro, pero cité a los que considero importantes en mi experiencia dentro de esta hermosa tarea.

8

LA FATIGA

“EL PASTOR MULTIFUNCIONAL”

Si hay algo a lo que tememos la mayoría de los pastores que estamos fuertemente comprometidos en hacer la obra de Dios, es al cansancio. Somos conscientes de que tarde o temprano llega; obvio que nunca lo deseamos, porque sabemos que nos hace bajar el ritmo, y eso es lo que menos queremos.

Durante mis años como ministro he percibido varios factores que podrían provocar el cansancio, y en este capítulo quiero hablar de los que me han afectado de manera significativa.

MUCHO TRABAJO Y POCO AVANCE

Les platiqué que, desde el principio del ministerio, le puse mucho esfuerzo y dedicación al trabajo en la obra de Dios. Gracias al ritmo que llevaba pude ver buenos resultados. Lo malo es que eso fue solo al principio.

Después, como se los escribí en el tema de la frustración, el crecimiento se detuvo. Aun así, no bajé la guardia. Seguí trabajando con el mismo empeño y dedicación, pero sin avanzar en los resultados. Con dicha situación, aunada a la frustración que sentía, empezaba a sentir desánimo, y este me provocaba cansancio no solo emocional sino también físico.

El problema no es tanto el cansancio, sino las consecuencias de éste. Una de las cosas que pude analizar y entender en este tiempo de cansancio que experimenté fue que, el cansancio y desánimo son estados de la mente de un hombre dominado por sus pasiones, emociones y sentimientos. Cuando llegan a tu

vida, podrías empezar a poner otra cosa en el lugar que le corresponde a Dios. Tu tesoro y tu corazón podrían dejar de estar en Dios y centrarse en algo más (Mt. 6:1).

Por ejemplo, podrías volver a poner tu corazón y tu mente en los afanes de este mundo (Mr. 4:19), en el amor al dinero (1 Tim 6:10) y en obedecer a tu propia prudencia (Prov. 3:5). En resumen, te podría hacer alejarte de Dios y poner otra cosa en el primer lugar de tu corazón. A decir verdad, de manera consciente o inconsciente, experimenté mucho de esto cuando me sentí cansado y con poco avance.

Para librarme de esta sintomatología provocada por el cansancio sin avance, como de costumbre, subí al aposento a hablar con Dios del asunto. Le expresé con lloro y tristeza que me sentía cansado y sin ganas de hacer nada más. Le dije que había hecho mucho ya, que mis frutos de por sí eran pocos y que ya no estaba produciendo más.

PARA MÍ ES POCO, PARA DIOS NO

Seguí orando porque parecía que el Señor no me estaba escuchando. Pero de repente vi frente a mí una visión, la imagen de una familia que asistía a la iglesia, y escuché una voz que me dijo: *“¿recuerdas a esta familia cuando llegó a la iglesia?, ¿recuerdas cómo llegó?, ¿sus integrantes alcanzaron la salvación?, ¿no están ahora bien y todos sirviéndome en la iglesia?, ¿crees que para mí esto es poco? Para ti quizás la salvación de un alma o una familia resulta insignificante, pero para mí no, para mí significa mucho. Además ¿no te das cuenta de que detrás de la conversión de una persona o una familia, yo puedo hacer que muchos vengán a la salvación a través de ellas?”*. Estas palabras me hicieron entender claramente que no hay trabajo en la obra que

sea en vano y que cada alma que viene a la salvación es muy importante para Dios.

Esta experiencia hermosa que tuve con el Espíritu Santo ese día me trajo aliento, me regresó el ánimo y me hizo retomar el trabajo como lo venía haciendo desde antes de que el cansancio llegara a mi vida. Aquí les dejo un versículo que el Señor me hizo entender y que se me quedó bien afianzado en la mente y el corazón:

Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano. 1 corintios 15:58.

EL PASTOR MULTIFUNCIONAL

Normalmente, cuando se inicia un ministerio, el pastor no cuenta con muchas personas para ayudarlo a consolidar a las ovejas y atender sus demandas. Si su familia o parte de ella está involucrada, el pastor podría contar con su apoyo, de lo contrario, está condenado a hacer todo él solo y convertirse en el pastor multifuncional.

Viví una situación así por casi dos años. Yo solo formulaba y desarrollaba los proyectos evangelísticos, visitaba a los convertidos, les daba seguimiento y atendía sus demandas; oraba en sus hogares, atendía sus celebraciones de quince años, bodas, velorios, etc. Esta situación me llevó al extremo del cansancio, sobre todo físico.

Además de la iglesia, debía atender mi trabajo -el cual de por sí me absorbía mucho tiempo y esfuerzo-, pero también a lo más importante, mi familia. En ese tiempo mis hijos estaban pequeños y me responsabilicé en apartar un tiempo indispensable para estar con ellos. No significa que atendía a mi familia por compromiso nada más. No, a mí me ha encantado estar siempre con mi familia. Sino que, el cuidado y la atención a la familia, era una de las cosas que más enseñaba a la iglesia y eso me obligaba a hacerlo yo primero y a hacerlo bien. Puedo decirles que eso me ayudó mucho a no desatender a mi familia por el hecho de dedicarle tiempo al ministerio.

Como dije, el convertirme en pastor multifuncional, me trajo cansancio físico, mental y espiritual. No fue algo que me haya llevado al desánimo; pero, este tipo de cansancio me trajo saturación y problemas fuertes en la coordinación de mi tiempo y esfuerzo. El rendimiento disminuyó y los frutos se fueron perdiendo.

Una de las cosas que más me ponía de malas era, que por más que trataba de motivar, exhortar, y a veces hasta obligar a mis ovejas a que fueran por otras o que sirvieran en la iglesia, eran pocas las que se implicaban y las que se implicaban en el evangelismo y lograban ganar a otros, no se comprometían a consolidarlas; simplemente las traían a la iglesia y me las entregaban para que yo las cuidara.

LAS DOS DIRECTIVAS

Ya cansado y rendido busqué un tiempo de encierro para hablar de esto con Dios. Valientemente lancé mis primeros veintiún días de ayuno y oración, para pedirle dirección al

Señor. No tenía la intención de Elías, de meterme a una cueva a quejarme (1 Reyes 19:14), pero sí le dije que no saldría de ahí hasta que no me diera una respuesta. En este aposento de veintiún días, el Espíritu Santo me dio dos directivas que a continuación describo.

Primera directiva: “Una oveja herida no puede parir, sánala primero”.

Cuando el Señor me dio esta primera directiva, le pedí que mandara a alguien que me enseñara cómo hacerlo, la verdad es que no tenía ni idea de ello. Terminé el aposento y esperé mi respuesta.

Al terminar el siguiente culto, llegó un pastor a ofrecerme un retiro espiritual para mis ovejas, a lo que yo pregunté para qué era; él me contestó que era para sanar a las ovejas. ¡Ahí estaba mi respuesta! nos pusimos de acuerdo y llevé al retiro a las ovejas más cercanas a mí, e interesadas en implicarse en la obra.

Para este retiro, yo también fui como una oveja más. Le pedí al pastor que me permitiera vivirlo desde la perspectiva de una oveja, así que debían tratarme como a una de ellas, no como al pastor, y así fue. Este retiro para mí, fue una experiencia espiritual muy hermosa. Yo mismo pude ser libre de algunas cosas que aun guardaba en mi corazón y me lastimaban; cosas que tenían que ver con mi pasado.

Cuando regresamos del retiro, pude observar a un buen grupo de ovejas que se empezaron a implicar, todas contentas y con mucha pasión en el servicio a la iglesia, y sobre todo en el evangelismo. No cesaban de traer gente nueva a la salvación.

Les pedí también que intentaran estar siempre pendiente de ellas para consolidarlas. Sin embargo, no pudieron. La gran mayoría de personas que ganaron, poco a poco se fueron retirando de la iglesia. Esto, obviamente me entristeció mucho, casi al grado de deprimirme.

Como no tenía respuesta para lo que estaba sucediendo, me volví a meter en el aposento. Esta vez le pedí al Señor me revelara qué era lo que debía hacer ahora. Entonces me dio la segunda directiva.

Segunda directiva: “Si quieres que tus ovejas te den resultados bíblicos, fórmalos como está descrito en la biblia”.

No sé cómo perciben esta segunda directiva, pero a mí me dio luz radiante. La solución era darles formación. Enseguida me puse a analizar en los cuatro evangelios de cómo Jesús formó a sus discípulos. Entendí que eso era lo que yo debía hacer con mis ovejas: **discipularlas como Jesús lo hizo.**

Bien, pues ahora la pregunta era ¿Cómo lo hago? Aun cuando estuve leyendo los cuatro evangelios, no pude extraer una estrategia precisa para hacerlo de manera efectiva. Lo que se me ocurrió hacer, fue empezar a investigar por aquí y por allá, las diferentes metodologías y modelos implementados en varias iglesias alrededor del mundo. Incluso asistí a varios cursos de formación para la implementación de algunos de ellos. La mayoría se fundamentaban en lo que Jesús hizo para la formación de sus discípulos. Intenté aplicar algunos de ellos, pero no me daban los resultados esperados. Hasta que

finalmente me decidí por uno en particular. Consideré que era uno de los que yo podría manejar sin problemas y se adaptaba bien a la iglesia que pastoreaba en ese momento

La buena relación te permite la impartición

Al estar haciendo el análisis de cada uno de los modelos analizados, pude identificar los fundamentos que los hacían funcionar. Uno de los más importantes es la buena relación entre el pastor y el discípulo; algo de lo que se manifiesta en Juan 15:13 “*Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos*”. **Una vez establecida esta relación, se hace posible la impartición.**

Como lo dije antes, un discipulado efectivo tiene como base fundamental el que el discipulador imparta todo lo que Dios le ha dado para su discípulo. El Señor Jesús lo expresó en Juan 15:15 “*Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer*”. Dicho de otra manera, **para que haya una buena impartición, debe de haber una buena relación entre el discipulador y su discípulo.**

A los pocos meses de haber implementado uno de estos modelos o estrategias para discipular, las personas se involucraron más en las diferentes áreas de la iglesia, incluida la consolidación y el discipulado de otros. Así, la iglesia empezó un crecimiento lento pero constante. El cansancio físico quizá nunca desapareció, pero los frutos empezaron a ser mucho más abundantes.

“EL ATAQUE DE LOS JUDAS”

Otra de las cosas que acarrearán un gran agotamiento al pastor, en este caso, más emocional que físico, es el constante golpeteo que le ocasionan las malas actitudes de las ovejas. No voy a hablar de lo que ha sucedido con otros pastores, sino lo que me ha ocurrido a mí. Sin embargo, durante mis diferentes viajes y visitas a distintas iglesias y lugares del mundo, he escuchado una y otra vez a muchos pastores quejarse de sus ovejas -al igual que yo en un momento dado-.

He escuchado también decir en repetidas ocasiones que, de los cinco ministerios, el pastorado es el más difícil de soportar. A través de mi experiencia descubrí que esto era precisamente debido al constante golpeteo emocional de las ovejas, a lo que yo le llamé “*el ataque de los judas*”.

He aprendido que un pastorado efectivo se logra cubriendo la paternidad de Dios en la vida de las ovejas. Es decir, la aplicación del Salmo 27:10, donde el salmista expresa: “*Aunque mi padre y mi madre me dejen, con todo, Jehová me recogerá*”. Y lo escrito en Jeremías 3:15 donde el Señor promete: “*y os daré pastores según mi corazón, que os apacienten con ciencia y con inteligencia*”.

Ambos pasajes manifiestan que, aun cuando no tengamos padres terrenales, Dios nos proveerá la paternidad que necesitamos; pero esto lo hará a través de personas que Él escogerá para pastorearnos, personas que tengan un corazón como el de Él.

El apóstol Pablo lo expresa de manera más contundente en 2 Corintios 12, versículos 14 y 15: “*He aquí, por tercera vez estoy*

preparado para ir a vosotros; y no os será gravoso, porque no busco lo vuestro, sino a vosotros, pues no deben atesorar los hijos para los padres, sino los padres para los hijos. Y yo con el mayor placer gastaré lo mío, y aun yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas, aunque amándoos más, sea amado menos”.

Este hombre tenía un corazón enorme, característico de un buen pastor, quien da la vida por sus ovejas (Jn 10;11), y en este pasaje manifiesta ser capaz de dar todo de sí, por amor de sus ovejas, al punto de ser inclusive menospreciado por sus hijos espirituales.

Los pastores que conocen el fundamento de esta tarea entienden perfectamente que, para hacerla bien, deben entregar literalmente su corazón para amar a las ovejas, sean quienes sean y sean como sean. Este hecho hace que, a través de las diferentes etapas del mentoreo que realiza un pastor, corra el riesgo de que su corazón sea lastimado por las actitudes incorrectas y a veces hasta agresivas de sus ovejas.

A través del tiempo, he podido formar a muchos discípulos, unos más aplicados que otros, pero la mayoría bien preparados para la obra. Una de las cosas que he esperado de ellos, sea por amor o por agradecimiento al tiempo y esfuerzo dedicados a ellos para su formación, es su lealtad. Sin embargo, no todos me la han demostrado, al contrario, algunos parecería que esperaban el momento indicado para, como dicen algunos pastores, “enterrarme la daga por la espalda”. El motivo por el que lo hicieron, muy pocas veces me he puesto a investigarlo. Tal vez sea que el diablo les puso en su corazón hacerlo, como le pasó a Judas Iscariote (Jn 13:2); o tal vez yo, por causa de mis

acciones y actitudes hacia ellos, los provoqué a hacerlo. En cualquier caso, son golpes muy fuertes y directos al corazón del ministro. Les aseguro que duelen mucho y en su momento me provocaron un fuerte agotamiento emocional.

AMARLAS A PESAR DE TODO

Llegó la ocasión en que estaba harto de las acciones y actitudes de deslealtad de algunos de mis discípulos. Y como habrán de imaginar, como siempre, subí al aposento, a darle la queja a Dios. Le dije precisamente que ya estaba harto de tanta deslealtad. Que a pesar de todo lo que había hecho por ellos me estaban lastimando.

Ese día estaba yo verdaderamente mal, muy enojado con ellos y decepcionado con las cosas que estaban haciendo, a pesar de todo el tiempo y dedicación que les había invertido. Les puedo decir que, literalmente, algunos de ellos comieron en mi propio plato.

Cuando estaba dándole la queja al Señor, me puse a llorar de lo enojado y desilusionado que estaba. De repente, el Espíritu Santo me habla y dice:

- Levanta tu rostro y mira

Lo hice, y me preguntó:

- ¿Qué ves?

Veo un redil de ovejas -contesté

- ¿Qué más ves?

- Veo unas ovejas grandes, otras pequeñas, y a las más fuertes golpeando a las débiles

- Dime qué otra cosa observas -insistió

- Veo algunas ovejas que vienen sobre mí queriéndome golpear -respondí

- ¿Son torpes verdad? -cuestionó

No supe qué decir, incluso tuve un poco de temor responder a esa pregunta. Pero finalmente afirmé:

- Sí, son torpes Señor

Y entonces dijo algo que me cimbró fuerte en el alma y el espíritu:

- Son torpes, pero son mis hijos, y para eso te puse a ti, para que los ames y los cuides.

Solo recuerdo que, desde ese momento lloré y lloré por dos días enteros. Tanto que mi esposa estaba preocupada por cómo me veía, sin saber lo que estaba pasando en mi corazón. Les puedo asegurar que a partir de esos momentos Dios me llevó a un nuevo nivel de pastorado: **amarlas a sus ovejas pesar de todo.**

Entendí que las personas que el Señor ha agregado a la iglesia para que sean salvos (Hechos 2:47), sean como sean, yo soy el pastor, yo debo cuidarlas porque es a mí a quien Dios escogió para eso. Pero entonces, tuve que ponerme a orar y meditar

buscando la manera de cómo hacerle para que sus malas acciones y actitudes no lograran dañar mi corazón.

A través de una enseñanza que recibí en un congreso de pastores pude aprender que, si algo debía guardar y cuidar, era mi corazón. Tal y como está escrito en Proverbios 4:23, “*Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; Porque de él mana la vida*”.

Desde entonces, sigo amando a mis ovejas y/o discípulos, las sigo cuidando y atendiendo con el mismo esmero, pero sin exponer mi corazón. Es decir, trato sus problemas con la cabeza, mas no con el corazón.

EL ATAQUE DE LOS FARISEOS

Otra de las cosas que me sucedieron mucho durante el ministerio, fue “el ataque de los fariseos”. Es decir, **el golpeteo de los de afuera de mi congregación**. Críticas, chismes, vituperios, rumores, entre otras cosas, cuyo propósito ha sido la descalificación. Lo mismo que hacían los fariseos con Jesús y sus discípulos.

Los de afuera de la congregación son, por un lado, los inconversos que no pertenecen a ninguna iglesia cristiana, pero también, por otro lado, aquellos que son miembros y/o ministros de alguna.

Los ataques que vinieron de los inconversos, aunque de repente se intensificaron, nunca fueron tan significativos para mí, puesto que he entendido que ellos no tienen a Cristo en sus

corazones y necesitan ser sanados. Pero, los que sí lograron afectarme emocionalmente fueron los ataques que vinieron de parte de “hermanos” de otras iglesias. El suponer que son cristianos, hijos de Dios y parte de la familia de la fe, me hizo esperar empatía de parte de ellos. Sin embargo, lejos de eso, parecía que lo único que esperaban era el verme fracasar.

Algunos eran bastante crueles en sus acciones contra nosotros; por ejemplo, uno de los casos que recuerdo es cuando llegó a la puerta del templo una persona que me buscaba. Le dije a uno de mis discípulos que lo atendiera. Esta persona venía de parte de su pastor a dejarme un aviso. Me dijo que su pastor, junto con todo su equipo de líderes, estaban ayunando y orando para que yo me fuera de la ciudad.

En otra ocasión, andaba circulando una lista de los “anticristos actuales”. En esta, estaban el nombre de líderes espirituales de religiones, sectas y de iglesias cristianas muy conocidos alrededor del mundo, y yo.

En fin, estas y muchas acciones me lastimaron mucho, sobre todo porque venían de la iglesia cristiana. Esta situación me aisló por un tiempo de todos los demás pastores, aun cuando en mi corazón siempre ha estado la disposición de apoyarlos en lo que pueda. Estaba enojado con mi familia de la fe.

SUCEDE HASTA EN LAS MEJORES FAMILIAS

Platicando esta situación con Dios en mi aposento y estudiando Su Palabra, se me atravesó un versículo en la biblia que me hizo reflexionar. Eclesiastés 4:4, *“He visto asimismo que todo trabajo y toda excelencia de obras despierta la envidia del hombre contra su prójimo. También esto es vanidad y aflicción de espíritu”*. Entendí que, por causa de mi trabajo efectivo y mis buenos frutos, provocaría la envidia de los demás, la cual, les haría actuar contra mí de la forma como lo estaban haciendo. Entonces me dije, “si esto es normal, entonces no podré evitar que suceda”. Acepté que, de cualquier forma, esto seguiría sucediendo independientemente de mis actitudes ante sus ataques. Decidí de nuevo, guardar mi corazón ante estos embates emocionales.

Sin embargo, me seguía preguntando porqué debería suceder esto dentro de la misma familia de la fe. Seguí con mi análisis y la búsqueda de una respuesta que resultara suficiente para mí y me diera tranquilidad en mi corazón lastimado.

Leyendo las escrituras, me puse analizar algunas de las discusiones que se daban entre los discípulos de Jesús. Entre las que me hicieron reflexionar, están las que narraré a continuación.

Cuando Jesús le dio a entender a Pedro con qué muerte había de glorificar a Dios (Jm 21:18-23). Este pasaje menciona que, en ese momento, Pedro miró a Juan y le preguntó a Jesús sobre qué habría de pasar con su discípulo amado. Aunque no

se puede notar con claridad el gesto con que hizo la pregunta, por la forma en como Jesús le contestó puede inferirse que se lo preguntó con recelo. Como diciendo, *“pues a mí me va a pasar eso que me dijiste Señor, ¿pero y a este qué?, ¿no le va a pasar nada? ¿o qué?”*.

En otro pasaje narra la ocasión en que Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, se le acercaron a Jesús para pedirle que, en Su gloria, les permitiera sentarse uno a la derecha y otro a la izquierda (Marcos 10:35-41). A lo que Jesús respondió que ni siquiera tenían idea de lo que estaban pidiendo. Esta conversación la escucharon los otros diez y se enojaron contra los dos primeros.

Tampoco dice el por qué se enojaron, pero, se infiere que fue porque quizás sintieron que Jacobo y Juan buscaban quedarse con los mejores lugares, al lado del Señor. Esto podría darnos a entender el ambiente de competencia quizá no muy sano que existía entre ellos, en la búsqueda de los privilegios que podrían tener andando con Jesús. Incluso, el Señor Jesús aprovechó el caso para darles una clase de humildad. Les dijo que dejaran de tener la perspectiva de los inconversos, quienes normalmente buscan tener los mejores lugares para enseñorearse de los demás. Jesús les dijo que no sería así entre ellos. Les afirmó que, el que de entre ellos quisiera ser el primero, sería siervo de todos (Marcos 10:44).

Entonces, estos y otros casos ocurridos entre los discípulos de Jesús me hicieron entender que, como en cualquier familia, siempre hay de todo. Desde celos o envidias, competencias que se pudiesen considerar como “normales” debido a que cada

uno tiene su perspectiva personal. Cuando no coinciden, se generan los conflictos. Como dicen por ahí, ***“sucede hasta en las mejores familias”***.

Recordando que en mi casa ocurría algo similar, me llevó a aceptar esta realidad familiar. Los hermanos éramos en total nueve, seis varones y tres mujeres, una familia numerosa. Nos peleábamos todos contra todos y por todo. Pero nos amábamos y nos lo demostrábamos de una forma singular. Cuando una persona externa a nuestra familia se metía contra uno de nosotros, todos le dábamos con todo al intruso. Por esa razón, muy pocos de los de afuera se metían en problemas con alguien de los nuestros. Creo que eso demostraba que nos amábamos y protegíamos, aun cuando con los de adentro, curiosamente, los pleitos jamás cesaban.

Entonces concluí que, en la iglesia cristiana, sucede de manera similar a lo que ocurría en mi casa, aun cuando nos estuviésemos peleando todo el tiempo, hermanos contra hermanos, nos seguiremos amando, y que, aunque no estemos en la misma congregación todos somos hijos de Dios, todos somos hermanos en Cristo, todos somos la familia de la fe. ¡Aleluya!

9

LA COMADRE DEL DIABLO

*“LA ALTIVEZ TOCÓ A MI
PUERTA”*

Para cerrar con broche de oro este libro, quiero presentarles uno de los “demonios” que es capaz de destruir no solo al ministro, sino también a su familia e iglesia completa. Yo le nominé **“la comadre del diablo”**, debido a que parecería que se asocia con este último para cumplir su cometido.

A continuación, les contaré como fue que la comadre del diablo me visitó y le abrí la puerta, lo que logró hacer conmigo y cómo fue que me pude librar de ella. No fue fácil, fue muy doloroso, pero sí se pudo por la gracia y misericordia de Dios.

LA ALTIVEZ TOCÓ A MI PUERTA

Después de varios años de trabajo en la iglesia, buscando las formas de cómo hacer avanzar la obra de Dios, y después de vencer la frustración, empezó a llegar el “éxito”.

Logré formar un equipo extraordinario de discípulos con una gran capacidad de ganar almas, consolidarlas y formarlas en nuevos discípulos. Esto provocó que la iglesia creciera en número y solidez. Este éxito aparente me hacía sentir cada vez más indispensable, importante, mejor que los demás consiervos de la ciudad, puesto que la iglesia que yo pastoreaba en ese momento era la más numerosa y “exitosa”; aunado a que el Espíritu Santo en su misericordia siempre me respaldaba en mis prédicas, demostrando su poder sanador.

Sin que me diera cuenta, la altivez estaba invadiendo mi mente. Mi comportamiento era cada día más dañino y cambiante hacia los que estaban a mi alrededor.

Inconscientemente, empecé a dañar el corazón de la gente que más me amaba, a mi esposa, a mis hijos y a mis discípulos.

De repente me convertí en “el súper ministro”, el hombre intocable. Traía conmigo al menos dos guardaespaldas que me resguardaban para que nadie se me acercara si yo no lo autorizaba. Para que la gente pudiese tener una cita conmigo en la oficina. La persona interesada, debía hacer la cita con anterioridad y solo si se trataba de alguien conocido y con buen historial espiritual en la iglesia.

Durante ese tiempo de altivez, a mi esposa la humillaba constantemente con mis palabras y actitudes. Para mí, ella se había convertido en alguien incompetente para el ministerio. El problema más grave es que no tan solo lo pensaba, sino que se lo decía también. Incluso, en una ocasión le dije que había hermanas en la iglesia que eran mucho mejor que ella en todo.

El mayor de mis hijos estaba implicado en la alabanza y a pesar de que el niño se esforzaba por dar lo mejor de sí, para mí jamás era suficiente y correcto lo que hacía. Al final de cada servicio, lejos de felicitarlo y reconocer su esfuerzo, siempre se dejaban escuchar mis palabras de rechazo a lo que él hacía. Esas palabras y actitudes de mi parte hacia ellos lastimaban mucho su corazón.

Este mismo ambiente no solo se daba durante las actividades de la iglesia, sino también en nuestra casa y sin darme cuenta, estaba logrando que mi familia me repugnara. El problema estaba ahí, le había abierto la puerta a **“la comadre del diablo”**

y me había cegado totalmente la mente y el corazón. **La altivez se había apoderado de mí.**

Con mis discípulos era algo similar. Ellos se esforzaban mucho en lo que hacían por amor a Dios, a la obra y a su pastor. Siempre me lo expresaban. Me amaban mucho esos chicos. Sin embargo, mis actitudes para con ellos era similar a la que manifestaba con mi esposa y mis hijos. A pesar de sus esfuerzos y resultados nada era suficiente para mí y jamás les expresaba gratitud o satisfacción, al contrario, era rechazo y menosprecio a lo que hacían. Esta situación provocó un cúmulo de resentimientos en sus corazones a tal grado que, sin darme cuenta, empezaban a planear apartarse de mí e irse de la iglesia para siempre.

Lamentablemente, los primeros que empezaron a apartarse fueron los discípulos más cercanos que tenía. Un matrimonio joven al que le había dedicado mucho de mí para su formación ministerial y cuyos frutos habían sido muy abundantes. No se fueron solos, tomaron un grupo de líderes a quienes ellos habían consolidado y formado, y decidieron abrir una nueva iglesia. En el intento de seguir relacionado con ellos, les ofrecí cobertura y apoyo para su crecimiento, pero la rechazaron. No querían saber más nada de mí.

Después de ellos, siguieron otros líderes de mi círculo cercano. De igual manera se fueron de la iglesia llevándose a otro grupo de líderes a quienes ellos habían cuidado y entrenado para la obra en la iglesia.

En total, fueron cinco de mis más cercanos discípulos los que se retiraron de la iglesia, cuatro de ellos decidieron emprender una nueva obra, apartados totalmente de todo lo que tenía que ver conmigo.

Obviamente que la altivez no me permitía ver mis errores y me hacía cargarles la culpabilidad a ellos. Según mi cegada perspectiva, ellos eran los que estaban mal, no yo. La altivez, “la comadre del diablo”, estaba cumpliendo su cometido, me estaba hundiendo, destruyendo, y yo sin reaccionar, totalmente cegado y dormido.

Y DE REPENTE MIS OJOS SE ABRIERON

En un momento de reflexión en mi aposento, me puse a meditar lo que estaba ocurriendo. Casi un 40% de la iglesia se había marchado. Le pregunté al Señor por qué había pasado. Me empecé a quejar de la supuesta injusticia que los muchachos habían cometido contra mí. De todo el dolor que me habían ocasionado, etc. Le pedí que me ayudara a discernir exactamente lo que estaba pasando para poder solucionarlo. En ese momento no tuve ninguna respuesta.

Unos días después llegó a la oficina un matrimonio pastoral amigo mío de muchos años; a ellos poco los veía. Normalmente cuando llegaban a donde yo estaba, siempre lo hacían con mucha confianza y libertad. Ese día, llegaron a mi oficina sin anunciarse y sin avisarle a mi asistente, como lo hacían comúnmente. Sin embargo, en esta ocasión, mi reacción fue de molestia hacia ellos. Incluso, con un tono de reclamo, les

pregunté que por qué no me habían avisado que llegarían para ver si podría atenderlos. Obvio que mi actitud les sorprendió mucho a mis amigos y no se dejaron esperar sus reacciones. Fue la pastora quien se dirigió a mí con un tono fuerte de voz. Me dijo: *“mira miserable, ya nos habían contado de tus actuales actitudes y veo que es verdad, que ya no eres el mismo siervo humilde que conocíamos. Puedo asegurar que no eres tú, te aconsejo que reacciones antes de que sea demasiado tarde y tu tonta altivez termine por destruirte”*.

Después de soltarme esas palabras, ambos salieron del lugar. Me quedé como paralizado y muy sorprendido, no molesto, pero con un gran dolor en el pecho y pensando en el porqué, siendo mis amigos, me habían dicho tales cosas.

Ese día no continué con mis labores, me regresé a casa. Me subí al aposento a orar y meditar sobre lo que había ocurrido. Debido a que las palabras vinieron de personas a quienes estimaba mucho y tenía gran confianza, significaron demasiado para mí. Debía reflexionar. Insistentemente le pedí al Señor que me ayudara a entender lo que estaba ocurriendo, y que si yo estaba mal me lo hiciera ver. De manera instantánea vinieron a mi memoria los desagradables recuerdos de todos los que se habían ido de la iglesia, y me obligué, por primera vez, a analizar la razón.

Recuerdo que me entró una especie de escalofrío y mucha ansiedad. Busqué con desesperación en la biblia y en mis apuntes algo que me conectara con lo que estaba sucediendo y lo pudiera entender. Comúnmente así lo he hecho cuando le pido a Dios una respuesta. Creo firmemente que Dios me

puede hablar de muchas maneras, y lo ha hecho. Lo he escuchado con voz audible pero también con señales.

En esta ocasión, sobre mi escritorio, estaba uno de los sermones que yo mismo había preparado para hablar de la altivez. El versículo principal de este sermón era Proverbios 16:18, donde está escrito: “*Antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu*”. Les aseguro que, al leerlo, fue un golpe directo a mi conciencia y una rara angustia se apoderó de mi corazón. Comencé a llorar mucho y a pedirle perdón a Dios por todo lo que había estado sucediendo sin que me diera cuenta de que yo era el que estaba mal.

Me pasé dos días encerrado en el aposento, esperando el perdón de Dios. Yo sé que cuando le pedimos perdón a Dios de manera sincera, Él nos perdona al instante. Una señal que para mí significa que ya me perdonó, es cuando siento paz en mi corazón. Entonces esperé a que esa paz se instalara en mi pecho. Cuando esto sucedió me puse a planear lo que debía hacer para tratar de enmendar el error y las consecuencias ocasionadas.

Cuando bajé del aposento, lo primero que hice fue, pedirle perdón a mi esposa. Estaba muy dañada en su corazón por mi causa. Lloramos y nos reconciamos. Después hablé con mis hijos y les pedí perdón también. El mayor lo entendió bien, los demás estaban aún pequeños.

Después de esto, empecé a buscar a los muchachos que se habían ido de la iglesia por esta causa. Algunos incluso ya habían abierto iglesia. Les pedí perdón y que me dieran otra

oportunidad. Creo que me perdonaron, pero ninguno de ellos quiso saber más de mí.

Finalmente decidí, sin otra alternativa, empezar de nuevo a formar líderes. “La comadre del diablo” había cumplido su cometido. Desde entonces he tratado de mantenerme con un perfil bajo, lo más humilde posible, aun cuando la iglesia, gracias a la misericordia de Dios, sigue creciendo.

Después de este proceso hay algo que aprendí muy bien de la Palabra de Dios, que nunca olvidaré y que busco continuamente enseñar a los ministros, con cariño y respeto a cada uno de ellos:

“La soberbia del hombre lo abate, pero al humilde de espíritu le sustenta la honra” Proverbios 29:23

CONCLUSIÓN

Nadie que ame a Dios y su obra, desea que alguien, que fue llamado por el Señor a servir en Su obra, abandone su ministerio; al contrario, rogamos siempre al dueño de la mies que envíe más obreros a su mies. Sin embargo, siempre existirá el riesgo de que, por alguna razón, los ministros sientan ganas de “tirar la toalla”, y lo hagan. Si esto sucede, es probablemente porque no encontró la manera de “liberarse” de sus “demonios” o situaciones complicadas significativas, con las que tuvo que luchar todo el tiempo.

En todo caso, como ya lo dije al principio, todos estamos expuestos como cualquier ser humano; aun cuando somos hombres y/o mujeres, quienes pasamos mucho tiempo en intimidad con Dios, en el análisis de Su Palabra y en el ayuno. Por eso creo firmemente que, el haberles descrito las diferentes “demonios” con los que tuve que luchar y pude vencer, este libro, “Los demonios de un pastor”, se convierte en una herramienta importante para muchos ministros que pudiesen estar pasando por los mismos problemas que yo pasé, o algunos similares. Dándoles con esto, la posibilidad de resolver sus diferentes problemas significativos y de evitar que abandonen sus ministerios.

De cualquier manera, espero que sea de mucha bendición para muchos, puesto que lo hice con mucho amor para los hombres y mujeres que han rendido sus vidas al servicio del Rey de reyes y Señor de señores, Jesucristo mi Salvador y mi Sanador.

Lo que relato en este libro, son las nueve situaciones problemáticas más significativas que he vivido durante mis primeros 20 años de ministerio, y que son con las que normalmente y de manera constante he luchado como pastor. A éstas, yo les denominé "Los demonios de un pastor", pues en algunos casos han llegado a significar para mí, como ministro del evangelio, una verdadera guerra espiritual en mi vida, la que he tenido que pelear y vencer diariamente. Es probable que haya pastores en el mundo, que también estén experimentando el enfrentamiento con algunos de estos "demonios". Yo deseo que, en este libro, puedan encontrar algunas respuestas que han estado buscando para poder vencerlos, y evitar así, "tirar la toalla", cosa que no es deseable para ellos ni para nadie.

El Dr. Hugo Nogueira Terrones, realizó sus estudios de doctorado en Francia, del año 1997 al 2000. En el 2002, junto a su esposa María Luisa Morales, al finalizar su formación ministerial, empiezan su ministerio con una primera iglesia en Los Naranjos, Veracruz, México. Dos años después, bajo la dirección de su pastor, fundan La Morada del Espíritu Santo en Tuxtepec, Oaxaca,. En esta última, llevan veinte años pastoreando y de manera paralela se han dedicado a formar líderes y pastores, con los cuales han fundado también otras quince iglesias dentro y fuera de su país. El Dr. Hugo Nogueira Terrones es actualmente miembro activo de Mission Bases, un organismo que se dedica a implementar escuelas ministeriales para entrenar pastores y líderes en diferentes países del mundo, bajo la dirección del Pastor Lanny Hamby y el Dr. Pablo Manzewitsch.



ISBN 9798590969944

